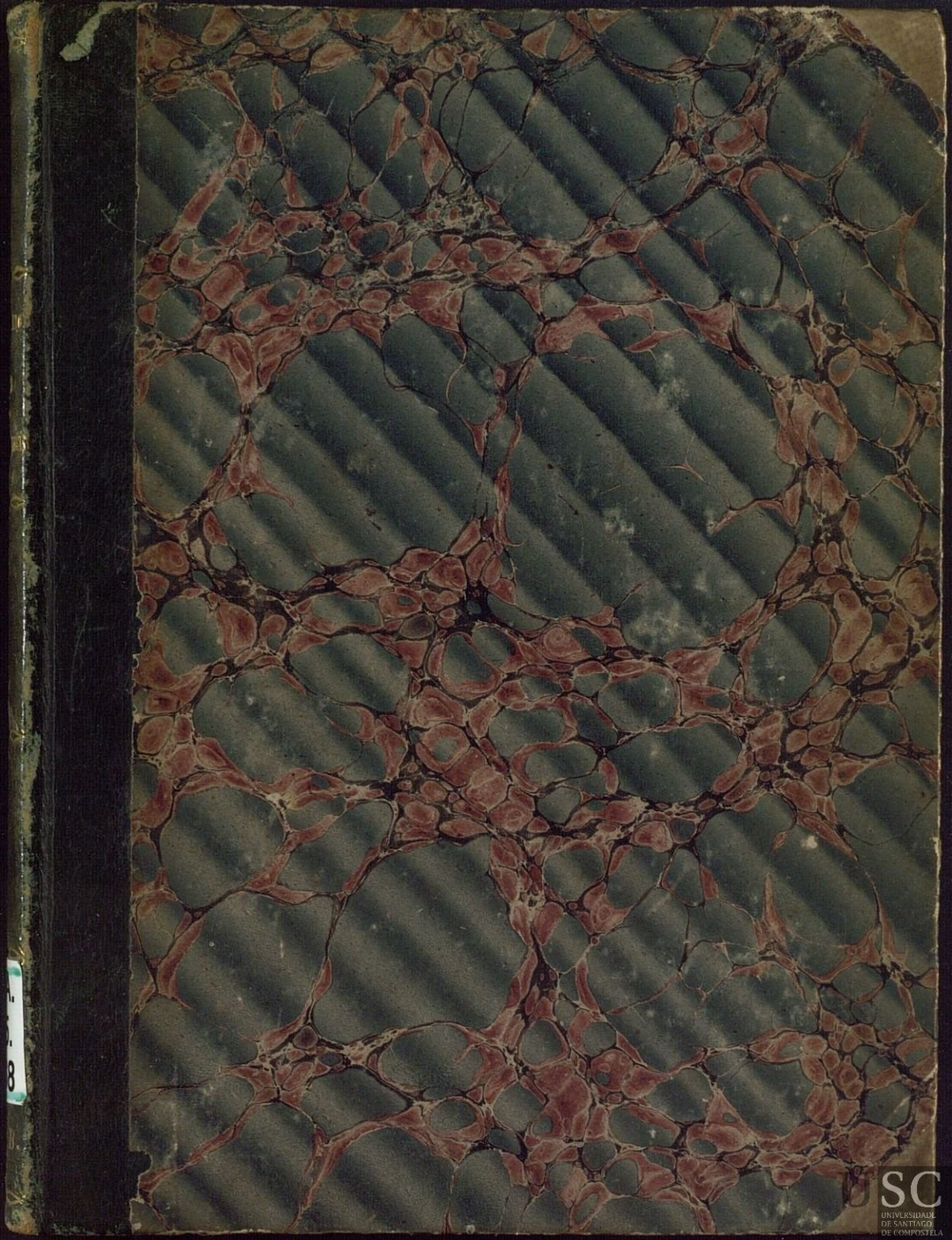

USC
UNIVERSIDADE
DE SANTIAGO
DE COMPOSTELA

CAMBRONERO

DIAS DE

CONVALESCENCIA

GA.
45.
768

L. B.

Ga 45768
Etiqueta Verde

USC
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO
01337503

USC
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Ga. 45768
Etiqueta Verde

USC
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

DIAS DE CONVALECENCIA.

USC
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

USC
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

R. 2347981

BIBLIOTECA XERAL SANTIAGO

DIAS

DE CONVALECENCIA.

Coleccion de poesías y novelas originales

DE

D.ª MANUELA CAMBRONERO.

CORUÑA.

IMPRENTA DE DON DOMINGO PUGA, 1852.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

A Don Lorenzo Caballero; en prueba de su cariño, su esposa,

La Autora.





Manuela Cambronero

EL
CABALLERO NEGRO.

NOVELA.

USC
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

USC
UNIVERSIDADE
DE SANTIAGO
DE COMPOSTELA

CAPITULO I.

El reloj del castillo de Tremblay acababa de dar las doce, la noche estaba serena y la luna con su luz dulce y melancólica alumbraba las cuestas y las llanuras en donde reinaba el mas profundo silencio. El castillo de Tremblay y el de Uvolf elévanse á media legua de distancia ambos en la cima de una montaña, semejando á dos jigantes guardadores de los pueblos inmediatos. Los habitantes dc Tremblay estaban entregados al sueño menos uno; velaba en un torreon Erminia que de pie y con los brazos cruzados tenia la vista fija en Uvolf. Cualquier observador que dirigiese los ojos hácia el mismo objeto habria visto una sombra á la tibia luz de la luna; movíase de vez en cuando apareciendo de diversa forma, colosal algunas veces, pequeña é informe otras, no podia adivinarse á punto fijo si era hombre ó muger; inmóvil á ratos como la estátua de un sepulcro, rápida como el relámpago otras andaba sin direccion como una persona distraida y agoviada de un pensamiento que absorve toda su atencion sin dejar libre paso á ninguna otra idea. Erminia de Tremblay, la encantadora Erminia, objeto de admiracion por su belleza y virtudes, observaba con dolor aquella sombra ó rea-

lidad y sin saber porque no podia apartar sus miradas de Uvolf y recordaba su infancia con todos sus hechizos; la infancia que tan gratos recuerdos nos deja y que se presenta á nuestra imaginacion como un sueño delicioso. ¡Cuántas veces habia recorrido aquellos desiertos salones! Aquel castillo, testigo de sus juegos infantiles, era entonces objeto de mil conjeturas á cual mas raras, y aun ella misma pensaba en él con curiosidad; sí, pensaba, porque creia que dentro de sus muros habia algun sér que padecia..... tal vez su corazon estaba despedazado como el suyo..... ¡pobre jóven! apenas contaba diez y ocho años, en su pasado nada recordaba que pudiera halagarla, y en su porvenir solo veia el sepulcro: víctima de un amor que nunca habia sido correspondido, abrasada por el fuego de los celos, vivia sola como la flor que nace entre la arena; indiferente á todo parecia una hoja desprendida del árbol que se mueve á impulso del viento esperando el momento de ser pisada y hecha polvo; pero en medio de su martirio nadie habia conocido lo que pasaba en su corazon, el mismo objeto de su cariño lo ignoraba, respetaban su melancolia y nadie procuraba saber sus pesares... La infeliz durante el dia tenia que ahogar su dolor y aparecer tranquila ya que no podia ser feliz, pero por la noche ¡ah! cuántas veces en tanto que todos dormian ella sola con una lámpara en la mano cruzaba largas galerias sin direccion alguna! otras sentada en una torre contemplaba el purísimo cielo y los pomposos árboles del bosque que rodeaba el castillo..... alli sola daba curso á sus lágrimas y meditaba, sí, meditaba sobre su funestísimo porvenir. ¡Ay! cuando nos oprime una pena que por vèrgüenza ó temor no podemos confiar, cuando nos vemos rodeados de personas felices que no comprenden nuestros pesares, los sufrimos en silencio y los ocultamos en lo mas profundo de nuestro corazon. Erminia no tenia mas amigas que su hermana; siempre juntas y de buen carácter las dos, se amaban con un estremo que rayaba en locura; pero Isaura tranquila, feliz, no notaba el abatimiento de Erminia, y la infeliz jóven pasaba su existencia entregada á la tristeza mas profunda.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

CAPITULO II.

Enrique, conde de Uvolf, que apenas contaba veinte años, debia casarse con Isaura, hija del baron de Tremblay y heredera de sus inmensas riquezas, cuando tuviera algunos años mas, pues entonces habia cumplido los diez; debiendo por esta causa retrasarse el casamiento algunos años y deseando el conde unir la gloria al lustre de su nacimiento, dispuso ir á Jerusalen con varios caballeros de las cercanias: marchó despues de haber recibido la bendicion de su futuro suegro y dejó en su poder á su hermano Arturo, de la misma edad que Isaura. En vano esperó el baron los cuatro años que habia dado de término á Enrique, en vano preguntó á algunos de los que con él partieron, nadie sabia cual habia sido su suerte; por último, á los ocho años de su marcha se presentó el paje de un caballero y trajo la noticia de su muerte. El baron lloró mucho é Isaura tambien, pero como todo en este mundo es perecedero pronto secaron las lágrimas; y viendo que Arturo amaba á Isaura con todo el ardor que hay á los diez y nueve años y habia entrado en posesion de los bienes del condado de Uvolf, se dispuso su enlace para el año siguiente, época que el enamorado jóven esperaba con impa-

ciencia. Isaura no le amaba, pero acostumbrada á verle desde su infancia y admiradora de sus virtudes, veia acercarse el dia sin placer es cierto, pero tambien sin pesar.

Por aquel tiempo un suceso en estremo raro llamó la atencion de todos. Un caballero de aventajada estatura vestido de negro con las armas del mismo color y acompañado de un page llegó á Uvolf preguntando por el conde; así que estuvo en su presencia sin querer alzarse la visera entregó á Arturo una carta de su hermano escrita tres años antes y concebida en estos términos:

«Hermano mio; cuando recibas estos renglones trazados con mano trémula, ya no existiré; el dador es un caballero desgraciado sin bienes de fortuna á quien le he debido la existencia en mas de una ocasion; le dejo en pago mi castillo de Uvolf, el cual le entregarás, debiendo trasladarte al de nuestros abuelos, media legua mas allá. Te se presentará cubierto el rostro, pero no le preguntes nada, respeta su silencio y su dolor; en el ejército le conocemos por el Caballero negro. Si Isaura es tan bella como lo era al tiempo de mi partida, deseo que sea tu esposa.

Adios hermano querido, no me olvides en tus oraciones.»

Enrique de Uvolf.

La última voluntad de Enrique se cumplió con exactitud, se trasladó Arturo á otro castillo y Uvolf fué habitado por el caballero desconocido. Varias hablillas corrieron por aquellos contornos relativas al nuevo personage; decian unos que era un jóven hermoso y desgraciado que lloraba la muerte de su querida; aseguraban otros ser un hombre malvado que vivia de aquel modo en espiacion de sus crímenes; nadie iba á su castillo, con nadie hablaba y solo le veian los pobres en cuyas miserables chozas recibian mil socorros que mandaba con el criado; si el caballero se presentaba era para preparar algunas drogas siempre saludables ó para derramar

la paz en medio de las familias que se hubiera introducido la discordia; pocas palabras empleaba, pero eran tan persuasivas, tan dulcísimo su acento, que los sencillos aldeanos no podian resistir á él.

Al principio llamó mucho la atencion y escitó la curiosidad de los nobles; mas eran tantos los bienes que hacia, tanto el entusiasmo que inspiraba entre los necesitados, que ofenderle en lo mas mínimo, hubiera sido causa de fatales consecuencias; ademas, todo lo borra el tiempo, y al cabo de seis meses apenas se hablaba de él, y su existencia pasaba desapercibida á no ser por los muchos que favorecia y un corto número de personas entusiastas por todo lo que lleva un viso misterioso y novelesco.

En un principio se le habia espiado en sus paseos solitarios; por todas partes se veia seguido de mil curiosos que deseaban entablar conversacion, pero él sabia desentenderse perfectamente. Entre los caballeros de aquellas cercanias Alfredo de Gistierna era el mas orgulloso y cruel para sus súbditos; sabiendo que algunos habian recibido socorros del generoso desconocido, se encolerizó estremadamente y les amenazó de mil maneras, pero no le hicieron el menor caso; fué á Uvolf y le negaron la entrada; furioso como un leon anduvo errante por las inmediaciones del castillo hasta que la suerte le deparó la satisfaccion de ver salir á su enemigo; paróse delante de él y le impidió el paso; ofendido el caballero le preguntó:

—¿Podré saber porque motivo no me dejais continuar mi camino?

—Porque me acomoda así, le respondió.

—Haceis mal, pues cuando me estorba algun objeto lo desvío con mi lanza. Y al mismo tiempo la puso en accion de herir.

—¿Me amenazais?

—Y os castigaré si no me dais esplicacion de la causa que os hace obrar así.

—Yo soy Alfredo de Gistierna.

—Me lo figuré por vuestros modales nada corteses.

—Y os prohibo la entrada en las casas de mis vasallos, ellos no necesitan recibir vuestras limosnas, soy su amo y á nadie mas que á mí deben recurrir en todos sus apuros.

—Yo socorro á todo el que está necesitado; si visitaseis sus casas y vierais la miseria en que se hallan me darias gracias en vez de reprender mis acciones; y si fuerais para ellos menos mezquino no tendrian que recibir algunos bocados de pan de manos de un desconocido como yo y.....

—¡Callad! dijo Alfredo ciego de cólera; sois un insolente y me dan impulsos de castigaros cual mereceis.

—¿Y qué castigo os parece que merezco?

—El de cortaros la lengua, señor mio, para que no volvais á insultar á ningun caballero.

—Creo que quien ha insultado el primero habeis sido vos; y creo tambien que si una lengua se cortase esta tarde seria la vuestra, señor de Gistierna.

—Valiente estais por demas; y ya que tanto hablais defendeos.

—No puedo, hay una infeliz que padece horriblemente, en este momento me está esperando, si por casualidad me matabais ya no podria salvarla; con que así perdonad.

Y metiendo espuelas al caballo, partió con la velocidad del rayo.

Gistierna atribuyó la retirada del caballero al miedo que le habia infundido su presencia y así lo contaba en todas partes. Muchas semanas pasaron cuando una noche en que volvia del castillo de Tremblay, al salir del bosque encontró al caballero que lo esperaba; púsose delante de él y enristrando su lanza le dijo:

—Señor de Gistierna, hoy no tengo ninguna palabra que cumplir, hoy la vida ó la muerte me es igual; con que así disponeos y nos daremos algunas estocadas si os place.

Gistierna se sorprendió un poco porque no contaba con aquel encuentro; mas reponiéndose al punto respondió:

—Yo siempre estoy dispuesto á castigar osados..... cuando gusteis.

Arremetieron los dos con igual furia, pero sea por la estraordinaria fuerza del desconocido ó porque la suerte quiso favorecerle en aquel instante, lo cierto es que al empuje de su lanza lo levantó de la silla y fué rodando por el suelo. Su cabeza herida contra una piedra principió á brotar sangre, el Caballero negro se apeó, y acercándose le dijo:

—Ya veis lo que puedo, señor de Gistierna; ya veis que hoy no os tengo miedo, me parece que para prueba es bastante, esta aventura quedará guardada entre los dos, ningun testigo nos ha observado, soy caballero y sabré cumplir mi palabra.

Dijo; y subiendo lijero sobre su caballo partió á todo escape para Uvolf. Alfredo no olvidó nunca aquel lance y tomó un ódio estremado á su vencedor; desde aquel instante dia y noche estaba meditando el modo de vengarse.

CAPITULO III.

Grandes fiestas se preparan en Tremblay; los salones están perfectamente iluminados; desde la mañana no dejan de llegar caballeros en trage de fiesta; cruje el puente levadizo al sentir el paso de belicosos caballos y dentro se oye gran movimiento; al caer el sol se iluminan las torres con luces de mil colores, y varios trovadores atraidos por la fiesta llegan al castillo pulsando sus melodiosas arpas. El salon principal estaba lleno de hermosas y caballeros; ábrense las puertas, y acompañadas de algunos pages aparecieron las dos hijas del baron, Isaura y Erminia.

Llevaba la primera un vestido de gasa blanca bordado de oro, los brazos descubiertos y la torneada garganta; sus cabellos de un castaño oscuro estaban perfectamente rizados y rodeaba su cabeza una corona de espigas de oro y de diamantes; era de estatura elevada, magestuosa presencia y nobles movimientos; la tez blanca y trasparente, y en las megillas tenia el color delicado de la rosa; sus ojos de un azul turquí eran espresivos, sus labios de carmin dejaban ver al sonreirse unos dientes blancos y perfectamente iguales; sus modales eran imponentes y algo severos; de modo, que al verla ade-

lantarse por medio del salon, al ver la atencion con que todos la saludaban, cualquiera la habria tomado por una reina. Erminia llevaba un vestido de seda morado sembrado de estrellas de plata, y sus cabellos negros como el ébano no tenian mas adorno que una pequeña flor natural de color blanco que ella misma habia cultivado en una linda maceta. Su estatura era colosal pero bien proporcionada aunque un poco inclinada hácia el suelo, sea por su elevacion ó efecto de su abatimiento contínuo; su rostro de un blanco mate, sus ojos negros y dulces, las cejas del mismo color y perfectamente arqueadas; en su semblante habia tanta dulzura, tanta bondad, era su voz tan tierna, tan espresiva, que inspiraba un interés estremado; era de un talento muy superior al de su hermana, pero carecia de aquella desenvoltura, aquella facilidad en preguntar y responder al mismo tiempo; aquella animacion y gracia con que Isaura cautivaba en sus redes (permítasenos esta espresion) á todo el que la veia. Erminia tenia desconfianza en todo lo que hacia, temblando á la menor palabra; temerosa de disgustar, no lucia el delicado talento con que la naturaleza la habia adornado; disgustada hasta el estremo de su existencia huia de toda diversion y rara vez se presentaba en público.

Asi que entraron en el salon, las músicas resonaron estrepitosamente; varios caballeros rodearon á Isaura en tanto que Erminia fué á sentarse al lado de una gótica ventana; la infeliz no bailaba nunca, la era vergonzoso verse siempre tan alta ó mas que su pareja; algunas veces habia oido en voz baja varias palabras alusivas á su crecer desmesurado, y la pobre jóven habia sentido rasgarse su corazon. Desde su asiento habia visto á su hermana lanzarse en medio del baile con Arturo de Uvolf, el baron de Tremblay habia anunciado que dentro de tres meses se efectuaria su boda: Erminia oyó aquellas palabras con la sonrisa pálida que la era habitual, pero su corazon habia latido con violencia; ella adoraba á Uvolf y su hermana se lo robaba, tenia que ser testigo de su felicidad y esta idea la asesinaba..... ¡ay! si Isaura le hu-

biera amado como ella tal vez no habria sido tan cruel su martirio, pero no le queria y sin amor no podia hacerle feliz. Sentada Erminia entre los tapices que medio ocultaban la ventana, miraba tristemente tantos objetos que veian y gozaban; pensaba que solo ella sufria, mas no era asi: al lado de otra ventana estaban conversando Alfredo de Gistierna y Hugo de Aseli.

—Ya lo ois, Alfredo, decia Hugo, pasados tres meses Isaura se casará con Arturo.

—Ya lo veremos, respondió Alfredo: tres meses tienen muchos dias y ¡se puede discurrir tanto!..... te juro que no se casará; ¡oh, estoy loco de celos!

—Déjate de tonterias, ¿no hallarás entre tanta hermosa otra que te agrade mas?

—No; y luego es punto de honor; se la he pedido tres veces al baron y siempre me la ha negado; una porque era demasiado jóven, otra porque pensaba casarla con Arturo y la última diciendo que Isaura no me profesaba el menor afecto. ¡Y he de sufrir que sea su dueño ese muñeco, que hace un año jugaba todavia con un caballito de madera!

—Si ella le prefiere.....

—Isaura no es capaz de amar á nadie.

—¿Porqué no te diriges á Erminia?

—Yo no soy aficionado á gigantes. ¿Sabes para lo que me gustaria esa muchacha? para colocarla en el panteon de mi castillo sobre la tumba de mi madre.

—Es hermosa.

—Ya se que la amas un poco.

—Con toda mi alma; ¡es tan dulce, tan bella!

—¿Y que haces que no se la pides á su padre? no eres conde ni baron, pero eres noble y rico.

—Me despreciaria.

—¿Porqué?

—Porque ha desairado á otros de mas mérito que yo.

—¿Y si te amase en secreto?

—No lo creas, en vano he venido varias veces á Tremblay,

nunca he logrado ver mas que al padre y á la hermana.

—Invítala para un baile.

—No baila nunca.

—¡Y tienes alma para estarla mirando desde aqui, sin atreverte á dirigirla una palabra! ven, hombre, ven, añadió cogiéndolo del brazo y acercándolo al sitio en donde se hallaba Erminia; me apestan los hombres tan cobardes como tú.

Acercáronse á la bella hija del baron; estaba distraida y pálida como la cera.

—Salud á la perla del baile, dijo Alfredo al acercarse. ¿Cómo tan sola?

—La soledad me agrada; ademas desde este punto disfruto de mil variadas escenas; á mi derecha el baile con sus locuras, á mi izquierda ese campo dilatado alumbrado por la luna pacífica y hermosa y mas allá el castillo de Uvolf con sus torres jigantescas.

—Si, y me parece que su dueño está en lo alto, inmóvil como de costumbre; estará mirando á Tremblay y contentándose con el olor de esta fiesta.

—Tal vez le sea de todo punto indiferente.

—¡Ah! no lo creais.

—Es mucho el misterio que encierra, dijo Hugo que hasta entonces habia guardado silencio, siempre solo, sin dejarse ver mas que cubierto...

—Señal de que no es bonito, dijo Alfredo.

—¡Pero es tan bueno! repuso Erminia, ¡hace tanto bien!

—Si, de ese modo engaña al público y oculta sus crímenes; solo un tonto como Arturo le hubiera cedido su mejor castillo sin mas que porque vió un pergamino con la firma del difunto conde que será falsa tal vez... ¡ay! Dios quiera que ese hombre no nos traiga calamidades sin cuento.

—¿Por qué? dijo Erminia con curiosidad.

—Se han visto, respondió Alfredo con misterio, entrar ciertos dias muchos caballeros todos con armas negras; y se susurra que fraguan alguna conspiracion cuyo gefe es el Caballero negro.

—¿Será algun noble? preguntó Hugo.

—Se ignora, pero es un hombre brutal, grosero, cada palabra que pronuncian sus labios es una blasfemia, y su voz mas que acento de hombre se asemeja al ahullido de un lobo.

—¡Mentís! dijo una voz de mujer. Volviéronse los tres sorprendidos y vieron á Isaura que tenia clavada sobre Alfredo una mirada desdeñosa. ¡Mentís! repitió con acento de desprecio; y estad seguro de que hay en este salon personas que sabrán desmentiros y defender al Caballero negro.

—Señora, respondió Gistierna disimulando su rabia y haciendo una reverencia con el mayor respeto; ignoraba que vos tuvierais tanto interés por ese desconocido.

—Yo no tengo interés por nadie, pero aborrezco la mentira y no puedo consentir que se calumnie tan inícuamente á un desgraciado que no hace á nadie la menor ofensa.

—Dicen, repuso Hugo, que es un conspirador.

—¿Quién os lo ha dicho? preguntó Isaura; apostaria cualquier cosa á que ha sido el señor de Gistierna... ¡oh! este caballero tiene noticias muy adelantadas.

—Señora, dijo Gistierna pudiendo apenas contener la rabia que le abrasaba; yo digo lo que dicen todos menos vos, y pudiera añadir lo que he visto; pero como tanto os incomoda lo guardaré para mejor ocasion. Y haciendo una ligera inclinacion de cabeza se alejó de aquel sitio diciendo entre dientes:

—Isaura, Isaura, no es la altaneria el medio de confundirme y hacer que desista de mi empeño... ya veremos quien de los dos puede mas.

—Has incomodado al buen Alfredo, dijo Erminia á su hermana cuando le vió alejarse; eres muy tirana para él.

—Siempre le he estimado poco, pero desde hoy le declaro guerra á muerte solo porque se complace en propagar los rumores infundados que corren sobre ese desconocido á quien yo creo un desgraciado, para quitarle ese asilo que tan justamente le dió Arturo.

—¿Y si fuese en efecto un hombre peligroso? dijo Hugo.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

—No lo creais, respondió Isaura. ¿Habeis oido que es un hombre grosero y brutal y que su voz se asemeja al ahullido de un lobo? pues escuchad lo que voy á deciros y juzgad despues. Hace ocho dias que salí con mi padre y un criado hasta la aldea inmediata á ver á una enferma que fué criada en tiempo de mi madre; á la vuelta y al tiempo de entrar en el bosque advertí que habia perdido un brazalete, dí órden al criado de volver atrás y entretanto mi padre y yo caminábamos muy despacio; en mitad del bosque oimos el ruido de un caballo que galopaba; vuelvo la cabeza creyendo que seria el criado, pero ¡cual fué mi sorpresa al ver al Caballero negro! se acercó á nosotros y con una voz sonora y varonil y una gracia inimitable me dijo:

—Señora, ¿es vuestro este brazalete? y al mismo tiempo me lo presentó.

—Si, le contesté, ¿dónde os le habeis encontrado?

—Antes de llegar al bosque; y como vi en él las armas de Uvolf me figuré que solo podia ser vuestro y os lo llevaba al castillo.

—Este brazalete, dije, fué de la difunta condesa y me lo legó al morir. El lo contempló un instante y dándomelo en seguida partió á galope sin decir mas palabra. Ahora decidme, Hugo, ¿hace esto un hombre grosero y brutal?

—Tal vez lo haria con el objeto de introducirse aqui.

—Os engañais, porque si tal hubiera sido su intento no me lo habria dado en el camino.

—Es verdad, pero cuando el público dice una cosa siempre hay algun fundamento.

—El público no necesita mas que oirla de boca de un embustero para ir propagándola con la misma seguridad que si la hubiera visto; he aqui lo que es el público.

Dijo; y cogiendo la mano de su padre que á la sazon pasaba cruzó la sala con magestad.

Quedaron solos Erminia y Hugo. Algunos instantes guardaron silencio; Hugo fue quien lo rompió.

—Erminia, estais por demas afligida, ¿qué teneis?

—Nada, amigo mio, ya sabeis que en mí la tristeza es habítual.

—Para estar triste siempre es preciso un motivo.

—Os engañais, yo solo tengo satisfacciones y con todo no soy feliz, quiero decir tan feliz como otros.

—Como por ejemplo vuestra hermana.

—Su carácter es muy diferente al mio; ella goza, se divierte, al menos asi nos parece, pero como el interior no se ve..... ¿Quién sabe si su corazon estará tranquilo en este momento?

—Es verdad, pero yo me atrevo á asegurar que es muy dichosa; ama y es amada, ¿qué mas contento puede apetecer? ¡oh! cuando se está al lado del objeto querido nada ve uno mas que la felicidad que disfrutamos en aquel momento. ¿Es cierto?

—Vos lo sabreis, yo por mi parte no he disfrutado esa dicha.

—¿Es decir que no habeis amado?

Arturo é Isaura pasaban en aquel momento entre un torvellino de parejas; Arturo ébrio de felicidad y su novia hermosa y serena sonriendo graciosamente con los que pasaban á su lado; el rostro de Erminia se puso encendido como una amapola y al color tan vivo sucedió una palidez mortal; Hugo lo achacó á la pregunta que la habia dirigido y repitió.

—¿No habeis amado, Erminia?

—¿Con qué derecho me haceis esa pregunta? dijo ella con melancólico acento.

—¡Ah! os la hago porque me interesais demasiado y quisiera consolar en algo vuestras penas.

—¿Mis penas, Hugo? no lo creais; hay en mi corazon un fondo de amargura que no se agotará nunca.

—¿Y no os halagarian los consuelos de un amigo verdadero?

—Siempre es muy grato poder decir: «tengo un amigo;» pero entre dos jóvenes de sexo diferente no puede creer el mundo que haya una amistad pura y sencilla.

—Si, es cierto; la amistad suele trocarse en amor. ¿Os pesaria que el público nos juzgase asi?

—Señor de Aseli, dijo Erminia con dignidad; el público me dispensaria demasiado favor, pero no me gusta mentir; y como entre los dos creo que es incompatible una relacion amorosa, me parece que lo mas acertado es quedarnos como antes, es decir, vernos si la casualidad lo proporciona.

—¿Os seria doloroso no verme mas?

—Me acordaria de vos alguna vez.

—Veo Erminia, dijo Hugo con una tristeza mezclada de orgullo, que no habeis comprendido que yo os amo.

—¿Vos?

—Yo, señora; no es un crímen amar á una mujer que como vos reune el talento y la hermosura; pero conozco demasiado que vos no correspondeis á mi pasion; si os he ofendido, perdonadme.

—En nada me ofendeis, caballero; yo os agradezco esa pasion, no puedo corresponder á ella, pero siempre me acordare de vos con placer y en todas tiempos deseo que conteis con mi amistad.

—Gracias, no olvidaré vuestra promesa.

Y haciendo un saludo se alejó de aquel sitio y fué en busca de Alfredo para darle cuenta de lo mal acogido que habia sido su amor.

El dia se acercaba ya, una niebla blanca y vaporosa se alzaba sobre las cuestas y envolvia entre sus pliegues al jigantesco castillo de Uvolf: Erminia dirigió una mirada pálida como su semblante hácia sus elevadas torres y se levantó de su asiento para despedir á varias señoras que se retiraban; pronto se fueron quedando desiertos los inmensos salones, el baron besó las frentes de sus dos hermosas hijas y se retiraron á descansar acompañadas de sus doncellas.

CAPITULO IV.

Era una mañana de Julio, el cielo estaba limpio y sereno y un viento suave y hermoso agitaba las hojas de los árboles del bosque; Isaura y Erminia sentadas en una de las torres de Tremblay tenian el siguiente diálogo.

—¡Qué dia tan hechicero! decia Isaura, y que bien voy á disfrutarle corriendo por esas cuestas; padre me dijo que saldríamos en cuanto viniese Arturo: ¿por de contado que mi querida Erminia nos acompañará?

—No, respondió tristemente.

—¿Porqué?

—Sabes mi poca aficion á esa clase de diversiones; ademas, este dia que tan hermoso te parece, se me figura que no ha de concluir bien.

—Veamos el motivo.

—Esta mañana en el desayuno se me cayó la sal dos veces; bajé al jardin, vi una flor fresca, lozana, fuí á cortarla y en el momento se deshojó, sin quedar mas que su tallo.

—¿Y por eso te parece que nos ha de ser fatal? hermana mia, aunque así vales mucho, valdrias mucho mas si no fueras aprehensiva. Figúrate que si la sal te se cayó pudo ser

por distraccion tuya ó poco cuidado al tomarla; si se deshojó la hermosa flor que cortaste, tal vez haria algunos dias que estaba abierta, y aunque conservase el color fresco y hermoso, sus hojas medio desprendidas cayeron al menor movimiento, es cosa natural.

—Tú lo crees así, pero yo..... ¿qué quieres? tengo miedo y no se porqué.

—Vamos, no seas niña, ven con nosotros.

—Perdona, Isaura, no iré.

Erminia era tan firme en todas sus resoluciones que su hermana no quiso insistir; sabia por esperiencia que no habia de alcanzar nada. Una y otra guardaron silencio, Isaura habló la primera.

—Y bien Erminia, la dijo, hace pocas noches mi padre anunció mi enlace con Arturo de Uvolf y todavia no me has dado la enhorabuena: ¿acaso no te agrada esta boda?

Erminia hizo un esfuerzo para sonreirse y se sonrió ligeramente, al cabo de un momento respondió.

—¿Y qué he de decirte, hermana mia? hace tanto tiempo que está dispuesta esa union y he oido hablar de ella tantas veces.....

—Con todo, quisiera saber si te agrada ó no.

—¿Porqué ha de desagradarme, querida Isaura? Arturo es un jóven amable, rico, bondadoso, de un talento esquisito, querido de sus vasallos, envidiado de las hermosas... ¿Qué mas cualidades apreciables ha de reunir para hacer feliz á la rica heredera de Tremblay? ademas, te ama con un delirio, dijo dejando escapar á pesar suyo un suspiro, que raya en locura; y si tú le correspondes con igual pasion tu vida será muy feliz.

—¿Lo crees asi?

—Lo creo.

—Yo tambien auguro bien de este matrimonio, estoy tranquila respecto á mi porvenir.

El ruido de la puerta que se abría cortó la conversacion; volvieron la cabeza y vieron al baron y al conde de Uvolf.

—Vamos, hijas mias, dijo el primero; Arturo nos ha hecho esperar un rato, aprovechemos las horas de sol que nos quedan.

Isaura se levantó con ligereza; Erminia permaneció sentada.

—¿Qué haces? la dijo el señor de Tremblay, ¿nó nos acompañas?

—No, padre mio.

—¿Por qué?

—Estoy algo indispuesta, sabeis tambien mi poca aficion á salir del castillo; mas si lo mandais, querido padre, os daré gusto sin titubear.

—¿Os parece, señor de Uvolf, que se puede violentar en lo mas mínimo á una criatura tan bondadosa como mi Erminia? Vamos, quedate pues si asi lo quieres.

Los tres se despidieron de Erminia y se dirigieron á la salida del castillo; el baron y el conde montaban dos caballos negros como el ébano, y en medio iba Isaura sobre otro tan blanco como la nieve; dos criados caminaban detrás de ellos. Despues de cruzar el puente, el paso de los caballos ya no fué tan igual como en un principio; Isaura y el conde se separaron un poco del baron; Arturo bajando la voz dijo:

—Me esperabais con impaciencia, Isaura?

—Si, Arturo.

—Yo no podia estar sin veros, ¡se me hacen tan largos los ratos que paso lejos de vos! ¡deseo tanto que llegue el momento en que nos unamos para no separarnos nunca!.... Decidme, querida, ¿os animan los mismos deseos que á mí? ¡ah! veo que no, Isaura; en vano vuestra boca me ha jurado amor mil veces, vuestro corazon no lo ha sentido.

—¿Tenéis mal humor, querido mio?

—No, pero estoy triste.

—¿Os he dado algun motivo de enojo desde ayer? decidme.

—Vos no me dais motivo de enojo y esto es lo que me desespera; siempre os encuentro tranquila, sosegada... en una palabra nunca habeis tenido celos porque no me amais como yo os amo.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

—Vos, Arturo, teneis celos de todo, porque sois algo caprichoso y siempre estais descontento; ¡comprendeis el amor de un modo tan raro!... ¿No habeis dicho mil veces que no hay mayor felicidad que amar y ser amado? pues yo no comprendo por felicidad estar siempre azorado, envidioso de todo el que se acerca al objeto querido, desconfiando de sus palabras, observando sus movimientos y siempre temblando por el temor de perderle..... Vos sois asi, Arturo, pero á mí, que la naturaleza me dió mas calma, mas alegria, dejadme gozar y no me martiriceis. ¿Creéis que si no os amase me casaria con vos? ¿creéis que el respeto que tengo á mi padre me ha arrancado mi promesa? pues os engañais, ahora mismo, si por un accidente cualquiera conociese yo que este enlace nos perjudicaba á uno de los dos, con la misma serenidad que os hablo en este momento diria: señor Arturo de Uvolf, nopuedo ser vuestra esposa; y no lo seria, podeis creerlo.

—Callad, callad por el cielo, dijo Arturo poniéndose pálido; vos me matareis.

—No lo creais.

—¡Oh, Isaura! sufro mucho; cuanto mas se acerca el instante de nuestra union mas tiemblo..... tengo un presentimiento horrible, que me destroza el corazon; en vano procuro pensar en la felicidad que me aguarda, siento una voz interior que me repite á todas horas esta palabra: jamás.

Tan triste fué el acento con que la pronunció que Isaura se estremeció ligeramente, le alargó la mano con cariño y le dijo sonriendo:

—Callad, Arturo, padezco cuando os veo asi, no querais con vuestra tristeza privarme del placer que tengo en estar con vos.

Arturo la dió gracias por aquellas palabras con una mirada llena de ternura y guardó silencio algunos momentos; despues dijo mas tranquilo.

—Perdonadme, querida Isaura, perdonadme por lo mucho que os amo.... ¡ay! ojalá os quisiera un poco menos, tal vez seria mejor para ambos.

Habian llegado al fin del bosque cuando el baron les dijo.

—¿Volvemos, hijos mios?

—Lo que gusteis, respondieron los dos.

—Volvamos, la pobre Erminia está sola y deseo verla ya, su melancolia me desconsuela.

Se dirigieron hácia el castillo, el baron iba diez ó doce pasos delante para que los jóvenes hablasen con libertad y los criados caminaban detrás á bastante distancia. La noche se acercaba y apenas habia claridad en medio de aquella espesura; pero acostumbrados á cruzar aquel sitio casi todos los dias, caminaban tranquilos y sin temor..... mas ¿qué ruido les sorprende y les hace estremecer? ¿por qué se detienen de pronto? ocho guerreros salen por medio de las ramas. Arturo sacó la espada y la dirigió al pecho de uno que se le habia puesto al frente, mas paró el golpe con el escudo y voló por los aires hecha pedazos; rápido como el relámpago cogió la lanza, pero al mismo tiempo su caballo cayó al suelo, un traidor le habia dado un hachazo en las patas y el noble animal vino á tierra oprimiendo á su amo con su peso. Su desesperacion llegó á su término, Isaura desmayada habia sido colocada en un caballo y un guerrero de aventajada estatura la sostenia con un brazo mientras con el otro se defendia del baron que le atacaba con la rabia del tigre herido; aquella lucha era desigual, Arturo cogido del suelo habia sido atado fuertemente, los criados frios espectadores de aquella escena estaban de acuerdo con los raptores, de suerte que el desgraciado baron, abrumado de fatiga y cubierto de heridas aunque leves, tuvo que ceder al número y vió alejarse á los infames que le robaban su idolatrada hija.

Asi que partieron desató al pobre Arturo que pálido de rabia, frenético, desesperado y sin escuchar al baron, montó en el caballo de éste y partió á escape en busca de su querida. Pocos minutos habia caminado cuando distinguió en el suelo dos bultos á un lado del camino, estremecióse de espanto y echó pie á tierra, pero ¡cuál fué el horror que se apoderó de él! al reconocer los cadáveres de los criados que

les habian sido traidores! que en vez del oro que les ofrecieron solo recibieron en pago de su maldad la muerte! Partió otra vez con la esperanza de alcanzar pronto á Isaura y librarla ó morir.

Hirió sus oidos el paso de un caballo que venia hácia él, volvió la cabeza y no pudo distinguir al ginete, pero pasado un momento se llenó de sorpresa al reconocer al Caballero negro. De repente le vino el pensamiento de que quizá seria cómplice del rapto al verle ir en aquella direccion, paróse delante de él y le preguntó colérico.

—¿Dónde vais?

—A buscaros, contestó cortesmente.

—¿A buscarme? me alegro mucho, asi como asi tengo gana de verter sangre y principiaré por verter la vuestra.

—No permita Dios, noble Arturo, que cometais una accion tan villana; pero no gastemos el tiempo en palabras inútiles, se donde vais, acabo en este instante de hablar con el baron y vengo para ayudaros; tened confianza en mí, Arturo, no creais que soy un traidor, partámos y libremos del peligro en que se halla vuestra prometida esposa.

—Partamos, dijo medio fascinado por la voz mágica del Caballero.

La noche era oscura y fria, oian hacia rato el ruido de sus enemigos pero no los distinguian; Arturo y su compañero iban rápidos como dos meteoros, los caballos no podian mas.

—Animo, ánimo, decia el Caballero negro, ya los alcanzamos.

El aire llevó hasta sus oidos los gritos de Isaura que habia recobrado los sentidos; el conde al oirla dió un doloroso gemido.

—¡La van á matar! esclamó con desesperacion ¡la van á matar y no puedo defenderla!

Los raptores hicieron alto cuando vieron tan cerca de ellos á sus perseguidores. Arturo se abalanzó al que llevaba su querida, pero fué detenido por otros dos que le estorbaron el paso. Resonaban los golpes en la oscuridad, el conde habia

herido mortalmente á dos cuando acometido por la espalda iba á recibir un tremendo golpe á no ser por el Caballero negro que ligero como el viento y semejante al genio del bien llegó á su socorro; del primer tajo derribó uno al suelo y dando un revés al segundo le cortó la diestra que cayó en tierra con la espada empuñada todavia. Horrible era aquel combate en medio de las tinieblas, herian algunas veces sin saber á quien; tal era la oscuridad de aquella funesta noche. Seis hombres estaban ya fuera de combate, gracias al valor heróico del habitante misterioso de Uvolf, solo quedaban dos combatientes; arrojóse el Caballero negro sobre el que tenia á Isaura, valiente era por demás; con los dientes sostenia la brida, con un brazo á la jóven y con el otro se defendia desesperadamente. Al acercarse á él el caballero le tiró un tajo, pero resbaló en la coraza y no recibió el menor daño; mas diestro el desconocido le apuntó hácia el costado y encontrando la juntura de la armadura le clavó la espada. El infeliz abrió los brazos y soltó á su prisionera que cogió como por encanto el Caballero negro; al caer el herido dió un grito sordo y murmuró:

—Maldito seas, hombre ó demonio, el diablo me conserve la vida hasta vengarme de ti.

—Muy varia es la fortuna, Gistierna, contestó el desconocido; y tal vez te se cumplirán tus deseos.

El contrario con quien se defendia Arturo habia huido cobardemente, el Caballero negro le entregó la desmayada señora diciendo:

—Esta jóven os pertenece, llevadla vos.

Arturo iba á cogerla cuando abrió ella los ojos, dirigió en derredor suyo una miraba vaga y esclamó:

—¡Virgen santa! ¿dónde estoy?

—Al lado de vuestro amante, la respondió el Caballero.

¡Ah! vos no sois mi Arturo, dijo queriendo separarse de su libertador. ¿Dónde está Arturo? Arturo, llevadme al lado de mi padre y de mi hermana.

Su voz era en estremo débil, el conde la puso en su caba-

lló y ya iban á caminar cuando volviéndose Isaura hácia el Caballero dijo estremadamente agitada.

—¿Quién es ese hombre?

—El amigo de mi hermano Enrique, el que os ha dado la libertad y me ha salvado la vida.

—¡El!... ¡oh Dios mio!... gracias, gracias, continuó mirándole, mi padre os recompensará.

—Mi recompensa, señora, contestó tristemente, está en la buena accion que he hecho; nada mas quiero ni deseo.

—¿Nuestra amistad tampoco?

Isaura no tuvo respuesta y siguieron el camino. De repente el Caballero se paró, Arturo le llamó y pasados pocos momentos le vieron llegar á pie.

¿Qué os ha sucedido?

—He perdido mi caballo, le es imposible dar un paso mas y lo siento... ¡pobre animal! he corrido con él muchas leguas y muchos paises y al fin le veo espirar... disimulad mi sentimiento, pero el que vive como yo la compañía de un animal tan noble como mi Rayo es apreciable por demas. Volvió la cabeza para mirarle aun otra vez y dió un prolongado suspiro.

Arturo echó pie á tierra, se puso á su lado y los dos caminaban juntos escoltando á la rica heredera de Tremblay. Al llegar al fin del bosque que rodeaba el castillo hallaron varios criados con luces que caminaban en todas direcciones; en un grupo iba el baron pálido, desencajado, con la cabeza y un brazo vendado. Imposible seria querer dar una idea del gozo tan verdadero que sintió aquel noble anciano al abrazar á su hija querida que creia perdida para siempre.

Despues que pasaron los primeros trasportes se dirigieron á Tremblay; pocos pasos habian andado cuando Isaura mirando en derredor no vió al Caballero negro; volvió la cabeza y le vió á bastante distancia apoyado en el tronco de un árbol: la hija del baron separándose de la comitiva fué hácia él precipitadamente y le dijo conmovida:

—Noble caballero, direis y con razon que somos unos in-

gratos, pero de buena fé creimos que nos seguiais tambien. ¿No quereis honrar nuestro castillo con vuestra presencia? ¿no quereis que mi hermana vea al noble jóven á quien le debo la libertad y el honor?

Nada me debeis, señora, no me deis gracias, yo me vuelvo á Uvolf.

—¿Con que nos dejais?

—Ya no es necesaria mi presencia... si algun dia estais en peligro contad con mi brazo, Isaura, por vos verteré la última gota de mi sangre... Adios.

Iba á partir cuando acercándose el baron le dijo:

¿Os vais asi sin darme vuestra mano?

—Tomadla. Y la alargó con galanteria.

—¿Y no sabremos siquiera vuestro nombre?

—¡Mi nombre!.. señor baron, yo no tengo nombre, y hace muchos años que solo me conocen por el Caballero negro.

Hizo una respetuosa cortesia y se marchó; en vano le suplicaron que admitiese un caballo, no pudieron lograrlo y pronto se perdió entre los árboles del bosque.

CAPITULO V.

Ya habia desaparecido el baron de Tremblay con su hija, ya no se oia el mas ligero ruido, todo permanecia en absoluto silencio, silencio que solo era interrumpido por el leve susurro de las hojas que se mecian á impulso de la blanda brisa de la noche.

El Caballero negro seguia caminando rápidamente pisando malezas y saltando surcos, pero nada sentia al parecer: paróse de repente, se quitó el pesado casco y respiró con espansion, dirigió despues una mirada hácia Tremblay, dió un suspiro y se encaminó á Uvolf. La puerta principal estaba cerrada de continuo, el Caballero y su criado entraban por otra construida en la muralla é inmediata á ella tenian su modesta habitacion; el resto del edificio permanecia desierto.

Cuando llegó á la puerta que hemos dicho antes, tocó una pequeña corneta que siempre llevaba consigo é inmediatamente se presentó en el umbral de ella el negro Ali, el Caballero le habló algunas palabras en un idioma desconocido y se retiró el criado volviendo á los pocos instantes con un cofrecito de metal que entregó á su amo; en seguida cerró la puerta y los dos tomaron distintos caminos, el Caballero

en busca del herido Gistierna, Ali á avisar á sus criados para que fueran por él.

Nuestro héroe echó á andar con velocidad, pero faltaba media legua para llegar al sitio del combate; buscaba sin embargo las sendas que pudieran conducirle mas pronto al lugar deseado sin hacer caso del mal camino; por último y despues de correr bastante rato, las muchas pisadas de los caballos, la tierra humedecida con la sangre le anunció que habia llegado al término de su viaje. La luna saliendo en aquel momento alumbró con su luz plateada tres cuerpos que yacian inanimados y entre ellos no tardó en reconocer al orgulloso Gistierna; inclinóse hácia el, le quitó el casco y la coraza y sintió su respiracion lenta y congojosa; alzóle la cabeza, le colocó en una posicion mas cómoda y le descubrió la herida; abrió entonces el cofrecito y sacó de él varios bálsamos desconocidos en aquellos paises y blancas vendas de finísimo lino. Lavó la herida con una agua que llevaba en un pomo de plata, aplicó despues el jugo de unas yerbas y colocó el vendaje con la mayor habilidad y soltura cual si toda su vida hubiera practicado aquella ocupacion. Al cabo de pocos momentos abrió el herido los ojos, miró en derredor con asombro y dijo con una voz en estremo débil:

—Tengo frio.

Dejó caer la cabeza sobre el hombro del Caballero y se apoderó de él un fuerte desmayo; entonces su libertador sacó una botellita de cristal traida de Siria y la aplicó á la nariz del enfermo que abrió de nuevo los ojos, se incorporó con el mayor trabajo y repitió:

—Tengo frio.

Hizo una pausa y continuó.

—¿Qué sitio es este? paréceme que no estoy en mi dormitorio. Gulnaro, Gulnaro, (este era el nombre de su paje favorito) ¿dónde está Isaura? ¿la has conducido á mi castillo?

Viendo que nadie le respondia volvió el rostro con trabajo, pero era tanta su debilidad que no conoció al hombre que tenia á su lado. El Caballero se apartó para examinar á

los otros dos que habia en el suelo, el uno era cadáver y al quitar el casco al segundo reconoció á Hugo de Aseli que solo tenia una débil herida en la espalda, pero se habia dislocado un pie al caer; reconoció al Caballero negro, y como entre ellos dos no habia ningun motivo de resentimiento, agradeció el cuidado que se tomaba por él y le dijo conmovido:

—No en balde hablan de vuestro buen corazon, caballero, vos nos habeis dado una leccion que nunca olvidaré; habeis castigado nuestro atrevimiento, y en vez de concluir con nosotros, vendais nuestras heridas con un cariño paternal..... contad desde hoy con mi amistad y ojalá me depare el Cielo una ocasion en que pueda demostraros que no soy ingrato á los favores que recibo.

Gistierna oyó á su amigo y reanimándose algun tanto levantó la voz cuanto pudo y le llamó.

—Hugo, ven á mi lado.

—¿Y cómo hacerlo, le respondió, si me es imposible dar un paso?

—¿Estás herido como yo?

—Si, Alfredo, pero gracias al hombre genenoso de Uvolf me encuentro ya mejor.

Todo se habia aclarado, Gistierna conoció la mano piadosa que aliviara sus dolores y pronunció entre dientes un terrible juramento; hizo un esfuerzo para levantarse, pero volvió á caer estenuado y moribundo. El Caballero negro le hizo aspirar el frasco que tan buen resultado tuvo la vez primera y no fué peor en la segunda, levantó la cabeza el herido y fijando sus ojos en el desconocido dijo con feroz acento:

—¡Recréate en mi martirio!

—Te engañas, le respondió con amargo dolor; nunca he sonreido al aspecto de la desgracia; y cuando alargo la mano es para ofrecer un apoyo.

—Yo desprecio el tuyo.

—No lo despreciarás si te proporciona la dicha de vengarte de mí.

—¡Oh si! es mi único anhelo y estoy seguro que Dios me concederá esta gracia.

—¿Tanto me aborreces? ¿te he causado por ventura algun perjuicio?

—Si, has destruido mis ilusiones, mi porvenir.

—Para ese porvenir tan hermoso que te prometias era preciso cometer una accion vergonzosa y es lo que he evitado yo.

—¡Siempre tú!... siempre te has de oponer á mi paso, pero algun dia no serás para mí un muro impenetrable como lo has sido hasta hoy.

—Obra bien y te dejaré en paz.

—¿Y que te importan mis acciones?

—Nada absolutamente si no mezclaras en ellas á personas cuya felicidad me interesa.

—¿Te has constituido en angel tutelar de la bella Isaura?

—No, pero la defenderé mientras tenga brazo y aliento.

—Ya te darán la recompensa.

—Si cuando hago un favor fuera con la esperanza de recibir algun premio, no hubiera vuelto á este sitio despues de la refriega pasada.

Sintióse el paso de muchos caballos que se acercaban y no tardaron en llegar seis criados de Gistierna. Colocáronle con el mayor cuidado sobre una hermosa yegua, un paje iba con él y otros dos á pie le sostenian por los lados; Hugo montó en un caballo y despues de dar la mano afectuosamente al Caballero negro se alejaron con lentitud. El desconocido los siguió con la vista hasta que hubieron del todo desaparecido; despues cojiendo el cofrecito de bronce debajo del brazo partió en busca de su Rayo: no tardó en encontrarle tendido en el suelo, caida la silla y con una porcion de yerba en derredor; el Caballero se acercó y dijo dándole una palmada en el cuello:

—¡Rayo!

El pobre animal levantó la cabeza con prontitud y miró con atencion á su amo; siguió este acariciándole, tiró un poco de la brida, pero Rayo bajó la cabeza y permaneció inmóvil.

—Vamos, le decia el Caballero ¿qué tienes? ¿te resistes á levantar? ¿No quieres volver á Uvolf? ya sabes que alli tienes buena cuadra y te espera un abundante pienso; vamos, noble compañero de mis fatigas, no quieras dejarme volver solo al castillo; tú que has salido victorioso de mil batallas no debes morir así.

Volvió á tirarle otra vez; Rayo que conocia demasiado los deseos de su amo, hizo un esfuerzo para levantarse pero cayó inmediatamente dando un lastimoso quejido.

Dejó de hostigarle el Caballero pero sentíase conmovido al ver en aquel estado á un animal que con su veloz carrera le habia salvado la vida en mas de una ocasion, mirábale con tristeza y no se atrevia á dejarle abandonado; despues de algunos minutos cuando estaba casi decidido á marchar vió llegar á su criado que venia en su busca, entonces redobló sus esfuerzos y lograron con bastante trabajo que se levantase; advirtió nuestro héroe que tenia dislocada una mano, efecto sin duda del golpe que dió al caer, cojió la silla el criado y tomando la brida el Caballero se dirigieron lentamente hácia el castillo.

Seguian una senda ancha con hermosos árboles á los lados, principiaba ya á alumbrar el crepúsculo matutino y las tiernas avecillas saltando de rama en rama saludaban al nuevo dia con sus melodiosos cánticos. ¡Encantadora perspectiva para un alma sensible y religiosa! El Caballero negro se detuvo y dijo en voz baja la oracion de la mañana. El camino venia á concluir en la orilla de un riachuelo, pero dos sendas estrechas y tortuosas á derecha é izquierda conducian la primera á Tremblay y la segunda á Uvolf: paróse nuestro viagero para que Rayo bebiese en la purísima y fresca onda y su page siguió con direccion al castillo: iba á echar á andar otra vez cuando llamó su atencion dos caballeros que venian siguiendo la márgen del pequeño rio y se inmutó ligeramente al reconocer al conde de Uvolf y su escudero. Admirado este de hallar en aquel sitio á su libertador se acercó con rapidez y le dijo con alegria:

—¡Bendito sea Dios que me hace encontraros en este momento! buen dia me espera pues os veo tan de mañana. ¿De donde venís angel consolador de estos contornos? ¡ah! sin duda de cometer alguna accion santa y buena porque veo que llevais el cofre divino que encierra la salud.

El Caballero negro no dió respuesta, pero á juzgar por el temblor que agitaba todo su cuerpo padecia mucho en aquel momento. Arturo continuó.

—Pero ¡que veo! ¿este es vuestro caballo querido que tanto sentiais perder?

—Si, contestó tristemente, mi valiente Rayo á quien creia muerto.

—¿Habeis vuelto por él?

—Si.

—¿Y qué habrá sido de los raptores?

—Cuando volví al sitio del combate habian desaparecido.

—¿Vos conoceis á alguno? paréceme que os oí hablar al concluir la pelea.

—Ignoro absolutamente quienes son.

—Yo sospecho en el caballero Alfredo de Gistierna.

—No lo creais.

—¡Oh si! él me odia y ama á mi prometida con un amor vehemente.

—No me parece capaz de tanto atrevimiento.

—El se atreveria á todo.

—Dejad de formar conjeturas, ya está en salvo vuestra amante que es lo que mas interesa.

Hizo ademan de marchar, Arturo echó pie á tierra y se puso á su lado.

—Teneis que caminar muy despacio, le dijo; y si me lo permitís iré con vos hasta Uvolf.

—Arrodeais un cuarto de legua.

—¿Qué importa? ¡es tan grata vuestra compañía!

Siguieron los dos caminando en el mas absoluto silencio, hasta que mirando el Caballero al conde le dijo estremeciéndose ligeramente.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

—¡Estais herido!

—Si, amigo mio, pero mi herida es muy leve; Erminia me ha puesto el vendaje y he permanecido en Tremblay descansando algunas horas en tanto que vos andabais por estos campos... ¡pobre caballero cuanto os he cansado y hecho sufrir!

—Hace tiempo, noble Arturo, que estoy habituado á toda clase de fatigas; el hombre se acostumbra á todo; en otro tiempo... si, en mis primeros años tambien tuve una vida dulce, feliz; tambien como vos he gozado del lujo, la riqueza y el amor; pero pasó aquel tiempo, se eclipsó la estrella que me alumbraba con sus rayos brillantes y vi desaparecer la clara aureola que me rodeaba... riqueza, amor, esperanza, todo huyó de mi vista y desde entonces mi planta solo ha pisado abrojos, mi alma solo ha sufrido pesares.

Fué tan triste su acento, tan desgarrador, que Arturo sintió humedecerse sus párpados con una lágrima, se acercó mas al caballero y le dijo con ternura:

—¿Con que tanto habeis padecido?

—Si, he apurado hasta el fondo la copa de la desgracia.

—Nó teneis padres, hermanos ni amigos?

—Nadie, Arturo; á mis padres les perdí hace muchos años, hermanos y amigos no les ha habido para mí; mi existencia se asemeja á la de aquellas plantas que nacen entre las rocas, que ningun viento las acaricia ni las toca ninguna mano.

—Pero vos sois muy querido, vuestro nombre escita entusiasmo entre los muchos á quienes socorreis del modo mas generoso y no hay castillo donde no se hable de vos....

—Como del ser mas estravagante del mundo. ¿Verdad, señor conde?

—Os engañais, caballero, no diré que en un principio no formaran sobre vos mil congeturas, pero en el dia conocen la verdad y os estiman y respetan.

—¿Lo créeis así?

—Os lo aseguro.

Callaron otra vez, y asi fueron largo rato; estaban ya cerca de Uvolf, y entonces se paró el Caballero.

—Conde, le dijo, esta senda, y señaló una que tenian á la derecha, sigue hasta vuestro castillo, no os canseis mas en acompañarme, os doy gracias por el agradable rato que he pasado en vuestra compañia. Adios, Arturo, añadió alargándole la mano, disponed de mí si en alguna ocasion me necesitais.

—¿Y qué he de ofreceros yo, noble caballero? mi brazo comparado con el vuestro es demasiado débil y para nada os hace falta, pero mi corazon es fuerte y la amistad que os ofrezco en este momento será invariable: ¡os quiero tanto!.. ¡oh! me habeis vuelto á Isaura que es el angel de mis amores... nunca olvidaré lo que debo al valor de ese brazo invencible que me ha devuelto la paz y la alegria.

—Dios quiera, dijo el desconocido, que el que hoy os ha dado la alegria no os cause la desesperacion.

Se dieron otra vez las manos y se separaron en silencio; el Caballero permaneció inmóvil hasta que lo perdió de vista; despues dando un suspiro esclamó en tanto que llegaba á Uvolf:

—He aqui un alma pura y cándida; un corazon noble y generoso..... el debia ser feliz, todo le sonrie..... mas ¡ay! ¡cuantas veces la risa se convierte en llanto!

CAPITULO VI.

Sentado en un sillon con la frente apoyada en ambas manos, hallábase el anciano baron de Tremblay; Isaura delante de él le miraba con ternura, y la melancólica Erminia á algunos pasos de distancia derramaba amargas lágrimas que rodaban silenciosas por sus pálidas megillas. Ya hacia rato que guardaban profundo silencio, cuando el baron clavando sus ojos en Isaura, la dijo en estremo conmovido:

—¡Pobre hija mia! ¡cuánto debes sufrir en este instante!

—Si, padre mio, padezco mucho; pues aunque no os habeis esplicado con demasiada claridad, creo que la herida de Arturo que tan sencilla pareció en un principio se presenta peligrosa, tal vez mortal:

—Has acertado, si no muere perderá el brazo derecho y esto es horrible.

—Mientras él se salve, dijo Erminia sollozando, ¿qué importa que tenga un brazo de menos? el que le ame de veras lo mismo le querrá ahora que despues.

Isaura no respondió, quizá no pensaba como su hermana. Despues de un instante dijo:

—¡Pero por qué no han de salvarle!

—No podrán, hija mia, hombres muy hábiles están á su cabecera y con todo no pueden curarle.

—¡Ah! dijo Erminia, ¡si lo viera el Caballero negro!

Isaura exhaló un gemido y esclamó:

—Mi hermana tiene razon, es preciso ir á buscarle.

—He estado ya dos veces pero en vano, nadie ha respondido á mis voces; y ademas, varios caballeros de los que rodean el lecho del moribundo no han aprobado mi accion.

—¿Y que nos importa eso? esclamó Erminia, ¿por darles gusto le dejaremos morir?

—Tiene razon, dijo Isaura, es preciso que vea al enfermo.

—¿Y si se obstina en no responder?

—No dejaremos de llamar.

—Volveré, hija mia, pero será inútil.

—Yo os acompañaré y estoy segura que á mi voz no será insensible.

—Bendita seas, Dios se apiade de ti.

Erminia ahogó algunos sollozos, tambien hubiera querido acompañarlos para unir sus ruegos á los de su padre y hermana... mas ¡ay! no se atrevió á decirlo y les vió partir con el alma despedazada por el dolor. Pocos minutos despues de la conversacion que acabamos de citar, el baron de Tremblay, su hija y un criado caminaban sobre tres hermosos caballos con direccion á Uvolf. Pronto se aparecieron á los tres viageros sus gigantescas torres alumbradas por un sol claro y brillante, Isaura dió un suspiro y dijo enjugando una lágrima que humedecia sus párpados:

—Padre mio, he aqui una hora semejante á aquella en que vinimos á Uvolf para despedir á Enrique.

—Es verdad, estaba claro y apacible como este; aquel dia vimos por última vez á su ilustre señor y tal vez hoy sea tambien el último del único vástago que queda de tan antigua familia... me lo dice el corazon.

—Permitid que os diga que en este momento no están acordes nuestros corazones, yo creo que el angel tutelar de nuestra casa le librará de la muerte.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

—El cielo quiera que aciertes.

—Estoy segura de ello, si, muy segura, él le dará la salud y ¡cuánto le deberemos! ¿qué recompensa será bastante? ¡ah ninguna, ninguna!

Dejó de hablar; pero su agitacion era tanta que tuvo que poner la mano sobre el pecho porque la ahogaban los violentos latidos de su agradecido corazon; su padre se alegraba interiormente del fuego con que habia pronunciado aquellas palabras creyendo descubrir en ellas un violento amor hácia Arturo. ¿Se engañaria en aquel instante el honrado baron?

Estaban ya al pie del castillo, bajaron de los caballos y dándoselos al criado se apoyó Isaura en el brazo de su padre y se dirigieron á la puerta, pero estaba cerrada; el baron dió dos golpes y se abrió repentinamente apareciendo tras ella un negro de facciones horribles; Isaura dió un paso hácia él y preguntó:

—Tu amo, ¿está en el castillo?

El negro se encogió de hombros y la miró con atencion, despues pronunció varias palabras ininteligibles para el baron y su hija.

—¿Tu amo? volvió á preguntar levantando mas la voz.

El criado hizo un gesto de disgusto y se disponia á cerrar la puerta; pero Isaura que conoció su accion pasó el umbral de un salto y le dijo casi sin aliento:

—Si es que comprendes nuestras palabras dí por Dios á tu amo que dos desgraciados desean hablarle y que no se alejarán de aqui sin verle.

Un ruido de pasos se percibió en aquel momento y el habitante de Uvolf se presentó á su vista.

—¡Vos por aqui! dijo conmovido; he conocido vuestra voz y salgo para que dicteis órdenes á vuestro humilde criado.

Isaura iba á hablarle, pero enmudeció á su vista y solo pensaba en contemplar su gallarda figura y oir aquella voz que conmovia todo su sér. El baron tomó la palabra y le dijo:

—Noble caballero, venimos á suplicaros que ya que os debemos el honor nos deis la tranquilidad que hemos perdido.

—¿Y puedo acaso, señor baron?

—¡Oh! si podeis, si; salvad la vida al noble conde de Uvolf que se halla próximo al sepulcro.

—¿Tan peligrosa es su herida?

—Mortal.

—¿Desea él que yo le vea?

—No es el quien envia á buscaros; hace dos dias que tiene un delirio espantoso, pero mis hijas y yo que conocemos el mérito de las drogas que aplicais en las heridas, os pedimos encarecidamente que vengais á Uvolf.

—Se el peligro de Arturo, señor de Tremblay; y se tambien que rodean su lecho varios enemigos mios aunque en nada les he ofendido; hace dos dias fuí al castillo y me negaron la entrada, insistí en verle y me arrojaron de alli llamándome loco y charlatan y me digeron que guardase mis brebages para los pobres, pues el conde de Uvolf no los habia menester.

—¡Bárbaros! dijo Isaura sin poder ocultar su cólera.

Ignoraba esa aventura, observó el de Tremblay, pero no tengais cuidado, yo haré que enmudezcan los insolentes que os han tratado de un modo tan descortés; venid y si le salvais dais la vida á un hijo mio, ya sabeis que es el esposo futuro de esta desconsolada doncella que os implora.

El Caballero clavó sus ojos en Isaura y esta bajó los suyos avergonzada de las palabras de su padre, como si fuera un crímen amar al amigo de su infancia. El desconocido entró en el castillo, dió una voz y al momento se presentó el negro trayendo de la brida al valiente Rayo, subió sobre él rapidamente y dijo mirando al anciano:

—Vamos á ver al conde.

—No, le contestó, primero dejaremos á mi hija en Tremblay. Y siguieron la senda que conducia á su castillo.

Isaura y el Caballero negro iban delante y guardaban silencio; sufria la jóven cierto embarazo y mal estar que no podia esplicarse asi misma, queria hablar y no tenia voz ni palabras; por último al llegar al medio del bosque dijo:

¡Que recuerdos tan dolorosos tiene este sitio para mí! aquí fué donde me robaron.

—Tristes deben ser con efecto, dijo él en tono que participaba de lúgubre y de irónico; porque en aquella noche recibió Arturo la herida que tan postrado le tiene.

Isaura sintió el calor que subia á su rostro, despues un frio glacial se apoderó de todo su cuerpo y un temblor nervioso agitó sus miembros un instante, el caballero continuó:

—Mucho pasásteis aquella noche aunque fué compensado con la dicha de volver al castillo en compañía de vuestro futuro esposo.

—Y la vuestra, contestó con presteza.

—Poco os importoba la mia y en prueba de ello que me dejásteis solo y desamparado.

Cada palabra del desconocido era un puñal que penetraba hasta el corazon de Isaura, bajó la cabeza y á pesar suyo sintió que caian dos lágrimas de sus ojos.

—Teneis razon, dijo despues de una pausa, pero debeis recordar que os pedí perdon de mi falta.

Lo recuerdo, señora, y viviré eternamente agradecido.

—¡Ojalá pudiera haceros un servicio igual al que me habeis hecho vos!

—¿Quién sabe si tendré que pediros algo?

—Entonces vereis como no he olvidado cuanto os debo.

—No me olvideis, Isaura, no anhelo por hoy otra recompensa, acordaos del pobre solitario que para todo el mundo es indiferente.

—No lo creais, hay muchos que os estiman.

—No, Isaura, nadie me ama, los mismos á quien socorro me desprecian y estoy condenado á pasar mi existencia solo, aislado, sin mas compañía que la sombra del tiempo que pasó cuyos recuerdos me siguen á todas horas... ¡ah! porque he sido feliz en mi juventud.

—Luego, ¿ya sois viejo?

—Tengo pocos años, pero puedo decir que he envejecido y que se han marchitado para siempre las flores de mi primavera.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

—Si supiera vuestras penas tal vez podria daros algun consuelo; ¿por qué no me confiais los accidentes desagradables que han amargado vuestra existencia?

—Temed el dia en que sepais mi historia, porque será muy fatal para los dos.

—Me haceis temblar, yo quisiera veros feliz.

—No se presenta á todos tan risueño el destino como á vos.

—No soy tan feliz como imaginais.

—Ahora no, mas en pasando el peligro de Arturo...

—Habrá otro mayor, caballero, otro que me espanta mas que la muerte.

—¡Infeliz! murmuró él por lo bajo. Dios lo ha dispuesto asi. ¿Que teneis, continuó mas alto, vos que sois adorada de todo el que llega á veros, que se disputan hasta vuestras miradas y que no hay caballero en las cercanías que no haya pedido vuestra mano á pesar del compromiso que teneis con el conde de Uvolf?

—Pues á pesar de todo sufro mucho... mi corazon presiente desgracias muy grandes y, no lo dudeis, llegarán.

Estaban próximos á Tremblay; Erminia que desde una torre los habia visto venir estaba ya al otro lado del puente y se acercó á su hermana para ayudarla á bajar; pero se quedó admirada de la palidez que tenia en el rostro y al tocar su mano la halló ardiente como un volcan.

—¡Con que va! la dijo alborozada; ¡ay! entonces se salvará.

Isaura se volvió hácia el caballero, queria hablarle y no hallaba palabras para espresarse, miró á su padre y despues de un momento de silencio le dijo:

—¿Volvereis pronto, querido padre?

—Tanto como me sea posible.

—Pues no os detengais, esclamó Erminia impaciente.

—Vamos, dijo el baron al Caballero.

Acercóse este á Isaura y en voz baja de modo que ella sola pudiese oirle,

—No olvideis, la dijo, que voy á ver al conde solo porque

vos me lo mandais, soy muy avaro y tal vez pronto os pida la recompensa de este favor.

Dijo, y sin darla tiempo para responder partió como un rayo con el anciano baron. Las dos jóvenes entraron en el castillo y se dirigieron silenciosas á la sala de labor, las dos se sentaron á un bastidor en el cual se veia una rica banda á medio bordar; trabajaban con indiferencia, pues ambas tenian ocupada la imaginacion por diversos pensamientos que las hacian olvidar su labor; por último apoyando Isaura la frente en las manos esclamó con estremada agitacion:

—¡Dios mio, cuanto padezco!

—¡Que! ¿desconfias de la cura?

—¿De la cura? contestó distraida, ¡ah! si, continuó encendiéndose como una amapola, debia pensar en Arturo pero en este momento estaba muy lejos de mi memoria.

—¿Es posible que te olvides de él en un momento en que estará luchando entre la vida y la muerte? ¿cuando puede ser que no volvamos á verle nunca cerca de este bastidor en donde tantas veces nos ha entretenido con bellísimas historias?

—Tienes razon, quizá no le veremos mas. Y las dos hermanas echaron á llorar amargamente.

Al cabo de un rato dejaron los asientos, cogiéronse de la mano y subieron á una torre para ver el camino que debia traer su padre ya que no podia verse el castillo que habitaba Arturo. Ya hacia un cuarto de hora que esperaban y nadie asomaba por el camino, el sol se ocultaba detras de los montes... el dia iba á concluir. Erminia dió un suspiro.

—¡Que tarde es ya! si padre no viene pronto nos será imposible distinguirle; y con todo no puedo alejarme de aqui... ¡ah! si estuviera alli, dijo señalando á Uvolf, le veríamos desde que saliera del castillo y podria hacer una seña que significase el estado del pobre Arturo.

—¡Oh! yo estoy tranquila respecto á su restablecimiento.

—¡Ay! si yo estuviera segura de que no moriria, dijo Erminia interiormente, no derramaria lágrimas... ¿Será posible que mi hermana le ame mas que yo?... ¡oh! no puede ser.

Un caballero apareció en el camino.

—¡Mi padre! gritó Erminia levantándose, Isaura la siguió y pensaba al mismo tiempo:

—¡Viene solo!

Llegaron al puente como dos flechas y se arrojaron en brazos de su padre, él las cubrió de besos y las dijo con alegria:

—¡Buena nueva!

—¿Se ha salvado? esclamaron las dos.

—No se da la vida tan de repente á un moribundo, pero con ayuda de Dios le salvará.

—¡Ah! dijo Erminia levantando los ojos al cielo, gracias, Dios mio, gracias.

Y su hermana inclinando la cabeza sobre el pecho murmuró:

—¡Como no ha de estar en mi memoria, si es el ángel salvador de mi familia!

Y los tres entraron en el castillo.

CAPITULO VII.

Gran movimiento hay en Tremblay, álzase en la plaza de armas una inmensa gradería construida de madera, solo faltaban quince dias para las bodas de Isaura y Arturo y los valientes jóvenes de las cercanías querian lucir su valor en un torneo; todos los vasallos del baron estaban ocupados, el buen anciano de una parte á otra los animaba con sus dulces palabras y algun ligero regalito que los operarios tomaban con trasporte. Concluyéronse los trabajos la víspera del dia señalado para la fiesta y todos se fueron á descansar pensando en el siguiente. Llegó por fin, ya estaban ocupadas las gradas cuando un rey de armas leyó el siguiente pregon. Entrarian en el circo todos los caballeros que quisieran, Arturo de Uvolf defendia el campo; si derribaba á tres seria premiado como vencedor, mas si era vencido por otro caballero entonces aquel tendria que derribar igual número si se presentaba, y en caso de que no compareciese seria premiado el último que venciera. Isaura, reina de la fiesta, tributaria el premio que consistia en una banda de seda carmesí preciosamente bordada por las dos hermosas hijas del baron.

Llegó la hora: en una grada un poco separada de las otras

se presentó el baron de Tremblay con sus dos hijas y varias señoras de aquellas inmediaciones todas envueltas entre sedas y pedrerías. Isaura, elegantemente vestida de gasa de plata con un riquísimo velo, estaba algo pálida y no brillaban sus ojos como otras veces radiantes de felicidad; Erminia, vestida de gasa azul con una corona en la cabeza de flores blancas, estaba débil y abatida: su sonrisa era mas triste que de costumbre y su mirada vagaba por todas partes sin fijarse en ningun objeto.

Se oyó una corneta y entró en la plaza el conde Arturo con armas doradas, una banda blanca bordada de plata semejante al vestido de su querida, plumas blancas y encarnadas y un caballo negro y brillante como el azabache. Por divisa traia en el escudo un cupido á quien una bella iba á encadenar con este letrero: *Me rindo solo con verte.* Dió una vuelta al circo con aire marcial en medio de las aclamaciones que tributaban á su gentil presencia, Isaura sintió un movimiento de orgullo al ver el entusiasmo que escitaba y la pobre Erminia ahogó en su pecho un prolongado suspiro. Ya hacia algunos minutos que paseaba y el público comenzaba á impacientarse cuando sonó de nuevo el clarin y entró el jóven Hugo de Aseli perfectamente vestido. Sus armas tambien doradas brillaban como el oro, traia una banda de seda azul bordada de blanco, un penacho de plumas blancas y azules y por divisa se veia en el escudo sobre fondo azul un ramo de rosas blancas y por debajo el siguiente mote: *Blanca y pura cual nosotras.* Montaba un caballo castaño ligero como el viento.

Así que entró resonaron gritos de alegria, el jóven dió una vuelta por la plaza, saludó con finura á Isaura y Erminia y vino á encontrar al conde de Uvolf que ya lo esperaba. Despues de haberse puesto á una distancia regular bajaron las lanzas y arremetieron con furia; las dos volaron por los aires hechas pedazos. Arturo quedó inmóvil sobre la silla, pero Hugo mas débil que su contrario no pudo resistir tan tremendo golpe y cayó en la arena. Salió del circo, dieron á Uvolf

otra lanza y principió á pasear indiferente y tranquilo. El baron de Tremblay estaba arrobado al ver la gentileza de su futuro yerno, Isaura tambien estaba satisfecha y dijo á su hermana en voz baja:

—¿Te alegras que haya vencido Arturo?

—Si, hermana mia.

—Yo tambien, pero siento que Hugo haya sido el vencido; el pobre llevaba tus colores y tal vez tendria esperanza de alcanzar el premio que para él seria precioso solo porque has bordado la mitad.

—Es algo confiado, tiene ese defecto, pero ¿quién entra?

El clarin habia sonado otra vez y un caballero, lejano pariente de Tremblay, entró en la plaza; era un niño de quince años, y al ver su rostro infantil hermoso y cándido como el de un ángel, todos principiaron á aplaudirle; no brillaba en él el lujo por ser de una familia pobre, pero sus armas estaban limpias y brillantes: traia adornado el yelmo con plumas verdes y azules y en el escudo habia pintado un leon sujetado por un niño con esta letra: *Aunque niño no te temo.* Montaba una hermosa yegua blanca bastante bien enjaezada, con las riendas de seda y estribos de plata. Dió una vuelta á la plaza con desenvoltura y paróse frente de Arturo con la mayor serenidad; los espectadores guardaban un silencio sepulcral deseando ver como se portaba el jóven caballero. Arremetieron con estraordinaria fuerza y con asombro de todos vieron al niño sostener el golpe sin moverse; mil gritos resonaron y Erminia tembló por Arturo, pero en el segundo encuentro el conde fué mas feliz derribando á su contrario.

Salió de la plaza en medio de las mayores aclamaciones y en el mismo instante se presentó Alfredo de Gistierna. El baron se puso pálido, Arturo tembló de corage, Isaura miró con dolor á su hermana y la dijo:

—Algo malo va á suceder.

—¡Y como se atreverá ese insolente, respondió Erminia, á presentarse aqui despues de lo que ha pasado!

—Dios quiera que no tengamos que llorar su venida.

Adelantóse Alfredo con el mayor descaro, saludó á las hijas del baron que no se dignaron contestarle y sonrió desdeñosamente al ver á Uvolf. Sus armas eran negras y lo mismo las plumas que coronaban el yelmo, el peto estaba cuajado de pedrería y en el escudo habia pintado un leon sobre fondo blanco con estas palabras. *Yo venzo á todos*. Ridículo por demas pareció este mote y las damas hacian secretos votos para que ganase Arturo por ver humillado á tan altanero personage. Pusiéronse los dos combatientes frente á frente y enristrando las lanzas fueron el uno hácia el otro; el choque fue terrible, pero los dos permanecieron en las sillas sin hacer el mas ligero movimiento; el segundo encuentro fué lo mismo que el primero, mas al tercero Arturo sintió repentinamente un dolor fuertísimo en la muñeca, no pudo sujetar la lanza y se le cayó de las manos al sentir el golpe de Gistierna. Erminia dio un grito desgarrador y cayó desmayada en los brazos de su hermana. Arturo salió de la plaza bramando de cólera y Gistierna quedó paseando y gozándose en su triunfo: el baron estaba confuso y la hermosa reina del torneo rogaba á Dios que Alfredo fuese vencido por otro; en efecto, un caballero se presentó en el palenque, pero al primer encuentro fué rodando por la arena y el público principió á victorear á Gistierna. Siguió este dando vueltas á la plaza haciendo mil juegos con su negro y hermoso caballo, cuyos arreos eran todos de oro, sedas y pedrerías. Isaura temblaba viendo que nadie parecia, el tiempo de espera iba á concluir y Alfredo habia clavado sus ojos ya dos veces sobre la rica banda que debia ser el premio á su valor. Erminia recobrada de su desmayo miró tristemente á su hermana que estaba pálida como la muerte y la dijo con voz desfallecida:

—¡El se llevará el premio!

—No, no, la respondió con viveza, primero lo haré pedazos.

Un rey de armas iba á anunciar que el señor de Gistierna quedaba vencedor del campo; pero en el mismo instante sonó

de nuevo el clarin y entró en la plaza el Caballero negro. Los aldeanos que vieron á su bienhechor prorrumpieron en gritos de alegria, el baron y Erminia cambiaron una mirada de satisfaccion y la bella Isaura en el colmo de su contento levantóse de su asiento y dijo arrebatada:

—¡Aqui está el vencedor!

Todas las miradas se fijaron sobre ella por un momento y la pobre jóven avergonzada se cubrió el rostro con el velo y una lágrima humedeció sus ojos; Gistierna no pudo disimular su rabia al ver al hombre que siempre lo humillaba, y temblando de cólera lo esperó. El Caballero negro dió una vuelta á la plaza, saludó á las hijas del baron y tanto ellas como las señoras que estaban en su compañia le contestaron cortesmente y pudieron admirar la gallardia y soltura con que manejaba su negro caballo. Las armas del desconocido eran como siempre, negras y del mismo color las plumas que coronaban el yelmo; tenia perfectamente ajustada la visera y en el escudo traia por divisa pintado en campo negro una paloma á quien un milano despedazaba con su pico y debajo esta letra: *¡Todavia mas tormento!* Acercóse á Gistierna y los dos campeones se miraron un instante de alto abajo. Alfredo pálido y temblando, el Caballero al parecer sereno; separáronse un poco y bajando las lanzas arremetieron con furor; el choque fué espantoso, pero los dos combatientes permanecieron firmes como rocas; en el seguudo se oyó un grito general, habian visto bambolear al Caballero negro y todos temblaron por él; furioso con la ventaja que por un instante habia alcanzado su contrario, empezó á acosarle por todos lados, de manera que Gistierna apenas podia defenderse; despues de algunos instantes le dirigió un golpe de lanza y aunque Alfredo trató de pararlo, iba dirigido con tanta fuerza, que levantándolo de la silla cayó rodando por el suelo.

Indecible seria querer pintar la alegria que disfrutaron los espectadores, por todas partes se oian aclamaciones de júbilo y repetian entusiasmados:

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

¡Viva el Caballero negro, viva el padre de los necesitados!

Frenético Gistierna con tales voces, levantóse rápidamente y desenvainando la espada:

—Ya no es ún torneo, dijo, es un desafio á muerte; defiéndete.

Echó pie á tierra el Caballero y respondió:

—Ansiaba este momento y admito con gusto el duelo que me propones, mas permite que te diga que no es este sitio á propósito para que uno de los dos muera; otro dia y á otra hora estaré dispuesto, hoy no quiero, pues tengo que recibir, en premio de haber vencido, la banda bordada por la bella hija del baron.

Tremblay, que habia conocido lo que decia Alfredo, bajó inmediatamente con otros caballeros para advertir que aquel no era sitio para duelos; y viendo el orgulloso Gistierna fallidos sus deseos montó otra vez en su caballo y salió de la plaza jurando vengarse de aquel nuevo insulto. Pasada media hora y viendo que no parecian mas campeones, los reyes de armas proclamaron vencedor del torneo al Caballero negro y le rogaron que fuese á recibir el premio. Isaura estaba como en un sueño, en aquella tarde habia pasado de la desesperacion á la mas pura alegria y no podia ocultar el placer inefable que disfrutaba en aquel momento. El caballero vencedor se dirigió con paso lento hácia la galeria á donde estaba Isaura, á cuyos pies hincó una rodilla; la jóven pálida y temblorosa iba á ceñirle la banda, cuando tomando la palabra el baron dijo asi:

—Caballero desconocido, vuestro valor es sin igual y os estamos muy reconocidos; habeis vencido esta tarde, pero las leyes del torneo no permiten dar el premio sin que el vencedor descubra su rostro; descubrios, pues.

El Caballero negro se levantó suspirando.

—Señor baron, contestó con triste acento; no puedo ser premiado: esa banda para mí hubiera sido un tesoro, un talisman..... pero la rehuso, hace muchos años que no descubro mi rostro y probablemente no lo descubriré jamás; pero

ya que no puedo disfrutar de un premio que me pertenecia permitid al menos que disponga de él.

Os lo permito, dijo el baron.

—Pues en mi nombre dádselo al valiente Arturo de Uvolf, él es mas digno que yo.

—No, no, dijo Isaura, es vuestro y os lo remitiremos al castillo esta misma noche.

—De ningun modo, señora, esa banda no sirve para mí, sus colores son muy diferentes á los que yo acostumbro; en premio de ella, dijo mas bajo y de modo que Isaura sola podia oirle, dadme vuestro cariño que será mas duradero.

—¡Ah! dijo ella conmovida.

—Amadme como yo os amo.

Dijo; y haciendo una profunda reverencia se alejó. Isaura le vió partir y le siguió con los ojos largo trecho. Todos se retiraron y cuando la prometida de Arturo se vió sola en su cuarto, hincándose de rodillas esclamó con júbilo:

—¡Me ama! si, me ama, Dios mio; esta alegria compensa todos los pesares que he sufrido desde que se presentó á mis ojos por primera vez.

CAPITULO VIII.

Era una noche de Noviembre, el cielo estaba cubierto de blancas nubes y la nieve caia á grandes copos. En un vasto salon y al lado de un escelente fuego, estaba recostado en un cómodo sillon el caballero Alfredo de Gistierna; su aspecto era mas serio que de costumbre, su frente estaba contraida y en todo su ademan se conocia que meditaba sobre un asunto sumamente delicado. Levantábase de vez en cuando y se paseaba precipitadamente, escuchaba despues y venia á dejarse caer en el sillon con visible angustia.

—Hace una noche horrible, decia, tal vez no vendrá ninguno y si vienen... ¿querrán acaso unirse á mí? esta incertidumbre me asesina.

Sintió pasos y se levantó rápidamente, compuso su semblante pálido y desencajado y asomó á sus lábios una sonrisa forzada. Dos caballeros entraron en aquel momento, se dieron las manos y despues de tomar asiento hablaron de cosas indiferentes; pasados algunos minutos entró Hugo de Aseli y asi sucesivamente fueron llegando hasta reunirse nueve ó diez; entonces Alfredo pasando su mano por la frente les habló como sigue.

—Amigos mios, el objeto de esta llamada os parecerá algo

estraño y voy á dar al instante una clara esplicacion. Hace mucho tiempo que vino á habitar el castillo de Uvolf un aventurero á quien todos conocemos por el Caballero negro; nadie fijó en él su atencion porque creimos que seria un desgraciado que buscaba la soledad, en su consecuencia no se le causó molestia alguna; hace tiempo que por motivos que mi delicadeza no me permite descubrir principié á sospechar de él, traté de espiarle y no tardé en descubrir parte de sus horribles tramas; él se habia grangeado la amistad de nuestros vasallos por medio de mil bajezas que es inútil decir y les infundia el ódio contra nosotros porque asi convenia perfectamente á sus pérfidos planes; pero como yo no lo perdia de vista y pasaba noches enteras al rededor de su castillo, observé que contra lo que dice el vulgo de que nadie ha penetrado en el interior de su vivienda, llegaban varios hombres á pie y á caballo, vestidos exactamente como nuestro héroe y permanecian con él hasta que venia el dia; cuando pasaban cerca de mí me escondia con cuidado, pero anoche que á pesar del frio tambien fuí, me habia acercado tanto que pude oir estas palabras, dichas por el Caballero negro, al tiempo que despedia tres ó cuatro. «Con que, amigos, silencio y confianza; el mayor número de esos rústicos aldeanos es nuestro, preciso es que demos una leccion á los nobles que se burlan del Caballero negro; hasta pasados cuatro dias á media noche.»

Aterrado quedé de espanto al oirlo, por un instante creí que soñaba, pero despues vi claramente una horrible conspiracion que se tramaba contra nosotros y es preciso evitarla á todo trance haciendo trizas á ese hombre que nos aborrece sin saber por qué.

Atónitos quedaron los oyentes, pero ninguno parecia animado de los mismos deseos que Alfredo, asi es que guardaron un absoluto silencio; furioso al ver tanta frialdad esclamó:

—¡Nadie quiere seguirme! pues bien yo solo quitaré piedra á piedra hasta que no quede del castillo de Uvolf ni siquiera los cimientos.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

—No, dijo un pariente de Gistierna que estaba furioso desde que le habia vencido en el torneo, yo te seguiré y aunque mi brazo es débil siempre te ofrece un apoyo.

—Gracias, le contestó, nunca habia dudado de ti. ¿No hay mas que nos acompañen?

—¿Yo, dijo un jóven que dependia absolutamente del pariente de Gistierna; estoy pronto á seguiros y ansiaba esta ocasion, detesto al Caballero negro por razones muy poderosas, pero yo solo ¿qué podia hacer? nada, sufrir y callar.

Aunque todos ignoraban las infamias que Alfredo habia espuesto como seguras era motivo para que dudasen; ademas, en este mundo, mejor nos inclinamos á creer el mal que el bien, y aunque ninguno de ellos habia recibido del Caballero negro la menor ofensa, decian tres que era un infame y antes de un cuarto de hora mas de la mitad habian jurado vengarse; pero entre los que no se habian decidido estaba Hugo de Aseli. No dejó de chocar su silencio á su amigo y le preguntó:

—¿Que dices tú, mi buen amigo?

—Que poco curado todavia de la dislocacion no me hallo á propósito para guerrear.

La frialdad con que pronunció estas palabras le dejaron helado, no obstante repitió:

—¿Tú que siempre me has acompañado me dejarás ahora?

—Te he acompañado es verdad y tal vez en empresas tan absurdas como esta, pero aun cuando no dejo de creer lo que has dicho, tampoco quiero asegurarlo ciegamente; y luego hubo un dia en que el Caballero negro me prestó un favor y yo no lo olvido nunca; ojalá que todos tuvieran tanta memoria como yo.

Al concluir estas palabras fijó sus ojos en Alfredo que no pudo menos de bajar los suyos algo confuso. El tono de Hugo dió algo que cabilar á varios de los presentes y uno de ellos observó:

—Verdaderamente señores nos vamos á meter en una empresa de la cual no sabemos el resultado; el Caballero negro

decis, señor de Gistierna, que es un conspirador, y hay tambien quien asegura que es un santo; yo no quiero ni creer lo uno ni lo otro, pero como á mí directamente nada me ha hecho ni en pró ni en contra, no quisiera tampoco meterme con él.

—¿Le teneis miedo? preguntó Alfredo.

—No, caballero, yo no temo á nadie y he dado de ello hartas pruebas, eso es un insulto del cual no tomo satisfaccion porque lo desprecio.

Varios caballeros trataron de apaciguarlos y con efecto lo lograron, pues Gistierna no tenia gana de desafios en una ocasion en que veia cercana su venganza: algunos de ellos se disculparon y no entraron en aquel pacto, pero la mayor parte enojados con las palabras de Gistierna juraron tomar venganza. Despues de hablar del asunto mas de una hora, quedaron convenidos que irian á los dos dias y al toque de oraciones y le intimarian la órden de abandonar el castillo antes de media noche; y de no hacerlo tomarian las medidas que parecieran mas convenientes al señor de Gistierna. Acordado esto se retiraron todos y solo quedó en el salon Hugo de Aseli. Alfredo le miró con ojo escudriñador, mas viendo que el rostro de su amigo estada tranquilo le dijo asi:

—Y bien ¿podré saber el motivo de haberte revelado contra mí?

—¡Yo revelarme contra ti! ¡que disparate! has hecho una proposicion que no me gusta, no he querido admitirla y nada mas.

—Pero ¿no te opondrás á ella?

—No por cierto.

—Quiero echar de aqui á ese hombre.

—Haces mal.

—¿Por qué?

—Porque es quitar un padre á los pobres, un vencedor á los valientes.

—Mucho entusiasmo tienes por él.

—Le admiro y le respeto.

—Ese es un insulto dirigido á mí; ¿lo oyes? á mí que te he preferido á todos mis amigos.

—No, Gistierna, si has tenido conmigo alguna deferencia es porque te he servido como un juguete, porque siempre he estado sumiso al menor de tus mandatos; pero hoy que te conozco bien y que veo que tu corazon no sabe agradecer los favores que recibe, he decidido dejar del todo tu amistad: esta misma noche parto de aqui, he determinado hacer un largo viage y es probable que en mucho tiempo no me vuelvas á ver. Adios, señor de Gistierna; y sin hacer caso de Alfredo que lo llamaba salió corriendo del salon. Echó á correr su amigo tras él, pero no pudo alcanzarle, mandó ensillar su caballo y salió del castillo, pero la noche era horrible y no pudo hallar en aquellas soledades la senda que seguia Hugo.

CAPITULO IX.

Asi que salió Hugo del castillo, dejó á un lado el camino y despues de andar algunos instantes se paró al pié de un árbol; sentia á corta distancia el paso de un caballo y no dudó fuese su amigo que lo seguia rabioso de ver que no habia querido detenerse á pesar de sus ruegos; caia la nieve tan espesa que era imposible ver ningun objeto á la distancia de dos pasos, de manera que Alfredo estuvo muy cerca de él sin imaginar siquiera que se hallaba tan próximo al objeto de sus pesquisas: despues de algunos minutos sintió que volvia con direccion al castillo, entonces volvió á subir en su caballo y siguió andando sin saber la direccion que llevaba. Miraba á todos lados, pero le era imposible descubrir nada; continuamente estaba cayendo en hondos barrancos y temiendo esponer su vida volvió á apearse y andaba sumamente despacio, llevando al caballo de la brida; hacia un frio intenso, la nieve era cada vez mas espesa y en vano Aseli alzaba los ojos al cielo pues solo se presentaban á su vista los blancos copos que caian sin interrupcion. Al cabo de tres cuartos de hora de camino la nieve principió á caer con menos abundancia, y pasados pocos momentos descubrió á un

lado las altas torres de Trembray; entonces volvió á subir en el caballo y como podia ya distinguir algo el camino andaba con mas rapidez. Continuamente volvia la cabeza temeroso de que le siguieran y desbaratasen sus planes, pero con una noche tan cruel ¿quién habia de atreverse á lanzarse en medio de aquellos caminos solitarios? el mismo Gistierna á pesar de su valor habia tenido miedo y ya estaba agitándose en su blando lecho y meditando los planes de su venganza; Hugo en medio de la nieve y la soledad no padecia tanto como él.

Despues de un rato llegó al pié de los muros de Uvolf, buscó la pequeña puerta por la cual se comunicaba el Caballero negro y su criado y dió dos golpes con la lanza, pero nadie le respondió; ya esperaba esto Aseli y no se sorprendió por aquel silencio, bajó del caballo y llamó mas fuerte que la vez primera, mas tampoco obtuvo respuesta; esperó un instante pero aquel edificio parecia desierto, en su interior no se oia el mas leve ruido. Cansábase de esperar y sentia que sus miembros se iban entumeciendo, se acercaba lo mas que podia á su caballo para recibir el calor de su cuerpo, pero á pesar de todo conocia que se hallaba en un peligro inminente.... y ¿qué habia de hacer? haber pasado aquella noche para volverse sin cumplir el voto que se habia impueto era imposible; Hugo mas queria morir que retroceder. Llamó otra vez con tan fuertes y repetidos golpes que retumbaban con estruendo por el interior y esterior del edificio, el jóven creyó oir una puerta que se abria y una voz que reconoció al momento le preguntó:

—¿Quién viene á estas horas á turbarme el sueño?

—Un amigo, respondió Aseli.

—¿Su nombre? preguntó el de adentro.

—Hugo de Aseli.

—¿Y que me quiere el caballero Hugo?

—Por de pronto un poco de lumbre para no espirar de frio, despues daros un aviso.

—¿Venís solo?

—Con mi leal caballo.

—¿Lo jurais?

—Por la cruz de mi espada.

Entonces sintió hablar en voz baja, y despues de algunos segundos descorrieron los cerrojos y apareció en el umbral de la puerta el Caballero negro armado de punta en blanco y su negro page; se dieron las manos con cariño y viendo el estado en que se hallaba el jóven, lo condujo de la mano hasta una sala en tanto que el criado llevaba al caballo á hacer compañia al valiente Rayo. La sala en que entró Hugo era grande y fria, no habia mas muebles que un lecho sencillo y algunos asientos toscos de madera; en un rincon se veia todavia la lumbre á medio apagar, acercó á Hugo y despues de haberle ayudado á sentar el mismo Caballero echó en el hogar algunos trozos de madera que por lo seca principiaron á arder con prontitud; el desconocido cogió de un aparador un vaso de vidrio, lo llenó de un licor espirituoso y se lo dió á Hugo que lo bebió sin descansar, lo acercó mas á la lumbre y el pobre jóven conoció que se reanimaban sus fuerzas y que debia otra vez la vida al Caballero negro; dirigióle una mirada llena de gratitud y le dijo:

—¡Cuanto os debo! ¿cómo podré pagaros tanto favor?

—Paréceme, le dijo el Caballero, que habeis dicho antes de entrar que teniais que darme un aviso.

—Es verdad.

—¿Y por eso solo os habeis puesto en camino con un tiempo tan malo?

—Si, amigo mio, por eso nada mas.

—¡Y me dais gracias cuando soy yo quien debe vivir eternamente agradecido!

—Sabed que Alfredo de Gistierna os tiende un lazo, en el cual hubierais caido si no hubiera estado yo en el secreto.

—Y ¿por qué? Alfredo me aborrece y en vano cavilo por averiguar la causa que ha dado origen á ese ódio.

—Pasado mañana al sonar la oracion vendrá á Uvolf con varios caballeros que se han unido á él, os intimarán la ór-

den de marchar de aqui antes de media noche y si no lo ejecutais temo que os suceda alguna desgracia.

—¿Y os ha participado sus planes?

—Si, pero no he querido ser de su partido y vengo á preveniros de todo.

—Pero de cualquier modo que se mire siempre haceis una traicion á vuestro amigo.

—No es mi amigo quien os persigue.

—Gracias, jóven, estimo vuestro aviso, no me encontrarán porque pasado mañana habia pensado no estar aqui... pronto quedará tranquilo.

—¿Qué, dejais á Uvolf?

—¿Y qué he de hacer en él? ese hombre hace tiempo que me persigue y concluiria por asesinarme.

—¡Ah, si! teneis razon, os asesinaria si pudiera. Aqui no estais bien, lo conozco; venios á mi castillo, él es fuerte, tiene altísimas murallas y si nos atacan le defenderemos hasta perder la última gota de sangre: si no os agrada este plan, mirad, he determinado hacer un viage, venid y viviremos como dos hermanos.

—¡Cuan bueno sois! esclamó el Caballero negro cogiéndole una mano ¡y que noble es vuestro corazon! estimo mucho ese ofrecimiento, no lo admito porque he tomado una resolucion y no retrocedo nunca; me honrais demasiado ofreciéndome una amistad de hermanos; yo, Aseli, estoy condenado á vivir siempre solo, á no tener un amigo en quien poder depositar mis pesares.

Inclinó la cabeza y exhaló un suspiro, Hugo le miraba enternecido, despues acercándose mas á él le dijo ruborizándose:

—¿Habeis sufrido mucho? ¡ay! yo tambien arrastro una existencia muy penosa, si, sabedlo, amo desesperadamente y no soy correspondido.

—¿Vos, Hugo? ¿y qué corazon es tan cruel que no palpita al contemplar esa frente tan pura y tan hermosa?

—La hija del baron de Tremblay.

—¡Isaura! preguntó precipitadamente.

—No, Erminia, que es mas bella que la esperanza y tan cándida como una paloma.

—¿Y sabe vuestro amor?

—Demasiado, caballero, pero la es de todo punto indiferente.

—¡Desgraciado!

—Quiero huir de ella, el tiempo y la ausencia lo borra todo.

—Si, amigo mio, el tiempo es un magnífico artista que todo lo desfigura... pienso lo mismo que vos.

—Me alegro que seais de mi dictámen, pero observo que se acerca el dia, la nieve del todo ha cesado y os estoy privando del sueño..... Adios, continuó levantándose, os doy gracias por la dulce hospitalidad que me habeis dado.

—El cielo os guie, dijo el Caballero apretándole la mano, no os olvideis de mí, Hugo, que yo tambien me acordaré de vos, porque sois bueno, porque debiais ser feliz y el destino solo os ha legado sinsabores.

—Espero, dijo Hugo, que cuando vuelva de mi viage cultivaré mas vuestra amistad.

Si, le respondió con melancólico acento; siempre el Caballero negro tendrá de vos un dulcísimo recuerdo.

Hugo le contempló en silencio algunos instantes, despues subiendo con ligereza sobre su caballo partió como un rayo por aquellas sendas solitarias.

CAPITULO X.

Era una noche tempestuosa, el viento silbaba con estruendo y los pomposos árboles de los bosques se desgajaban con increible furor.

En un espacioso salon donde se veian inmensidad de retratos, hallábase Erminia de Tremblay contemplando con embeleso uno que representaba á una señora elegantemente vestida; en sus facciones se notaba mucha semejanza con la hermosa jóven y como á su lado estuviese el baron, desde luego se adivinaba ser la difunta condesa muerta en la flor de su edad. Rato hacia que miraba aquel rostro pálido y melancólico, cuando acercándose mas al lienzo dijo y al mismo tiempo brilló en sus ojos una lágrima.

—Madre mia; tú eres la única que escucha mis suspiros y mis quejas, yo he implorado tu favor con el fin de que me dieras ánimo para sufrir mi suerte; conozco madre querida que mi valor se acaba y no podré ocultar mi angustia, en vano procuro estar tranquila y sonreir..... ¡ah! la sonrisa se hiela en mis labios y siento en mi corazon un torcedor horroroso; yo amo mas que nunca, no es culpa mia, demasiadas veces he querido desterrar de mi mente la memoria de Arturo, ¡ay

de mí! mis esfuerzos han sido débiles y mi amor ha podido mas. ¿Qué será de mí, madre adorada, si descubren lo que padezco?... ¡oh! no, prefiero mil veces morir.

Cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y amargas lágrimas corrieron por sus blanquísimas megillas; ¡pobre jóven y cuán bella estaba en aquel momento!... La tempestad crecia, el viento que penetraba á través de algunas mal cerradas ventanas, movia la luz haciendo mas triste y misterioso aquel vasto recinto y la inmovilidad de Erminia se asemejaba á la de una hermosísima estátua. Algunos minutos permaneció en aquella actitud cuando un ligero estremecimiento agitó todo su cuerpo, volvió el rostro pálido y asustado é hirió su vista el reflejo de una luz que brillaba á lo lejos: una figura blanca y vaporosa se deslizaba por el salon, sin que su planta causara el menor ruido; en una mano traia una lámpara que dejó en el suelo al acercarse á Erminia, miráronse un instante y dos besos y dos gritos sonaron á un tiempo.

—¡Isaura!—¡Erminia!

Tornaron á mirarse asombradas de hallarse en aquel sitio; Isausa llorando dijo á su hermana con un acento desgarrador.

—¡Tambien tú lloras!

—Si, he venido á visitar á mi madre y su memoria me ha enternecido.

—¡Ah! yo tambien venia á verla, ¡la queria tanto!... mas ¡ay! estas lágrimas que vierto no me las arranca su memoria. Erminia, soy muy desgraciada.

—¿Tú Isaura? ¿tú que amas y eres amada? ¿tú padeces? ¡oh! sin duda estoy soñando, esto no es creible.

—Si, si, ¡padezco tanto! ¡si tú vieras como ha huido de mis ojos el sueño, y la tranquilidad de mi corazon! ya no soy aquella Isaura tan feliz, tan risueña; soy una desgraciada que arrastra la vida á su pesar.

—Hermana mia, ¿estás en ti?

—Sin duda te parecerá que mi cabeza está trastornada, que me he vuelto loca.

—Isaura, por compasion dime qué es lo que te aflige.

—Erminia, solo faltan ocho dias para casarme con Arturo y este enlace no puede verificarse, es imposible.

—¡Por qué! preguntó Erminia con visible temblor.

—Porque yo no le amo.

—¡Dios mio! ¿qué es lo que oigo? mi cabeza se pierde... ¡tú no amarle, hermana! ¡no amar á la flor de los caballeros!! ¿qué dirá mi padre cuando lo sepa? ¿qué dirá él que te ama con locura?... ¡ah! se morirá de pena y tú le habrás asesisinado.

—¡Ay! no digas que se morirá porque yo no puedo amarle.

—¿Amarás á otro sin duda?

—Si, sábelo Erminia, amo sin esperanza, amo sin saber á quien, amo... al Caballero negro.

—Al Caballero negro.

—Si, le amo y este amor durará tanto como mi existencia.

—Es un valiente y le debes mucho, pero profesarle un amor tan vehemente, preferirle á Uvolf, eso no lo aprobaré.

—Soy una loca, es verdad, conozco lo imposible de este amor y á pesar de todo le amo con frenesí.

—¿Y cómo principió ese amor?

—Quiero franquearme contigo.

—Lo deseo.

Las dos jóvenes se miraron en silencio un instante, despues sentándose en el recodo que formaba una ventana Isaura habló así:

—Hace un año que vino á establecerse en Uvolf el Caballero negro; pasados los primeros dias de su llegada en que no se hablaba de otra cosa, todos le olvidásteis como al sér mas indiferente al paso que yo sentia en mi corazon una mezcla de temor y cariño que me atraia hácia él: cuando oia contar todo el bien que hacia á los necesitados me llenaba de satisfaccion y me irritaba sin saber la causa al verle ajado. El dia que en el bosque me dió la pulsera, sus palabras no se por qué me enternecieron y su dulcísimo acento sonaba constantemente en mis oidos; el rapto infame que se verificó á los pocos dias lo pintó en mi memoria con colores mas

vivos; ¡ay! continuamente me lo representaba apoyado en el árbol cuando sin acordarnos de él nos veníamos al castillo... las palabras que pronunció al separarse fueron dichas con una voz tan lastimera que me despedazó el alma; me ofreció su apoyo si me veia apurada, prometió velar sobre mí y demasiado lo ha cumplido. El salvó la vida á Arturo, él nos devolvió el sosiego cuando le veíamos moribundo, él ha sido el ángel bueno de Tremblay. ¡Cuántas veces desde una torre le he visto en el campo de pie con los brazos cruzados mirando hácia el castillo! si, hermana mia, mil veces se ha estado horas enteras hasta que al ponerse el sol he agitado un lienzo blanco en señal de despedida. Ya te acordarás el dia del torneo, ¡cuánta era mi desesperacion al ver vencedor del campo á Gistierna y que yo tenia que darle el premio! pero él velaba por mí, él sabia mi apuro y voló al punto á mi socorro... aquel dia acabó de arrebatarme la poca tranquilidad que habia dejado en mi corazon y desde entonces no sosiego; yo le amo y él me ama tambien, si, me lo dijo y sus hechos lo prueban bastante; Arturo se me hace insoportable, conoce mi tristeza, me consume con sus celos, el dia de nuestra boda se acerca y esa union es imposible, si, de todo punto imposible.

Erminia miró á su hermana un instante asombrada de lo que oia, imposible la parecia que hubiera una muger que pudiera no amar á su adorado Uvolf, pero el dolor de Isaura aseguraba demasiado sus palabras; compadecida de verla en aquel estado la tomó una mano y dijo sumamente conmovida:

—¿Y qué has de hacer, pobre Isaura?

—¡Ah! no lo se, yo pierdo la cabeza si me pongo á pensar... aconséjame, Erminia, tu talento es superior al mio, dime que resolucion he de tomar.

—Por todos lados que miro, dijo Erminia despues de meditar un rato, no veo mas que oscuridad y tinieblas... ¿no podrias olvidar al Caballero negro?

—No, respondió secamente.

—¿Sabes su nacimiento?

—Es un noble segun decia Enrique en su carta.

—¿Le has visto el rostro?

—No, pero debe ser tan bello como su corazon.

—Todos ignoran su vida, algunos le creen muy criminal.

—El vulgo es un necio y cree todo cuanto le dicen.

—Serias objeto de risa si supieran tu amor.

—¡Que me importa! ámeme él y lo demas me es indiferente.

—¿Estás decidida?

—A todo menos á dejar de amarle, ese es mi destino.

—Pues entonces, Isaura, Dios ponga luz en tu camino, mis consejos de nada pueden servirte; te compadezce y lloraré por ti.

Una lágrima corrió por su pálido y hermoso rostro, las dos se miraron con ternura y prorrumpieron en un copioso llanto; Erminia que se serenó, tomó una luz y dijo á su hermana:

—Yo me retiro á orar por ti, haz tú lo mismo y Dios te ayudará.

Isaura no respondió, dió gracias á su hermana con una mirada, clavó sus ojos sobre el retrato de su madre y salió del salon con lentitud.

Despues de cruzar varias salas y galerias llegó á una escalera, estuvo indecisa un minuto, pero se decidió y bajó; al fin habia una puerta cerrada que abrió con sigilo y asi que estuvo abierta se dejó ver el interior de una antigua capilla; la tempestad bramaba todavia y la jóven temblo de espanto al entrar. La capilla se componia de una sola nave, al fin de ella habia un altar sin lujo delante del cual ardia una lámpara y en derredor varios sepulcros mas ó menos elegantes, pero en cada uno de ellos habia enterrado un Tremblay.

Isaura llegó con paso vacilante hasta el altar, un terror pánico se habia apoderado de ella al verse sola, habia entrado para orar, pero las oraciones huian de su mente; por todas partes la parecia que cruzaban sombras á cual mas horribles, un sudor frio corria por su divino semblante y no te-

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

nia valor ni aun para volver atrás... Un débil ruido se oyó hácia la puerta, creyó que seria Erminia que venia en su busca y reanimándose un poco se dirigió á aquel sitio diciendo en voz baja:

—¡Querida Erminia!

Nadie la respondió. Mas aterrada que en un principio, juntó las manos y mirando hácia el altar esclamó medio moribunda.

—¡Dios mio, socorredme!

El mismo ruido que antes se dejó oir aunque algo mas cerca y un guerrero de aventajada estatura vestido de negro se apareció delante de ella. Isaura dió un grito de sorpresa y arrodillándose á sus pies,

—¡Vos siempre! le dijo, vos siempre venís á mi socorro... Dios os bendiga.

—¿Qué peligro os amenaza?

—¡Oh! yo no se, pero me estoy muriendo de miedo.

—¿Qué haceis sola en este sitio?

—Venia á orar.

—¿Por qué?

—Porque padezco, amigo mio, y creí encontrar alivio con la oracion... pero vos, caballero, decidme, ¿cómo os hallais en mi castillo? esto me sorprende con estremo.

—Perdonadme, Isaura, en nombre de lo que mas ameis, pero hoy todo el dia de vigia en una almena, he esperado inútilmente que os asomárais como otras veces; temí que estuvierais enferma y esta idea me hacia volver loco: hace dias descubrí un camino subterráneo que conduce desde Uvolf hasta Tremblay y vine desesperado para ver si averiguar podia el estado de vuestra salud. He aqui el motivo de encontrarnos y de poder repetiros que os adoro, Isaura.

Era tan dulce y espresivo su acento que la jóven se estremeció, pero serenándose al punto,

—¿Sabeis, le dijo, que si nos vieran aqui podrian sospechar que es un pacto hecho entre los dos?

—Y bien, Isaura ¿sentis que nos hayamos encontrado?

—No lo siento, pero es preciso separarnos.

—¡Tan pronto, cuando tal vez mañana tendremos que hacerlo para siempre!

—¡Vais á partir! preguntó ella aterrada.

—Tal vez, contestó tristemente; mirad, amiga mia, yo he venido á turbar la paz de vuestro corazon, yo he destruido quizá vuestro porvenir... todavia será tiempo para vos, huyendo yo, que nada puedo hacer ¡ay de mi! mas que amaros con desvario.

—¡Separarnos!.. eso seria muy cruel, caballero, dejarme sola cuando sufro.

—Me olvidareis, el tiempo y la ausencia lo borran todo; y Arturo es demasiado bello y os ama con pasion: dádle vuestra mano, Isaura, el Caballero negro os lo suplica como amigo, obedecedle pues.

—Yo no he amado á Arturo.

—Pero ibais á ser su esposa.

—Si, pero aquel tiempo ya pasó, hoy pienso de distinta manera.

—Solo faltan ocho dias y volver atrás seria muy ruidoso, casaos con él, sereis feliz, yo os lo aseguro; los Uvolf han sido buenos esposos.

—¿Y creéis que podré obedeceros? ¡ah! imposible, imposible, no me casaré jamás... dejadme, no me martiriceis hablándome de una union que me espanta... os amo, lo sabeis; si por motivos que no puedo aclarar es preciso separarnos para siempre, si en algun tiempo ois hablar de Isaura de Trémblay, sabreis que ha sabido ser constante al Caballero negro y que nadie mas que él ha sido dueño de su corazon.

—¡Noble jóven! esclamó él con entusiasmo, ¿cómo podré pagaros tanto amor y tanta generosidad? haciéndoos desgraciada únicamente.

Sumamente abatido se apoyó en una columna é Isaura oia los comprimidos sollozos que exhalaba; acercóse á él y con tierno acento le dijo.

—No lloreis ni me desanimeis con vuestras palabras y

respondedme por piedad á las preguntas que voy á haceros.

—¿Sois libre?

—Tanto como el pájaro que cruza el viento.

—¿Noble?

—Como vos.

—Pues entonces, qué motivo nos impide amarnos?

—Vos no me conoceis.

—¿Y qué importa? si la naturaleza no os dotó de un rostro interesante en pago teneis muy bello el corazon y yo no busco mas; si sois pobre quizá no habrá en el mundo otra heredera mas rica que yo, y á menos que en vuestra vida haya defectos de aquellos que no se borran nunca, os amaré como os amo en este instante.

—No recuerdo haber cometido ninguna accion vergonzosa, he hecho todo el bien que he podido, hace algunos años que esa ha sido mi sola felicidad.

—¡Oh! cada vez estoy mas tranquila respecto á vos, mi padre no desaprobará mi eleccion, se lo descubriré todo y.....

—Guardaos de hacerlo, Isaura, y ya que os empeñais sea lo quequereis; pero, amiga mia, continuó hincando en tierra una rodilla, no me maldigais nunca y pensad en que os he amado mucho. Escuchad, dijo levantándose, mañana á esta hora venid á la capilla que yo os esperaré en ella, mañana conocereis al Caballero negro y sabreis su historia, y despues...

—¿Podrémos libremente amarnos?

—No, despues nos separaremos para no volver á vernos jamás.

—¡Me haceis volver loca!

—Basta ya, os estoy haciendo padecer y yo tambien tengo el alma partida de dolor; nunca, nunca comprendereis los martirios que he sufrido desde que os amo, pero todos juntos no pueden igualar á lo que padezco en este momento. Adios, hasta mañana.

—Adios, tened esperanza, todavia nos están reservados dias de paz y de ventura.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

—Jamás, murmuró él; y cogiendo una mano á la jóven la oprimió contra su pecho y se perdió entre las columnas de la capilla. Isaura se retiró á su cuarto deseando y temiendo el instante de conocer al Caballero negro.

CAPITULO XI.

¡Cuán rápidas pasan las horas felices y cuán largas y penosas son aquellas en que esperamos un suceso que ha de decidir del resto de nuestra existencia! Isaura, abrasada por una ardiente calentura, se agitaba en su lecho sin poder hallar un instante de reposo; continuamente tenia en su memoria al Caballero negro, algunas veces se llenaba de temor al recordar sus palabras y otras las creia falsas y preveia un desenlace feliz. Levantóse antes de romper el dia, vagó como una sombra por todo el castillo y cuando se acercó al lecho de su padre para darle los buenos dias se admiró el buen anciano de su estremada palidez. En vano la hicieron mil preguntas sobre su salud, á todos respondió que estaba buena y se esforzó durante el dia por sonreir y estar festiva, pero demasiado conocian todos lo cambiado que estaba su rostro y su carácter. Cuando llegó la noche una agitacion horrible destrozaba su pecho, las horas eran insoportables, cada minuto la parecia un siglo... pero todo llega, vino el momento de retirarse, entró en su cuarto, se acostó y asi que se marchó la doncella vistióse precipitadamente y con vacilante paso se dirigió á la capilla. Al entrar un estremecimiento

nervioso agitó todos sus miembros y por un movimiento involuntario dió algunos pasos para retroceder, mas pasado aquel momento de espanto siguió con paso firme hasta el altar: ya la esperaba el Caballero negro.

—¿Hace mucho que estais aqui? preguntó alborozada.

—Algunas horas.

—¡Cómo tanto tiempo!

—Me he visto precisado á huir de Uvolf, señora, tuve secreto aviso de que Gistierna y otros caballeros pensaban hacerme una visita; si no hubiera dado palabra de venir esta noche le habria esperado, pero me fué imposible y el camino subterráneo de que os he hablado me dió paso franco y esta capilla seguro asilo.

—¡Ah! siempre Gistierna contra vos; y ¿qué os querrian?

—Sin duda matarme.

—¡Que horror!

—Solo han hallado el castillo desierto.

—¿Y vuestro criado?

—Mi criado y mi caballo en el bosque me esperan.

—¿Y á donde habitareis desde mañana? porque en Uvolf no estais seguro.

—El mundo es muy grande, señora; y dos hombres y un caballo ocupan poco lugar.

—¿Os acordais, dijo Isaura deseando variar de conversacion, del objeto que nos ha traido á este sitio?

—Si, prometí contaros mi historia; pero conociendo que me faltaria el valor os traigo un pequeño resúmen de ella; y al mismo tiempo la entregó un rollo de pergamino.

Los dos guardaron silencio algunos instantes, Isaura padecia mucho.

—Y bien, le dijo, me prometisteis que hoy os conoceria

El caballero no dió respuesta.

—¿Qué teneis? esclamó ella juntando sus manos, estoy temblando.

—Isaura, repuso él con triste acento, yo os amo con locura y veo que voy á perderos.

—Siempre lo mismo; ¿no teneis confianza en mí? ¿á qué viene ese temor cuando yo os quiero tanto ó mas que vos me quereis á mí?

—Esta posicion es penosísima, respondió, no se puede vivir así, os estoy martirizando... concluyamos de una vez.

Cojió á la jóven por el brazo y la acercó á la lámpara, Isaura temblaba como la hoja en el árbol y estaba pálida como la cera.

—Juradme, la dijo sollozando, juradme, Isaura, que os acordareis de mí sin horror; no pido que me ameis porque esto es imposible, pero cuando alguna vez cruce por vuestra imaginacion la memoria del Caballero negro, derramad alguna lágrima por él.

Y aproximándose mas á la luz continuó:

Puesto que así lo quereis, mirad.

Alzó la visera que volvió á bajar inmediatamente, Isaura dió un grito espantoso y cayó desfallecida en el suelo; el Caballero dió un profundo suspiro, enjugó una lágrima que brotaron sus ojos y despues de colocar á su amada sobre una alfombra se alejó diciendo:

—Adios ilusiones y esperanzas, adios para siempre.

Al llegar á la puerta secreta, volvióse otra vez para darle un eterno adios, púsose de hinojos y dijo con desgarrador acento:

—¡Dios mio! hacedla tan feliz como yo soy desgraciado. Y á paso lento se alejó.

Cuando Isaura volvió á la vida se halló en su lecho; su padre y su hermana estaban á la cabecera, el baron lloroso y Erminia pálida como un cadáver. Isaura se incorporó en el lecho y alargó los brazos á su hermana; precipitóse en ellos y esclamó conmovida:

—¡Cuánto has sufrido, alma mia, y cuánto hemos penado viéndote!

Acordóse entonces de los papeles que la diera el Caballero y en estremo asustada preguntó:

—¿Quién me ha encontrado?

—Yo, hija mia, respondió el baron, yo que impaciente por verte me levanté temprano; voy á tu cuarto y no te encuentro, pregunto y todos ignoraban donde estabas!... frenético te busqué por todas partes y por último te encontré en la capilla desmayada á los pies del altar.

—¿No habia ninguna otra persona?

—No, Isaura, solamente hallé cerca de ti un pergamino enrollado.

—¿Lo habeis leido?

—Si, hija mia, si.

—¡Por Dios decidme lo que contiene!

—¿No los has leido tú?

—No, padre mio.

—¡Otro tormento mas! ¿con que ignoras quién es el Caballero negro?

—Lo ignoro absolutamente.

—¿No recuerdas haberle visto nunca?

—Jamás, anoche por primera vez se alzó la visera, su horrible rostro causó mi desvanecimiento... me acuerdo como si fuera un sueño, en su rostro no hay nada que se asemeje al hombre, es una cosa informe y asquerosa que no se puede esplicar.

—En otro tiempo, dijo Erminia llorando, le vimos muy hermoso.

—¡Quién es! preguntó Isaura, dímelo, mira que sino voy á morir... no me hagas padecer este suplicio.

—Pues escucha su historia.

Isaura guardó silencio y Erminia leyó asi:

«Isaura, os prometí un estracto de mi vida y poco puedo añadir á lo que sabeis: soy el conde Enrique de Uvolf.

—¡Enrique de Uvolf! esclamó Isaura, y un largo desmayo se apoderó de ella. Vuelta en sí, suplicó á su hermana continuase la lectura y siguió de esta manera.

«Ya sabeis mi viage á Tierra Santa, pero ignorais por que

accidente me he puesto de un modo tan espantoso. No quiero cansaros con la relacion de mis viages, solo os diré que en un encuentro que tuvimos con los sarracenos caí herido, una porcion de caballos pasaron por encima y me mutilaron horrorosamente; recogido por unos árabes fuí trasportado á su tienda y por medio de los mayores cuidados me devolvieron la salud. Ya me figuraba lo horrible que estaria mi semblante por lo que me habian dicho los que me cuidaban, mas nunca pude figurarme que llegase á tanto estremo. El primer dia que dejé el lecho, débil y estenuado me dirigí á la orilla de una fuente, pero al mirarme en su purísima onda, al contemplar mi rostro capaz de causar pavor al hombre mas intrépido, dí con mi cuerpo en el suelo y allí me hallaron algunas horas despues. Desde entonces la idea del suicidio me perseguia á todas horas, pero habiéndolo conocido los árabes en cuya casa estaba no me perdian de vista y á fuerza de buenos consejos me hicieron desistir de tal empeño: me dediqué á conocer las plantas medicinales y hacia una vida triste y solitaria.

Poco despues, el deseo de ver otra vez mi patria, de pisar el antiguo castillo de Uvolf, en donde habia visto la primera luz y descansaban las cenizas de mis padres, me hizo abandonar aquel clima y me presenté en Tremblay. ¡Cuántas veces pasé cerca de mi hermano con el corazon desgarrado por la pena! ¡cuántas veces tuve impulsos de arrojarme en sus brazos y decirle: soy tu hermano, soy el que cuidó de tu infancia; pero despues de tantos años ¿quién me habria reconocido? ademas, al mismo Arturo le habria causado horror y repugnancia. Yo apenas conservaba idea de vos, mas desde que os vi por primera vez no pude alejaros de mi memoria; la suerte me proporcionó serviros varias veces y el cielo os inspiró hácia mi una pasion que solo os ha proporcionado sinsabores; si, Isaura, nuestro amor nos ha hundido en un abismo sin fondo del cual yo no saldré jamás.

Cuando leais estos renglones ya estaré lejos de vos, no me

busqueis porque será en vano; no atentaré contra mi existencia, os lo juro; y deseo que me olvideis.

Adios, Isaura, vuestro hasta la muerte.

ENRIQUE DE UVOLF.

Al concluir la lectura Erminia lloraba, el baron estaba sumamente abatido, solo Isaura conservaba su serenidad.

—Padre mio, dijo despues de un instante de silencio; ya sabeis el estado de mi corazon, yo amaba con locura al Caballero negro, juzgad ahora como amaré al desgraciado Enrique. Mi union con Arturo es imposible pues no me casaré nunca.

Su voz era solemne y el baron conoció que no habia réplica, inclinóse hácia ella y la dijo conmovido:

—Tu voluntad se cumplirá.

Salió del aposento y mandó venir á Arturo para noticiarle todo lo ocurrido, el jóven lloró con amargura por su pobre hermano y el baron viendo su dolor no se atrevió á decirle la negativa de Isaura; mas él adivinándolo, dijo con serenidad:

—Vuestra hija hace tiempo que me miraba con frialdad, sin duda desde que principió su pasion por Enrique; él es mas digno que yo de ser amado y la perdono si me retira su palabra.

—¡Jóven generoso! esclamó el baron; ¿cómo pagaros tanta nobleza?

—¿No teneis otra hija?

—Si, Erminia que es un ángel.

—Pues consultad su corazon y si está libre yo haré sufelicidad.

Cuatro meses despues de la escena que acabamos de describir se celebró la boda de Arturo y Erminia; el lector juzgará la alegria de la jóven que tan triste porvenir esperaba. Arturo y el baron hicieron las mayores pesquisas para buscar al Caballero negro, pero todo fué inútil. Isaura pidió por gracia que la permitiesen vivir en Uvolf, guardaba como una reli-

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

quia cuantos muebles halló que habian pertenecido á su idolatrado Enrique y no pasaba un dia sin rogar á Dios por él: murió á los dos años en brazos de Arturo y Erminia que se amaban con delirio.

Hugo de Aseli volvió de su viaje y curado ya de su pasion por Erminia se casó con una señorita de la familia de Tremblay. Solo nos resta decir la suerte de Gistierna que no fué nada dichosa, pues murió en un desafio poco antes de la muerte de Isaura.

FIN.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

POESIAS.

USC
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

A UNA SOMBRA.

¡Oh tú sombra vaga que sigues constante
Mis débiles pasos con dulce bondad!
Ya desde la infancia te amé delirante,
Fuiste mi esperanza, mi felicidad.

Sombra idolatrada de andar cauteloso,
De pálida frente, de triste mirar,
Que enjuga amorosa mi llanto angustioso
Mas nunca su acento me deja escuchar.

Mil veces la veo en noche callada
La hermosa pradera veloz recorrer;
Y á impulso del aura gentil elevada
Allá entre las nubes se suele perder.

Tambien la contemplo del bosque sombrio
La verde espesura sutil penetrar;
Yo la encuentro en la orilla del rio
Y veo á sus ojos el llanto asomar.

Entonces me acerco y al verme á su lado
A el agua se arroja con muestras de horror;
Y asi que la onda ligera ha cruzado
Me tiende los brazos con mudo dolor.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Si busco en el lecho tranquilo reposo
Y huyo con Morfeo á otra region,
Mi sueño interrumpe suspiro penoso
Que causa en mi pecho cruel sensacion.

Y siento en mi frente una mano hermosa,
Un hálito suave creo percibir,
Y al resplandor débil de luz misteriosa
A la blanca sombra veo sonreir.

La tiendo los brazos y al punto me deja
Aquel sér tan puro, vision celestial;
Exhala un gemido, me mira y se aleja,
Envuelta entre velos de blanco cendal.

Mil veces la llamo, mas no me responde
Y corro tras ella el valle y pensil;
La ingrata se eleva, se hunde, se esconde,
Y al fin se evapora cual niebla sutil.

Mortal ó fantasma que vagas errante,
Si tu triste suerte no encuentra piedad,
Si buscas acaso un sér inconstante
Que traidor robara tu felicidad:

Si lloras querida perdidos amores
Que fueron un dia tu gloria y tu bien,
Dime de tu hado los fieros rigores,
Y apoya en mi seno tu cándida sien.

¡Oh ven á mi lado seremos dichosas!
Y si á mi cariño correspondes fiel,
Te ofrezco guirnaldas de flores preciosas
Y lindas coronas de verde laurel.

Verás del arroyo la corriente pura

Que esparce fragores en su derredor;
Oirás en la fuente que lejos murmura
El dulce gorjeo de algun ruiseñor:

Verás de la aurora la faz hechicera
Que hace á la rosa su cáliz abrir;
La rosa que un dia se mece altanera
Sin saber que breve será su existir.

Y luego arrancadas sus hojas brillantes,
Perdido el aroma, perdido el color,
Verás cual se arrastran algunos instantes
Sin hallar rocio que calme su ardor.

Que todo en el mundo concluye lo mismo:
El amor, la gloria, es sueño no mas:
Siempre nuestra planta rodea un abismo...
¡Ay! dicha completa no hallamos jamás.

Sombra deliciosa, consuela mi pena,
No seas esquiva, no huyas de mí;
Será nuestra vida tranquila, serena,
Si al fin todo es sombra... te prefiero á ti.

USC
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Al apreciable literato

DON ENRIQUE DE CISNEROS.

Bello es cruzar el pensil
y ver la gallarda rosa
cual se mece voluptuosa
á impulso de aura sutil.

Bello es en noche callada
de risueña primavera
pasear por la pradera
de negra sombra velada.

Caminar sin direccion
y perderse en la espesura
olvidando la amargura
que traspasa el corazon.

O en el césped recostado
á la orilla de una fuente
ver declinar la corriente
por el campo dilatado.

Pero mas grato es hallar
un sér bueno, generoso,
que nos ame bondadoso
y calme nuestro penar.

USC
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Jóven vate, hermano mio,
con tus plácidos cantares
disipaste mis pesares,
y de esperanza sonrio.

Entusiasmada escuché
los acentos de tu lira,
y á la musa que me inspira
con humildad invoqué.

¡Lloras como yo tambien!
¡no halla tu pena consuelo!
¿cruzas este triste suelo
sin amparo y sin sostén?

¿Hallaste en tu camino
falsedades por amores,
por placeres sinsabores,
y en vez de rosa un espino?

¿Tan desgraciada es tu historia,
tan tormentosa y sombria,
que no recuerdas un dia
de venturosa memoria?

Eres infelice, si,
siempre sufriendo, penando;
pasas la vida llorando.....
yo tambien lloro por ti.

Tu tierna amiga seré;
y en la noche solitaria
mi religiosa plegaria
por tu dicha elevaré.

Sepa yo con alegria

que si estoy por ti rogando,
de mí te estás acordando
con dulce melancolía.

Si á gozar de blanda brisa
vas á el prado seductor,
corta siquiera una flor
para la pobre poetisa.

Sea mi suerte cruel,
ó en placeres consecuente
tejeré para tu frente
mil coronas de laurel.

USC
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

A mi amiga la señorita

Doña Antonia Villoria.

Hoy hace cuatro años
que fué tu partida,
quedó sin consuelo
mi alma oprimida
por tristes recuerdos;
huyeron los dias
de paz y ventura
contigo, querida;
adios cara Antonia,
adios tierna amiga.

Si acaso paseo
por la fresca orilla
del claro arroyuelo,
mi pecho se agita;
¡ay! triste repaso
en la mente mia
horas de contento,
de gloria, de dicha,
que disfruté al lado
de mi dulce amiga.

Si voy por el prado

contemplo abatida
la flor perfumada
que mece la brisa,
y el árbol frondoso
dó el pájaro anida:
me cansan sus pios,
su grata armonía,
pues no me acompaña
mi querida amiga,

Si el cielo se cubre
de nube sombría,
y el triste relámpago
silencioso brilla;
si el viento furioso
con estruendo silva,
tiendo á todos lados
mi azorada vista,
te llamo, y no vienes
adorada amiga.

Y en tanto que lloro,
¿recuerdas, mi vida,
las frescas mañanas,
las noches tranquilas
que unidas gozamos
de tanta delicia?
no olvides te ruego
la fé prometida,
y exhala un suspiro
por tu fiel amiga.

ALMANZOR.

ROMANCE.

Cae á torrentes la lluvia,
Brama el viento con furor,
Vagan perdidas las aves
Llenas de miedo y terror:
Corre jóven musulman
Sobre fogoso bridón,
Y sostiene entre sus brazos,
Con entusiasmo y amor,
A una muger castellana
Tan hermosa como el sol.
La oprime contra su pecho,
La cubre con su albornoz,
Y maldice á la tormenta
Que en tan mal tiempo llegó.
Leves suspiros exhala
La cristiana, él los oyó,
Y con voz dulce y sonora
Estas palabras habló.
—¡Lloras, alma mia, lloras!
¡Te burlas de mi pasion!
No sabes con qué delirio

Te adora mi corazon.
Ven á Córdoba la bella,
Enjuga el llanto por Dios,
Que una vida de placeres
Sabré prepararte yo:
Tendrás esclavas, hermosas,
Que desean con ardor,
Ceñir tu frente de nieve
Con perlas de gran valor.
Verás bosques encantados,
Flores de célico olor,
Arroyuelos cristalinos
Que convidan á el amor.
—Muy deliciosa es sin duda,
La cautiva respondió,
La suerte que me ofreceis
Mas ¿puedo aceptarla? no.
Mi religion me prohibe
Que admita ese loco amor.
—Dame al menos esperanza.
—No debo amaros señor.
—Esa es mucha crueldad.
¡Ah! sin ti, ¿qué he de hacer yo?
—Olvidarme.—Olvidarte!
No olvida quien bien amó:
Nazarena, amada mia,
Mírame, ten compasion.
—¿Compadeceros?... ¡ah nunca!
—Perdóname.—Mi perdon
No recaerá sobre el monstruo
Que causa mi perdicion.
—Eres inflexible.—Mucho.
—Y orgullosa.—Mas que vos.
—Pues yo te veré humillada.....
—Primero muerta señor.
El moro guardó silencio,

Mas de repente volvió
Las riendas á su caballo
Y otro camino tomó.
Largo rato caminaron,
Ya la tormenta cesó,
Huyen las nubes sombrías
Y asoma pálido el sol.
El musulman generoso
Con violenta agitacion,
Le dijo á su prisionera,
A la que ama con ardor.
—Ya eres libre nazarena,
Te devuelvo con dolor
La libertad que deseas:
¿Qué importa que muera yo?
Huyo al árido desierto
Allí ocultaré mi amor;
No quiero que me maldigas,
Prefiero tu compasion.
Mi ventura, mi esperanza
En un momento acabó;
Fué rápida y pasagera
Como el brillo de una flor.
Calla y parte: la cristiana
Hácia él los brazos tendió.
Detente, espera, le dijo,
Escucha mi confesion;
Yo te adoro, ¿á qué ocultarlo?
Solo á ti mi pecho amó:
¡Ay! y si fueras cristiano,
Mi mano, mi corazon,
Tuyo seria al momento,
Idolatrado Almanzor.
—¡Me amabas y lo ocultabas!
Ya mi tormento cesó.
—Separémonos, querido,

Recibe mi último adios.
Almanzor la mira absorto.
Nótase algo de feroz
En su mirada de fuego
En su aire amenazador.
Por fin en llanto prorumpe,
Loco á sus pies se arrojó.
—Triunfas muger adorada,
Enagenado esclamó.
De qué sirven los palacios,
El brillo y el esplendor,
Los perfumes de la Arabia,
Las alfombras del Mogol,
Si separado de ti,
Separado de tu amor,
Riquezas, poder y gloria
Todo me causará horror?
Tú eres la hourí seductora
Que á mi pecho fascinó,
Serás mia.... estaba escrito,
El destino se cumplió:
Una cabaña á tu lado
Será mi dicha mayor,
No mas música deseo
Que tu acento encantador,
Ni mas gloria que adorarte,
Ser tu esposo y protector.
. . . . . .
. . . . . .
Pocas semanas despues
El bautismo recibió,
Y un anciano sacerdote,
A su querida le unió.

INPROVISACION.

Se acerca á su fin el dia,
El sol ya se va ocultando,
Despareció la alegria,
Y las sombras van llegando.

¡Ay! cuando tu luz se aleja
Siente el pecho una afliccion...
Falso amigo que nos deja
Angustiado el corazon.

Brilla con tus resplandores
El arroyo su cristal,
Que se esconde entre las flores
Cual trasparente fanal.

Con su canto
Delicioso
El gracioso
Ruiseñor;
Cruza el campo
Dilatado
Perfumado.
Por la flor,

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Sin ti gime en la espesura
El pintado colorin:
Para él pierde la hermosura
El balsámico jardin.

Y al distinguir los reflejos
De tu brillo esplendoroso,
Te saluda desde lejos
Con su trino melodioso.

Deja el ramage frondoso
Que de lecho le sirvió,
Y en un dia tempestuoso
Del huracan le libró.

Vive alegre
Y es dichoso,
Delicioso
Su existir,
Sin que amargue
Su contento
Ni un momento
El porvenir.

USC
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

RECUERDOS.

Noche tranquila, noche silenciosa,
Verdadero retrato de la muerte;
Yo deseo tu sombra misteriosa
Para llorar mi desgraciada suerte.

Al estender tu manto por el cielo
Los pájaros sus cánticos dejaron
Y las flores que crecen en el suelo
Sus olorosos cálices cerraron.

¿Dónde huyó la pintada mariposa
Que cruzó la pradera perfúmada?
Quizá como la tórtola amorosa
Buscó su blando lecho en la enramada.

Solo se escucha la corriente pura
Del Esgueva pacífico y hermoso,
Que esparce en derredor dulce frescura
Las noches del estío caluroso.

¡Oh cuántas veces en tu mansa orilla
En la húmeda arena reclinada
Buscaba la encantada florecilla
Entre la verde yerba sepultada!

Otras miraba al cielo fascinada
Contemplando su brillo sorprendente,
O veia la luna retratada
En tu onda tranquila y trasparente.

¡Noches felices de mi infancia hermosa
Cuando todo á mis ojos sonreia!
Pues tenia una amiga cariñosa
Que era mi porvenir y mi alegria.

Unidas nuestras manos dulcemente
Mil veces recorrimos la espesura,
Y en tanto resbalaban por mi mente,
Ensueños de esperanza y de ventura.

¡Oh quién pensara que aquel sér tan puro
Imágen de candor y de inocencia
Tuviera un corazon perverso, duro,
Que emponzoñara alegre mi existencia!

Halló la ingrata mi amistad sencilla
Y cruzó el mar en busca de bonanza,
En tanto que yo inmóvil en la orilla
Veia hundirse mi última esperanza.

¡Ay de mí! desde entonces solitaria
Cruzo la senda de la triste vida;
Nadie en el mundo escucha mi plegaria,
Nadie me volverá la paz perdida.

Angustiado mi pecho por la pena
Sigo con paso débil mi camino,
Pisando siempre abrasadora arena
Y cercada de un loco torbellino.

Fué mi felicidad sombra divina

Que me siguió un instante cariñosa,
Sol que asoma su faz tan peregrina
Y la oculta entre nube tenebrosa:

Flor que en capullo marchitada espira
Sin lucir sus colores un momento,
Ecos lejanos de armoniosa lira
Que en su seno confunde el ronco viento.

Noche tranquila, noche silenciosa,
Mudo testigo de la pena mia,
¡Ay! escucha mi queja dolorosa
Y envuelve entre tu sombra mi agonia. (1)

(1) Esta poesía, escrita para una amiga y publicada en la *Esmeralda*, ve la luz otra vez á ruegos de la misma.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

A mi querida amiga y hermana

la poetisa Doña Amalia Fenollosa.

SONETO.

Bello es cruzar por la pradera hermosa
Una mañana dulce y perfumada
De alegre primavera, y estasiada
Mirar á la pintada mariposa.

Escuchar en la fuente bulliciosa
La corriente sonora y plateada,
Por entre verdes juncos deslizada
Y ver abrir el cáliz á la rosa.

Mas apetezco Amalia candorosa,
Mas grato es á mi pecho apasionado
Que el risueño pensil con su embeleso,

Recordar en la noche silenciosa
La sincera amistad que me has jurado
Y dar en tu retrato tierno beso.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

LEONOR Y ENRIQUE.

ROMANCE.

LA CITA.

Puro azul ostenta el cielo;
el astro de los amores
derrama sus resplandores,
sobre el solitario suelo.

Es una noche aromosa
cual perfume de una flor,
como un recuerdo de amor
melancólica y hermosa.

Duerme la alegre calandria
mecida por blanda brisa,
pura como la sonrisa
y los sueños de la infancia.

El arbusto oloroso
se doblega dulcemente,
hasta besar la corriente
de un arroyo bullicioso

Que cruza por la pradera
en figura caprichosa,
y arrebata en su carrera
la sencilla zarzarosa.

Corre jóven caballero
sobre fogoso corcel
aquel ameno vergel,
y sigue estrecho sendero.

Al pié de una cuestecilla,
en un valle delicioso
do crece el olmo frondoso,
se alza una casa sencilla.

Allí llegó en un momento,
bajóse de su troton,
y elevó tierna cancion
con dulce y sonoro acento.

Luego la puerta se abrió,
y una muger hechicera
cual brisa de primavera,
á su umbral apareció.

—¡Ah! por fin te vuelvo á ver
mi Enrique!...—Leonor querida,
fiel encanto de mi vida...
—Quizá te vuelva á perder.

—¿Perderme? no: yo te juro
amarte como te adoro:
¿no ves cual de gozo lloro?
—¡Es mi destino tan duro!

¡Cuanto he llorado mi bien!

te llamaba, no me oias,
dime: ¿tú no padecias?
—Mucho he sufrido tambien.

Dos años en el horror
de la guerra ¡ay Dios! sin verte,
en vano llamé á la muerte,
mas ¡ah! no oyó mi clamor.

Pero ya soy venturoso,
ya no deseo morir,
porque espero un porvenir
de placeres y reposo.

Esperemos: vendrá un dia
que esa frente celestial,
ciña corona ducal.
¿No respondes alma mia?

—Tengo una pena, un pesar,
¡oh! si vieras que afliccion
oprime á mi corazon,
dí, ¿me dejarás de amar?

—¡Olvidarte yo! jamas:
no puede ser, Leonor;
te lo juro por mi honor,
cada instante te amo mas.

—Tu cariño es tan precioso,
que sin él sucumbiria;
pero antes me vengaria
del modo mas horroroso.

—No querida, no mi hermosa,
desecha todo temor;

¡es tan sincero mi amor!
¿todavia estás dudosa?

—¡Ay! es preciso creerte
para poder existir,
mas ya es hora de partir.
—Mañana volveré á verte.

Y subiendo con presteza
sobre el fogoso bridon,
lleno de dulce ilusion
juró de nuevo firmeza.

Y rápido de alli huyó
en tanto que su adorada
estuvo inquieta, agitada,
mientras su carrera oyó.

II.

NUEVO AMOR.

Por un salon elegante
Se pasea apresurado,
Enrique, el enamorado
De la bella Leonor.
Está triste, pensativo,
Padece en aquel instante,
Y es que espera delirante
Nuevas de su nuevo amor.

Se abre la gótica puerta
Y entra un page respetuoso;
Se acerca Enrique gozoso

Sonriendo de placer,
Porque una carta divisa
En manos de su criado,
La coje precipitado
Y se apresura á leer.

—¡Qué felice soy esclama:
Ella me quiere, me adora,
Pronto será la señora
De mi mano y corazon.
Yo la amaré eternamente,
¡Ay Ferran! soy tan dichoso!
¡Qué existir tan delicioso!
Huyó de mí la afliccion.

—Señor ¿ya no os acordais?
¿Habeis tal vez olvidado
Un juramento sagrado
Que os une á otra muger?
—¿Leonor quizá? ¡qué locura!
Hace un año no la veo.
—Muchas desdichas preveo.
—Yo no la puedo querer.

Hubo un tiempo, lo confieso,
Me deslumbró su belleza;
Admiraba su terneza,
Su constancia, su pasion,
Pero ser su esposo, nunca:
Si á una vasalla se ama,
Solo se tiene por dama.....
Aquello fué una ilusion.

Quien son sus padres, se ignora;
Su nacimiento es oscuro;
Y el mio Ferran tan puro
Que nunca encontró rival.

Yo un duque ¿y pudo creer
Que un dia su esposo fuera?
Ha sido sueño, quimera,
Un casamiento ideal.

Que pongan en las almenas
Mil banderas de colores,
Guirnaldas de frescas flores,
Luces en gran profusion.
Adornad las galerías,
Gasta Ferran mucho oro;
¡Oh Elvira mia te adoro
Con todo mi corazon!

Parte el paje: queda Enrique
Estasiado en su ventura,
Todo es placer y dulzura
Si piensa en el porvenir.
Goza si, pobre inocente,
De ese mágico beleño;
Porque la dicha es un sueño,
La realidad es sufrir.

Para encontrar un instante
De placer y de reposo
Que el pecho anhela angustioso,
¡Cuánto es preciso penar!
¡Ay! al mundo nos lanzamos
Buscando esa dicha hermosa,
Que solo es sombra engañosa.....
Nacimos para llorar.

III.

BODA Y MUERTE.

El cielo está encapotado,

brama el viento con furor,
un relámpago ha brillado
del trueno fiel precursor.

Víctimas del huracan
las banderas de colores,
envueltas en polvo van
con las guirnaldas de flores.

Vuela el ave temerosa,
huye de la tempestad,
y al fin muere congojosa.....
horrible noche en verdad.

Del trueno el ronco estampido
no se escucha en el salon,
donde se halla reunido
el lujo y la confusion.

Y en noche tan espantosa
se confunde en el festin,
la sonrisa de la hermosa
y la voz del paladin.

Enrique se ha desposado
con su Elvira encantadora,
á quien contempla estasiado
repitiendo que la adora.

Huyendo de la tormenta,
lleno de miedo y terror,
en el salon se presenta
un hermoso trovador.

Dirige en su derredor
honda y furtiva mirada,

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

y se retrata el dolor
en su frente marchitada,

Pero rápida pasó
como pasa una esperanza,
y á sus lábios asomó
una risa de venganza.

—Canta jóven trovador,
muchas voces le dijeron.
—Canta una cancion de amor,
otras tantas repitieron.

Cojió la preciosa lira,
sonó sus cuerdas veloz;
mirando á Enrique y Elvira,
cantó con célica voz.

En vano de mí has huido,
Fementido,
Yo tu carrera alcancé,
Y en el colmo de tu dicha
La desdicha
Con alegria lancé.

Ya no hay piedad en mi alma,
Dulce calma
Nunca á gozar volveré,
Y solo viendo sin vida
A tu querida,
Con delirio reiré.

Yo traspasaré su pecho
A despecho
De tu orgullo sin igual,
Y en vez de aromas y flores,

De dolores
Será su lecho nupcial.

—Cesa, cesa, trovador,
gritó Enrique enfurecido;
cesa, ó teme mi furor,
ese canto maldecido.

Huye al momento traidor;
ó de la negra melena,
te he de colgar de una almena,
y alli canta tu dolor.

—¡Ah! si no estás satisfecho
dijo el cantor aflijido,
clava tu acero en mi pecho,
que no exhalaré un gemido.

Un dia fuiste mi amante,
me juraste eterno amor.
¿No recuerdas mí semblante?
mírame, soy Leonor.

Enrique compadecido
á un lado la faz volvió,
y el trovador atrevido
á Elvira un puñal hundió.

Exhala un ¡ay! lastimero,
la mira el duque asustado,
y vé el mortífero acero
en su seno sepultado.

Leonor ha huido al momento;
pero en su busca se lanzan;
todo es bulla, movimiento,

y al asesino no alcanzan.

Las voces de fuego, fuego,
se estienden por el salon,
y desaparece luego
tan brillante reunion.

Enrique no observa nada;
con mudo y atroz dolor,
contempla la frente pálida
del objeto de su amor.

Pero el humo le acongoja;
levantando á su querida,
desesperado se arroja
á buscar una salida.

Pálida y llena de espanto
preséntase Leonor;
derraman sus ojos llanto,
pero llanto de dolor.

—¿Dónde vas furia infernal?
¿te has satisfecho cruel?
—Causándote tanto mal
á un juramento soy fiel.

Y el cielo compadecido
de mi suerte desgraciada,
con un rayo ha destruido
tu gloria que era envidiada.

Enrique, vengo á salvarte
esponiendo mi existir.
—Vienes si, pero á saciarte

en mi horroroso sufrir.

—Ven conmigo, deja á Elvira,
mira que vas á morir.
—¿Dejarla? no, que respira.
—Ven, aun podemos huir.

—Vete, vete, Leonor.
—Se acerca el fuego ¿lo ves?
—Maldito sea tu amor!
—Pues perezcamos los tres.

Un instante se miraron,
Enrique despues huyó,
sus pisadas resonaron.....
ningun ruido mas se oyó.

LA CAUTIVA.

Tengo perlas y diamantes
Relumbrantes,
Ciñe corona mi sien;
Tengo sedas y bordados
Delicados,
Ambar y coral tambien.

Cien esclavas me acompañan
Y me bañan
En esencia de clavél,
Llamándome fresca rosa,
Primorosa,
Luz y encanto del vergel.

La palmera me da sombra;
Y en la alfombra
Del espléndido jardin,
Me reclino entre las flores
De colores,
Y el blanquísimo jazmin.

Aunque no soy africana,
Soy sultana,
Y me adora mi señor,

En tanto que otras se afanan
Y engalanan,
Sin poder lograr su amor.

Envidian una ventura
que maldigo sin cesar,
¡ah! malhaya mi hermosura
que es causa de mi pesar.

Está marchita mi frente,
yo no hallo felicidad,
y recuerdo tristemente
mi perdida libertad.

Miro el agua trasparente
del arroyo bullicioso
deslizarse suavemente
por el prado delicioso,

Y en la rama temblorosa
á el amante ruiseñor,
y la bella mariposa
volando de flor en flor;

Pero la verde pradera
y el aromoso jardin,
la risueña primavera
con sus hechizos sin fin,

Nada calmará las penas
de mi triste corazon;
son doradas mis cadenas,
pero al fin.....cadenas son.

A mi amiga la señorita

Doña Agustina Villoria.

Ven, mi querido laud,
Tú que calmas mi dolor,
Que truecas en paz dulcísima
Los momentos de afliccion;
Quiero tus cuerdas pulsar,
Oir tu lánguido son,
Y elevar mi triste acento
De tus suspiros en pos.
No ensalzaré de la luna
El opaco resplandor;
De la cristalina fuente
El dulce y grato rumor,
Ni á la tórtola amorosa
Que en la rama se durmió:
No cantaré de la aurora
El brillo deslumbrador
Ni á la rosa que el rocío
Con sus perlas coronó:
No hablaré de la hermosura
La juventud y el amor;
Que es el amor un abismo,
Un volcan abrasador,
Que envuelve nuestra existencia

En tormento y maldicion.
¡Amor, amor! Desgraciado
El que su copa apuró
Y en vez de placer y gloria
Solo amargura encontró.
Todo es dudas, sinsabores,
Desconsuelo, agitacion.
Infeliz el que esa víbora
En su seno alimentó
Y todas sus ilusiones
Para siempre marchitó.
¡Tierna amistad! tú que eres
Mas constante que el amor,
Que para endulzar la vida
Del cielo, te envió Dios,
Sin ti fuera la existencia
Tan triste como la flor
Que nace en los arenales
Del desierto abrasador.
Siempre impelida del viento,
Siempre en continuo temblor,
Y nunca el blando rocio
Su córola humedeció.
¡Amistad! lazo sagrado
Que mis penas alivió:
Eres tú tan necesaria
Como á el árbol el verdor,
Como las yerbas á el prado,
Como á las mieses el sol.
Y á quien no alumbró en su vida
Tu brillante resplandor,
De la dicha verdadera
Nunca el aroma aspiró.

A los dias de mi constante amigo

DON JOSÉ MARIA GOMEZ.

SONETO.

Voy á pulsar mi lira destemplada,
Pero no ensalzaré la luz hermosa
De la pálida luna misteriosa,
Ni á la verde pradera perfumada.

Olvido á la azucena delicada
La fuente cristalina y bulliciosa;
Me olvido del clavel, jazmin y rosa,
Del pájaro que canta en la enramada.

No quiero recordar la mariposa
Ni la llanura triste y solitaria
Sin flores, sin aroma y sin verdura.

Pensaré en tu amistad dulce, preciosa,
Y al cielo elevaré triste plegaria;
Rogaré por tu gloria y tu ventura.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

A VALLADOLID.

¿Dónde huyó tu esplendor y tu grandeza
Antigua corte de la heroica España?
El tiempo destruyó con fiera saña
Tu orgullo sin igual y tu nobleza.

Tus señores ¿por qué te abandonaron?
Te hallabas del poder en la alta cumbre,
Mas todo se acabó: de aquella lumbre
Tan solo las cenizas te quedaron.

Llora, Valladolid, tu desconsuelo,
Llora pobre guerrero mutilado,
Infeliz viagero estraviado,
Doncella sin amor y sin consuelo.

Los reyes de tu seno se alejaron
Y arrastraron tras sí tu poderio;
Tu recinto quedó triste, sombrio,
Y tus bellos palacios se arruinaron.

Hoy con dolor recuerda la memoria
Tu brillo que el destino ha destruido,
Rica, opulenta, colosal has sido,
Intrincada y bellísima tu historia.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Cuando te sonreia la fortuna
Que hoy entre polvo sumergida miro,
Tú recogiste el último suspiro
Del infeliz don Alvaro de Luna.

De admiracion y espanto tembló el mundo
Al ver el triste fin de aquel coloso;
El vencedor de Olmedo, el orgulloso,
El mimado del rey don Juan segundo.

Asi cual vió apagarse en solo un dia
La luz que le alumbró radiante y bella,
Así noble ciudad se hundió la estrella
Que sobre ti sus rayos despedia.

Mas que tú ningun pueblo floreciera,
Al enemigo siempre rechazaste,
Y orgullosa en tu seno cobijaste
A la heróica Isabel primera.

Isabel de la España idolatrada,
La que quitó á sus hijos las cadenas
Arrojando las huestes agarenas
De la deliciosísima Granada.

Mas ¿qué vale recordar
Dichas pasadas de ayer?
¿Qué vale ¡ay Dios! suspirar,
Por tus desgracias penar
Y amargo llanto verter?

Despues del invierno helado,
¿No viene la primavera
Con su manto perfumado

De yerba y flores bordado
Que estiende por la pradera?

¿No vienen los ruiseñores
A cantar en el pensil
Sus desgraciados amores
Y al compás de sus clamores
Se abre la rosa gentil?

¡Quién sabe! pronto tal vez
Volverá tu primavera
Con su hermosa brillantez:
Renacerá tu altivez
Que há dos siglos pereciera.

Pues rápida como el viento
Suele variar la fortuna;
Y al que llenó de contento
Arrebata en un momento
Sus dichas una por una.

Si no luces cual un dia
Ni prestas rayos á el sol,
Goza de paz y alegria.
Son tus hijos todavia
Gloria del suelo español.

USC
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

ROJANA Y EL RUISEÑOR.

Estiende Fevo sus rayos
Esmaltados
Por el ameno vergel,
Luce con sus resplandores
Los colores
El jaspeado clavel.

Paseando está Rojana
Mas galana
Quela acacia y el jazmin,
Y deshoja desdeñosa
Blanca rosa,
Que fué encanto del jardin.

Cubre su hechicera frente
Trasparente
Ligero velo de tul,
De perlas y oro cuajado;
Que bordado
En la opulenta Estambul.

Se inclina el árbol frondoso
Oloroso
Ante tan rara beldad,
En tanto que ella afligida
Y abatida

Llora su infelicidad.

—¿De que me sirve la vida
Si oprimida
Está el alma de pesar?
Para mí no brilló un dia
De alegria,
Es mi destino llorar.

Tengo un padre cariñoso,
Bondadoso,
Me hizo dueña de este eden;
Soy reina del bosquecillo
Y el sotillo
De este magnífico aren:

Cien coronas de esmeraldas
Y guirnaldas
Vi ceñidas en mi sien,
Tengo esclavas primorosas
Que afanosas
Desean todas mi bien.

Mas nada alivia mi pena
Ni serena
Mi angustiado corazon,
En vano he pedido al cielo
Algun consuelo,
Un término á mi afliccion.

Di pintada mariposa,
Siempre hermosa,
Dime dulce ruiseñor,
¿Qué le falta á mi ventura,
A mi hermosura?
Y el ave responde—Amor.

SONETO.

Brisa que vagas por el prado hermoso,
Pájaros que cantais en la enramada,
Mariposa feliz, flor perfumada,
Arroyo cristalino y bullicioso :

Ninfas del valle, sol esplendoroso,
Nubes purpúreas, luna plateada,
Huid, llegad en marcha apresurada
A la orilla del Betis delicioso.

Y si hallais á el amigo que amo tanto
Decidle por piedad cuanto he sufrido;
Que por él derramé copioso llanto

Creyendo su cariño destruido.
Fué en otro tiempo mi amistad su encanto.....
Hoy yace sepultada en el olvido.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

LA BELLA ZORA.

ROMANCE.

I.

Huyó la noche sombria:
despues de la oscuridad
el claro y sereno dia,
inspira dulce alegria,
consuelo, felicidad.

Está en la rama saltando
el amante ruiseñor
con sonora voz cantando,
y al compás de su eco blando
abre su caliz la flor.

¿Quién no contempla estasiado
tan deliciosa mañana?
¿quién no mira entusiasmado
el arroyo plateado
y la linda flor temprana?

Insensible á tal belleza

jóven guerrero cruzó
aquel edén con presteza,
y su bridon con fiereza
el tierno lirio tronchó.

Entre sus brazos llevaba
una hechicera beldad
que fascinado miraba,
y ella, entretanto lloraba
su perdida libertad.

La hermosa y sensible Zora
fué por traicion separada
del amante á quien adora:
la infeliz suspira y llora,
por su patria idolatrada.

No se le oculta al cristiano,
pues conoce por su mal
un amor ciego, tirano,
que le persigue inhumano
con la imágen de un rival.

Dice—hermosa, enjuga el llanto,
cese, cese, tu afliccion,
¡vida mia! te amo tanto,
¡goza á tu lado un encanto
mi llagado corazon!

Di ¿suspiras por Granada
ó por tu jóven señor?
¿por la campiña esmaltada
que sin ti está marchitada?
piensa solo en mi dolor.

No te acuerdes del cruel

que á mil bellas halagaba:
yo seré tu esclavo fiel,
y te amaré mas que él,
porque Zaide no te amaba.

Tengo alcázares hermosos
que se elevan en Leon
con murallas y con fosos:
de soldados valerosos,
tengo un lucido escuadron.

Y verás con que bravura
los gallardos caballeros,
con que gracia y que soltura
cubiertos de su armadura,
dan al aire sus aceros.

Y tú en un trono sentada
mas hermosa que el amor,
de cien doncellas rodeada,
entregarás sonrosada
lindo premio al vencedor.

Si yo alcanzára ese honor,
alma mia, blanca rosa,
¡y en premio de mi valor
viera una risa de amor
en tu boca deliciosa!

—No puede inspirarme amor
ni mi cariño merece,
quien me sumió en el dolor:
tu vista me causa horror,
y mi desventura crece.

¿Qué me importan tus castillos,

tus valientes caballeros?
son mejor mis bosquecillos
poblados de pajarillos,
acacias y limoneros.

¡Ah! mírame con piedad,
no me lleves á Leon;
vuélveme la libertad;
que ella es la felicidad
de mi triste corazon.

A Granada volveré;
y en mi jardin encantado
bellas flores cortaré,
y mil ramos formaré
para mi Zaide adorado.

—Ese Zaide tan querido
no le volverás á ver:
es un necio, un atrevido,
y á Santiago he prometido
que su sangre he de verter.

Dejó el cristiano de hablar,
largo silencio guardaron:
vuelve la hermosa á llorar,
el amante á suspirar,
y el camino continuaron.

II.

Triste y pálida la luna
ostenta su débil brillo:
no se ve nube ninguna;
y ha sonado ya la una

en el reló de un castillo.

Y su lugúbre tañido
en los aires se perdió
como se pierde el gemido,
del infeliz afligido
que al viento sus ayes dió.

¿Quién es aquel embozado
que cruza por el camino
al parecer agitado?
¿es un mendigo, un soldado,
ó quizas un peregrino?

Le cubre largo ropage,
mas se vé su noble frente
por entre el verde ramaje
que abunda en aquel paraje,
y su alfanje reluciente.

A el castillo se llegó;
un postigo se ve abierto;
con un hombre alli se halló,
que en silencio lo llevó
á un aposento entreabierto.

Una dama está sentada
traspasada de dolor;
tristísima es su mirada;
es una flor marchitada
por el viento destructor.

Al estrangero ha mirado
con visible agitacion;
y al ver á su Zaide amado
á sus pies arrodillado,

le oprime en su corazon.

—¡Bien mio! ¿cómo te atreves?...
¿cómo asi espones tu vida?
¡si te vieran los aleves!
¿Tiemblas? ¡ay! la vista vuelves?
—Tranquilízate querida.

—Mas ¿cómo hasta aqui llegaste?
—Un criado soborné.
—¿Y nadie á tu paso hallaste?
¿te á engañado ó le engañaste?
dímelo todo... háblame.

—Anduve errante y perdido
por los bosques y olivares;
cuanto, ¡mi vida! he sufrido
pero al fin Alá me ha oido,
y fin pone á mis pesares.

Sígueme fragante rosa;
maldigamos al cristiano,
azucena candorosa:
porque eres tú tan preciosa,
como el ha sido tirano.

En sus brazos la levanta
y se dispone á salir:
pocos pasos adelanta,
cuando una voz que le espanta
de pronto se deja oir.

Un guerrero entra furioso,
desnuda su fino acero;
ella da un grito horroroso;
el moro está silencioso

con ademan altanero.

¡Pérfido! dice el cristiano,
tu hora postrera llegó;
¡me llamastes inhumano!...
pues defiéndete villano;
mátame, ó te mato yo.

Zora un suspiro exhaló,
triste miró á su querido;
luego la luz apagó,
un cuerpo al suelo cayó,
y se oyó triste gemido.

Los aceros se cruzaron
con desmedido furor;
los dos rivales lucharon,
y ¿qué pecho traspasaron?
el de Zora, el de su amor.

AGRADECIMIENTO

DEDICADO

AL SEÑOR DON LORENZO CABALLERO.

Arroyuelo cristalino
Que por el prado divino
Vas cruzando;
Y das frescor á las flores
Que están mil bellos colores
Ostentando.

Avecilla candorosa
Que haces en la selva umbrosa
Blando nido;
Eleva tu dulce acento
Y llegue en alas del viento
A mi oido.

Bellas y aéreas driadas
Que en guirnaldas recostadas
De jazmines
Cruzais praderas hermosas
Y en las grutas misteriosas
Dais festines.

USC
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Prados, selvas, auras, flores,
Mariposas, ruiseñores,
Sol brillante,
Venid, con vuestra hermosura
Dad á mi acento dulzura
Un instante.

Prestadme vuestra armonia
Pues no canto en este dia
Mis amores,
El dulce agradecimiento
Hace que olvide un momento
Mis dolores.

Hoy canto á un sér que mi existencia ignora,
A quien bendigo, pues me dió la calma;
Si, Lorenzo, tu mano bienhechora
Me ha dado la salud, la paz del alma.

¡Oh Dios, cuánto sufrí! siempre llorando,
Mi vida entre pesares se gastaba
Y pasaban los años esperando
Un mañana ¡ay de mí! que no llegaba.

Pero llegó por fin, en este dia
Diviso aunque de lejos la bonanza,
Y un consuelo dulcísimo me envia
Con sus gratos ensueños la esperanza.

Hoy seguiré serena mi camino
Aunque encuentre á mi paso mil abrojos;
Ya que tan solo me legó el destino
Luto en el corazon, llanto en los ojos.

Me lanzaré á ese mar que tanto brilla...
¡Y si en su horrible fondo pereciera!

No, no, aunque es muy débil mi barquilla
Tal vez logre llegar á la ribera.

Y si llego, feliz, entusiasmada,
Elevaré mi voz y será oida,
Y la pobre cantora desgraciada
De mil será estimada y aplaudida:

Y lograré...mas ¡ay! siempre visiones
Me presenta mi loca fantasia.
¿Qué puedo esperar yo? solo aficiones;
Un porvenir sin gloria ni alegria.

Triste poetisa, errante y solitaria
Voy cruzando la senda de la vida;
Nadie en el mundo escucha mi plegaria,
Mi doliente cancion vaga perdida...

Adios, adios, Lorenzo, si algun dia
Es tu suerte sombria y borrascosa,
No olvides que te queda todavia
Una amiga constante y cariñosa.

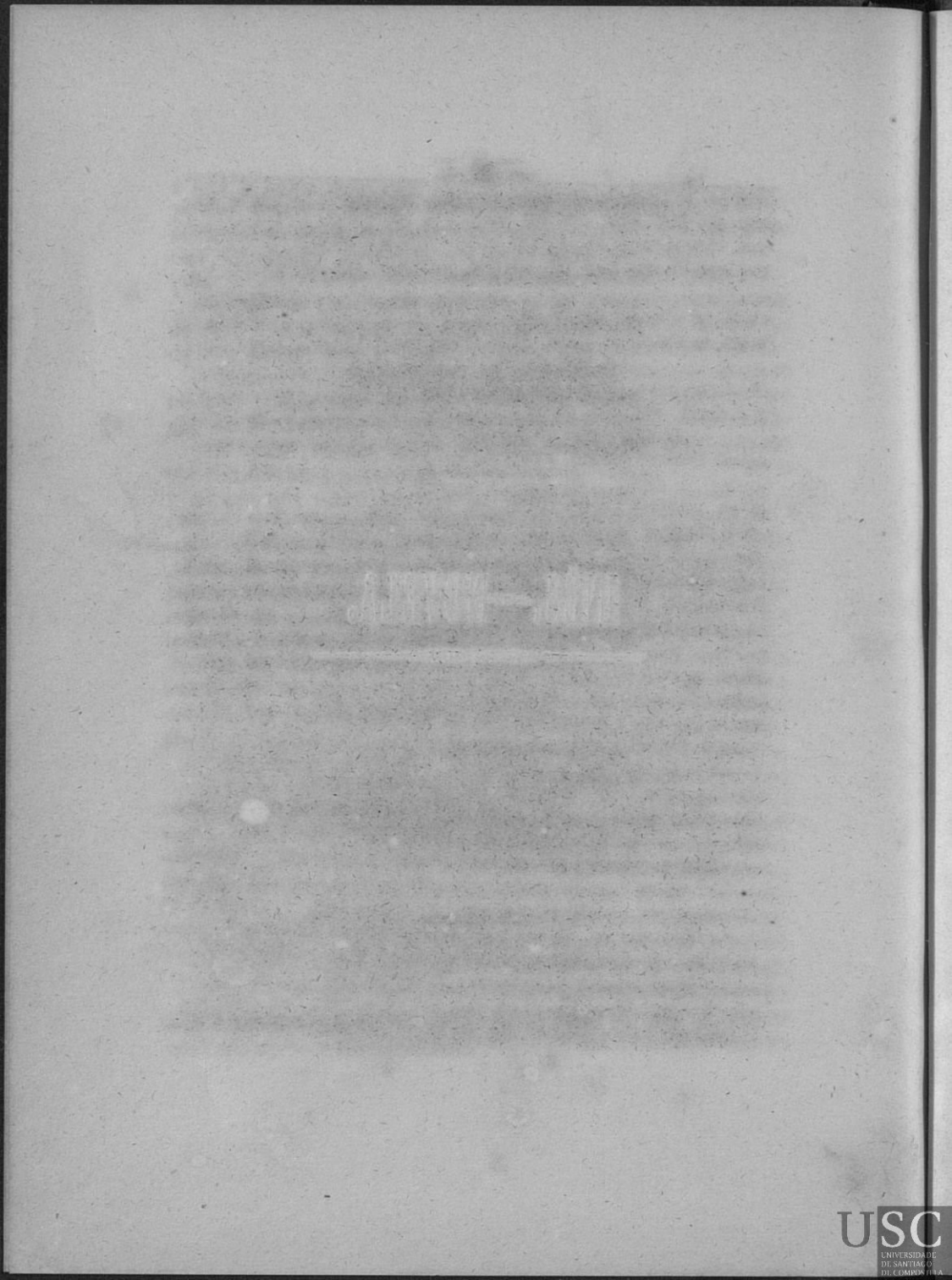
Si, yo te ofrezco mi amistad sincera...
¡Ay! adios otra vez, mi canto espira;
Esta trova quizás es la postrera,
No tengo inspiracion, rompo mi lira. (1)

(1) Esta composicion fué escrita cuando solo me unia á mi esposo una ligera relacion amistosa.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

INÉS.---NOVELA.

USC
UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA



CAPÍTULO PRIMERO.

En una noche de Agosto de 1424, salian á la una de la madrugada del palacio de D. Juan II dos hombres envueltos en largas capas negras. El cielo estaba cubierto de espesas nubes y una lluvia menuda humedecia las calles de Valladolid, pero los dos personages de que hablamos, sin que el agua les arredrase, caminaban de prisa y en silencio, buscando los sitios mas solitarios de la ciudad. Ya distante de palacio dijo el que venia detrás:

—Fresquita está la noche.

—Si, por Dios, contestó su compañero.

—¡Qué lodos y qué oscuridad! á cada instante teme uno romperse la cabeza contra una esquina.

—Mejor que tú pudiera rompérmela yo, pues voy delante.

—¡Locura ha sido por cierto salir de casa con este tiempo!

—Siempre es bueno cuando hay necesidad.

—¿Con que ya no era posible esperar un dia mas?

—No, tú sabes como yo el cuidado que tendrá Inés con mi larga ausencia.

—Quince dias.....

—Para quien ama es un siglo. Apostaria cualquier cosa

á que te habia dado cita alguna hermosa dama : si es asi, puedes tener paciencia por esta noche; dia vendrá que mientras yo repase los dulcísimos versos del desgraciado Macias, tú estarás en amorosa plática sin que me ofenda por ello.

—¿Qué me importa la cita de una dama cuando se trata de vos? Cárlos, habeis juzgado muy mal; si siento el rigor de esta noche, sabe el cielo que no es por mí.

—Tranquilízate, generoso amigo; dentro de pocos momentos veré brillar ante mis ojos una aurora que me fascina y que me hace olvidar la incomodidad de este camino.

—Si es asi, vamos mas aprisa para hallar cuanto antes esa claridad deslumbradora.

Al concluir estas palabras se detuvieron; estaban en la calle de Ruiz Hernandez, frente á una casa de fachada sencilla; adelantóse el que habló primero y llamó despacito, guardando en cada golpe cierto intermedio estudiado. Al punto se abrió la puerta con sigilo, y apareció dentro del zaguan una matrona de rostro moreno y ojos negros de estraordinario brillo.

—Buenas noches, dijo, y volvió á cerrar asi que estuvieron dentro los dos hombres. Cárlos arrojó la capa al suelo, sacudió las plumas blancas de su sombrero y poniendo un pie en el primer peldaño de la escalera, dijo á la dueña :

—Limpiadme los zapatos, Irene; estoy perdido de lodo.

—Teneis razon, voy, voy al instante; y con su propio vestido frotó el calzado del caballero. Paseábase su amigo en tanto, dirigiendo á hurtadillas miradas burlonas al ver tal solicitud, y de vez en cuando clavaba su mirada en su compañero, que apenas representaba veinte años. Era de elevada estatura, rostro pálido y ojos azules llenos de bondad, aunque entonces manifestaban un poco de impaciencia.

—¡Acabarás con mil santos! dijo no pudiendo contenerse; creo que lo que has hecho es ensuciarme mucho mas.

—¡Pues ya! ¿Se os figura que no lo entiendo; ¡qué genio teneis!... Ya están.

—Bueno, respondió con mal tono; y como hombre acostumbrado á recorrer aquella casa, subió de dos saltos la escalera, aunque sin hacer el menor ruido.

—¡Válganme las once mil vírgenes! esclamó la dueña acercándose con una luz: ¡qué prisa lleva! se va á romper las narices contra algun esquinazo.

—Ya parará, contestó el otro recogiendo la capa de Cárlos. Despues embozándose en la suya de modo que apenas se le veia el rostro, entró en una sala baja, sentóse en un viejo sillon, apoyó el codo en una mesa y cerró los ojos aparentando dormir para evitar así las preguntas de su compañera.

Dejémosle esperar y sigamos al jóven rubio.

Despues de subir la escalera y cruzar un largo pasadizo, entró en una sala alumbrada solamente por la luz que salia de un pequeño gabinete cuya puerta estaba abierta dejando ver su interior. En el fondo habia una mesa con una bugía, y al lado recostada en un sillon una muger de 17 á 18 años. Llevaba un vestido morado con mangas cortas, que dejaban descubiertos los brazos de estraordinaria blancura pero demasiado flacos; su rostro blanco tambien, era pálido y melancólico, y sus negros ojos tenian una espresion de profunda tristeza: en sus mejillas hundidas y los labios casi blancos, se conocia que una enfermedad lenta y horrorosa la consumia. Su hermosa garganta no tenia ningun adorno, y su espalda estaba medio cubierta por una porcion de rizos castaños que caian descuidados en todas direcciones. Con un brazo apoyado en la mesa y la megilla en la mano, estaba contemplando un cuadro que representaba á la Vírgen del Cármen. Desde luego se conocia que el rostro de la jóven habia servido de modelo: sin embargo, notábase alguna diferencia: el de la Vírgen estaba animado por un color de rosa algo débil, y en su boca aparecia una sonrisa hechicera; color y sonrisa habian desaparecido del original: era una flor sin aroma, un dia sin sol... habia sido un ángel, pero solo era ya su sombra.

Cárlos apareció en el umbral de la puerta, la hermosa se levantó, le alargó su mano y volvió á dejarse caer en el sillon diciendo con voz débil:

—Cárlos, Cárlos mio, ¡cuánto deseaba verte!

El estrechó entre las suyas la mano calenturienta de su amada y se sentó á su lado.

—Inés, la dijo con tierno acento; yo tambien deseaba estar á tu lado, porque aqui está la felicidad.

—¡Quince dias sin verte, ingrato! cuando sabes que no puedo vivir sin ti.

—¿Crees que yo no he padecido en este tiempo? ¿Dudas de mi amor?

—No, pero cuando veo que pasan semanas, meses, y nada dices á mi primo de nuestra relacion, temo que algun motivo poderoso te lo impida... ¡ah! bien sabes cuánto me espongo recibiendo tus visitas: si él llegase á descubrirlo, todo el cariño que me profesa no seria bastante para librarme de su furor.

—Todavia es preciso esperar algunos meses, bien mio.

—¿No sabe tu madre que me amas?

—Si.

—¿Y qué, quieres ser mi esposo?

—Tambien.

—Pues luego ¿qué te detiene?

—Asuntos de familia... ya te lo he dicho en varias ocasiones; pero no temas, yo cumpliré mi palabra, lo juro.

—Si me olvidáras moriria de dolor; y morir tan jóven y amando tanto, Cárlos, seria horroroso.

—Aleja de ti, hermosa mia, toda idea de amargura. ¡Corre el tiempo tan veloz!

—A tu lado si, pero lejos es insoportable.

—Cuando se tiene esperanza.....

—Algunas veces lloro, pero otras, si recuerdo que llegará un dia en que á la faz del mundo dirás: «esta es mi esposa, es la compañera que he elegido para mi felicidad,» entonces mis penas se mitigan y veo brillar un rayo de consuelo.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

—Pues bien, ten siempre ese pensamiento, no olvides el porvenir que te espera.

—¡Si vieras que placer tendria en conocer á tu madre!... ¿Lo desea ella tambien? ¿Dónde podré hallarla, amigo mio? ¡Con que delirio la estrecharia entre mis brazos! ¡ay! yo no he conocido á la mia, Cárlos, el cielo me privó desde mi nacimiento de recibir sus dulces caricias... ¡oh! y que triste es pasar la infancia sin una madre que nos guie y nos consuele... Do quiera que volvamos los ojos, encontramos un vacío inmenso que ningun cariño puede llenar. Feliz tú que puedes ver á la tuya, contarla tus amores y dormir sobre su seno. ¿Es cierto?

Cárlos dió un suspiro, y echó sobre Inés una mirada tierna y dolorosa. Cogió entre sus manos su hermosa cabeza, la miró fascinado un momento, imprimió un beso en su frente, y quedó abismado en profunda meditacion. Tenia la vista fija en el suelo, á sus labios asomaba una sonrisa amarga y su respiracion era congojosa. ¿Le oprimen remordimientos, ó tiene deseos de venganza? La pasion que le domina es violenta, abrasadora... ¡oh, cuánto debe padecer! y ¿quién es capaz de descubrir lo que se encierra en aquel corazon de pocos años? Inés le miraba fijamente.

—Qué tienes? le dijo, te veo distraido, taciturno... ¿Descontento y á mi lado? ea, vuelve hácia mí tus ojos, vea yo en ellos pintada una felicidad igual á la que disfruto. «Piensa en el porvenir» me decias hace un instante, y yo te recuerdo tus propias palabras.

—Es verdad, hermosa, tienes mucha razon... Mira, prosiguió con ardor, yo moriria el dia que me despreciaras, porque te adoro; tu amor es mi vida, es el aire que respiro; veo tu amor en el celeste cielo, en las flores que me dan sus perfumes, en las aguas del cristalino arroyuelo, en el árbol que me cubre con sus ramas... en todo, en fin, cuanto se presenta á mi vista.

—Cárlos, yo creo tus palabras, y al oirte olvido todas mis

penas, hasta la muerte que pálida y descarnada veo constantemente vagar á mi alrededor.

—¡Tanto me amas! repítelo mil veces.

—Tú lo sabes aunque no lo pronuncien mis labios; te quiero desde que te ví por primera vez, cuando no sabia á que familia pertenecias; solo procuré saber si eras libre, para entregarte mi corazon.

—Ese amor tan desinteresado y puro, es mi mayor felicidad, vida y alma mia. ¿Qué sacrificio me pedirias que dejára de hacer por ti? mi esperanza, mi gloria, todo eres tú, Inés, y sin ti aborrezco la existencia.

—Lo único que te pido, Cárlos, es que no retardes nuestra union; lo deseo porque no habrá en el mundo otro mas feliz que tú; seré tan buena, te amaré tanto, que nunca tendrás que arrepentirte de haberme escojido por esposa. Yo á tu lado, rejuveneceré como las flores con el aire y el sol; marcharemos de aqui á otro clima mas dulce, recobraré mi salud, volverá á mi semblante la alegria..... ¡oh qué dichosos seremos, querido de mi corazon! ¿Verdad que los ángeles envidiarán nuestra ventura?

—Creo, respondió Cárlos con aire sombrio, que el cuadro que has trazado es demasiado hermoso para este mundo donde caminamos sobre espinas y envueltos siempre en un loco torbellino. ¿Y si tus esperanzas se frustrasen?

—Si no me olvidas todo se realizará.

—¡Olvidarte yo, Inés! ¿olvidar tu amor tan puro como el perfume de las flores?... ¡ah! no, no puede ser y aunque el destino alzase entre nosotros una muralla cuya altura nos fuese imposible medir, siempre tu imágen viviría en mi memoria como el mas grato recuerdo de mi juventud: sí, tú me seguirás constantemente hasta la hora de mi muerte, y para ti será mi postrer suspiro.

Dejó de hablar, inclinó su cabeza hasta apoyarla en el hombro de su querida y guardaron silencio algunos instantes; despues, levantándose él precipitadamente y pasando

la mano por su frente como para apartar de sí ideas tristes, dijo con tono algo jovial:

—Y bien, querida, ¿no me das nada esta noche?

—¡Oh, sí! ya no me acordaba. Y abriendo una pequeña caja que habia sobre la mesa, sacó de ella un clavel encarnado.

—Mira, un clavel, dijo componiendo las hojas algo ajadas; me lo trajo Irene esta mañana, y porque no lo viera mi primo y se lo llevára, le guardé en esta cajita; y el pobrecito, viéndose en prision tan estrecha, ha recojido sus hojas: cuida de ponerlo en agua fresca y tráemelo cuando esté marchito.

Al acabar la última palabra le dió un beso y lo depositó en manos de Cárlos, que lo puso al lado de su corazon.

Un reloj dió las dos en aquel momento.

—Las dos, dijo él levantándose, es preciso que nos separemos.

—¡Tan pronto!

—No hay otro remedio.

—¿Cuándo volveremos á vernos?

—En pasando ocho dias. Y dándola un beso en la frente, salió despacito de la sala. Ya le esperaba su amigo al pié de la escalera, le puso la capa sobre los hombros, la dueña abrió la puerta, y los dos se alejaron rápidamente.

Pocos minutos hacia que caminaban, cuando Cárlos volvió la cabeza y le pareció que un hombre los seguia: no hizo caso, pero como observára que iba constantemente detrás, se detuvo, y vió con sorpresa que se paraba tambien; ya no pudo callar y dijo á su compañero:

—Una persona nos sigue.

—No puede ser.

—¿No puede ser, y camina cuando nosotros y se ha detenido asi que nos ha visto inmóviles? ¡Vive Dios! que estoy por acercarme á él y acuchillarle.

—Cárlos, cuidado, no hay que comprometerse.

—Es verdad, contestó con acento triste, es preciso sufrir y callar. Sigame quien le dé la gana.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

—Tal vez sea algun rival.

—¿Rival?... ¡ah! dices bien; Inés es demasiado hermosa para vivir ignorada y tendrá mil adoradores.....

—A los cuales despreciará.

—Tambien es cierto; la desgraciada me adora con delirio y yo en pago.....

—¡Qué! ¿no la correspondeis con igual pasion?

—¡Oh! sí, la amo, pero labraré su eterna desventura y esta idea me asesina.

—¡A qué desconsolaros asi por una cosa que pronto la olvidareis!

Cárlos no respondió, porque estaban á la puerta de palacio, y entraron sin observar que la persona que los habia seguido, estaba á pocos pasos medio oculta en una esquina, y que sin duda supo buscar un camino mas corto, pues llegó dos minutos antes. Los miró con atencion, y asi que los vió desaparecer, dando una patada en el suelo, dijo con voz medio ahogada por la rabia:

—¡El es, no me habia engañado!

Al concluir estas palabras, echó á andar con rapidez, y se dirigió á casa de Inés; cuando llegó sacó una llave, abrió la puerta con cuidado, y despues de cerrarla por dentro, subió la escalera con sigilo, entró en la sala, se acercó á la puerta del gabinete, miró por la cerradura, y contempló un momento á Inés dormida en el sillon: despues exhalando un prolongado suspiro, buscó á tientas otra puerta y entró á una habitacion, en medio de la cual habia una mesa con varios libros abiertos y papeles en desórden: apagó una bugia que ardia sobre ella, se arrojó vestido en el lecho, y allí derramó lágrimas como un niño.

CAPÍTULO SEGUNDO.

Pálida y débil estaba Inés á la mañana siguiente, cuando se abrió la puerta del gabinete y entró un joven de elevada estatura y aire noble: su rostro era moreno claro, pero bastante pálido, y sus ojos negros fascinadores, estaban rodeados de una ojera color de violeta que derramaba en todo su semblante un tinte de melancolia; tenia las cejas perfectamente arqueadas y en su frente que se alzaba altanera, se veian algunas arrugas causadas tal vez por padecimientos morales: el conjunto de su figura mas bien gracioso que lleno de perfeccion, no podia menos de agradar; y el que oia su voz tan armoniosa como el canto de los ruiseñores y otras veces lánguida como los suspiros de la brisa, no le olvidaba nunca.

Adelantóse con paso lento hácia la jóven que se sonrió con tristeza al verle, la tomó el pulso y despues de observarla algunos instantes dijo sentándose á su lado:

—Se ha aumentado la fiebre.

—¡Sí! contestó ella con un ligero estremecimiento, y me sentia tan buena, que por eso me he vestido muy temprano.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

—¿De veras, Inés? y al mismo tiempo la dirigió una mirada escudriñadora que hizo temblar á la pobre niña.

—¿Lo dudas Felipe?

—Si, porque cualquiera conoceria que has pasado la noche sin dormir.

—Yo.....

—Tranquilízate, alma mia, no te alteres por Dios, pero no quieras ocultarme lo que yo sé, lo que yo he visto.

—¡Tú!

—Sí, yo; anoche á la una entraron en casa dos hombres y salieron despues de una hora. ¿Te atraverás á desmentirme?

—¡Perdon! dijo cayendo de rodillas á los pies de su primo.

—Alza del suelo, angel de Dios; no es á ti á quien debo reprender. ¿Verdad que tú no querias que viniera á casa ese hombre? ¿verdad que fuiste seducida por Irene? ¡ah! dime que eres inocente y todo te lo perdono.

—Felipe, dijo pasándole el brazo al rededor de su cuello, yo no sé mentir: ¿por qué he de culpar á otro? yo sola soy la criminal... ¡le amo!

—Bien está, contestó él apartando con desdén el brazo de Inés; bien está, pero déjame: ¡ah! tú no sabes el daño que me hacen tus caricias.

—¿Desprecias mi cariño?

—Tú eres la que desprecia el mio.

—Yo te quiero mucho, Felipe, tú eres mi hermano, mi protector, mi único amigo.

—Si, pero al amigo, al protector y al hermano, hay que dejarles para seguir al esposo.

—¿Me crees capaz de tener valor para separarme de ti? no, amigo mio, tú estarás siempre á mi lado.

—¿Para ser testigo de la felicidad de otro? ¿para morir de celos? ¡ay! que pronto has olvidado tus promesas.

—¡Por piedad!...

—Te acuerdas, prosiguió él sin escucharla, de aquella no-

che fatal en que tu padre moribundo me dijo: «Felipe, yo muero, dejo en tus manos á mi hija, á mi único tesoro; es muy niña y necesita un guia, tú eres algo mayor, puedes servirla de padre y cuando tu carrera de médico se halle concluida sé su esposo.» Despues volviéndose á ti te preguntó: «Inés, ¿te conformas con mi última voluntad?» tu respuesta fué estrecharme entre tus brazos y jurar mil veces unirte á mí; pero hace ya cinco años y en tan largo espacio de tiempo todo se ha borrado de tu memoria.

—No, no es posible que yo olvide aquel momento, ni los tiernos cuidados que has usado conmigo; las noches que has pasado estudiando por ver si hallabas un remedio para la cruel enfermedad que me consume, las que has velado á mi cabecera cuidando de la pobre moribunda... ¡ay! todo está bien grabado en mi corazon, pero Dios no ha querido que se realizasen nuestros proyectos.

Tú eres la que no quiere, Inés, Dios no se mezcla en nuestros amores cuando consiente que hayas puesto tu cariño en un hombre desconocido y que te engaña tal vez.

—¿Engañarme? ¡jamás!

—¿Lo aseguras?

—Si.

—¿Y como le conociste?

—¿Te acuerdas de los dos meses que estuviste en Simancas?

—Si.

Pues bien, una noche... la víspera de San Juan, me hallaba en cama abrasada por la calentura; me era imposible conciliar un instante de sueño á causa de la bulla que habia por la calle y me vestí para ver si recibiendo el fresco de la noche se mitigaba un poco el calor que me consumia; Irene que me sintió vino á mi cuarto y me dijo si queria salir á pasear un rato, pues la ciudad estaba iluminada por ser al dia siguiente el santo de nuestro Rey, y cedí sin considerar lo imprudente que era ir dos mugeres solas en una hora tan avanzada pues ya habian dado las doce. Salimos y me sentí mucho mejor,

recorrimos las calles por espacio de hora y media y cuando nos retirábamos á casa, encontramos una turba de jóvenes que llevaban varios instrumentos á cuyo son querian que danzáramos. Yo eché á llorar mientras Irene se defendia de aquellos bárbaros que nos insultaban y no se cual hubiera sido el resultado sin el socorro de dos caballeros que viéndonos en tanto apuro, desenvainaron las espadas y en un momento dispersaron el grupo que nos rodeaba.

Yo me habia desmayado y al recobrar el conocimiento me hallé en mi cama y vi cerca de ella á Irene y á los dos desconocidos que me asistian con el mayor esmero. Asi que me vieron mejor se despidieron del modo mas cortés, pidiéndome permiso para volver á verme, lo cual les concedí sin dificultad. Al dia siguiente se presentó un caballero á preguntar por mi salud y me dijo que Cárlos deseaba verme, pero se hallaba preso y solo podia venir de noche burlando la vigilancia de los centinelas. No debí consentirlo nunca, lo sé; pero estaba tan presente en mi memoria la mirada que me habia dirigido al despedirse, que no pude resistir; ¡ah Felipe! ¡cuánto trabajo me costó que Irene accediese! pero mis ruegos pudieron mas que su tenacidad y aquella noche recibí su primera visita: en ella me contó quien era, me declaró su amor y juró ser mi marido.

—¿Y tú le creiste?

—Si, porque su acento respiraba verdad.

—¿Quiénes son sus padres?

—Unos nobles sin fortuna.

—¿Y si te hubiese engañado, Inés? ¿si no fuera quien te ha dicho, le amarias?

—Si.

—¿Es decir que tu amor no se dirigirá nunca hácia mí?

Inés no respondió.

—¿Yo no puedo esperar mas que tu amistad? ¡ah Inés que desgraciado soy!

Pronunció estas últimas palabras con un acento tan des-

consolado, que la pobre jóven se estremeció de pies á cabeza: alzó los ojos al cielo y dijo con voz débil:

—¡Cuando, Dios mio, dejaré de existir!

—¡Dejar de existir! repitió él con amargura! ¿dejar de existir cuando por todas partes te sigue la felicidad con su faz risueña? ¿morir cuando amas y eres amada con delirio? ¡ah! ¿qué podré decir de mí Inés? yo que no tengo esperanza ni porvenir, yo que veo desvanecerse mis doradas ilusiones, yo que pierdo el único bien que apetecia... y con todo, viviré, si, viviré para ponerte buena aunque te vea despues en brazos de otro hombre; pero si mis esfuerzos no alcanzan el objeto que me propongo... entonces... moriré contigo, te lo juro.

Inés se levantó de su asiento y se arrojó en los brazos de su primo: mucho tiempo permanecieron abrazados y derramando lágrimas; él de desesperacion, ella de agradecimiento. Separáronse por fin, Felipe dió algunos pasos por el cuarto, enjugó sus ojos y volvió al lado de su amiga.

—Yo no deseo mas que tu felicidad, la dijo y tendria paciencia si te unieras á un hombre que te amase como el pobre Felipe; pero ¿dónde hallar un amor tan vehemente como el mio?

—Querido primo... no hablemos mas de esto, te lo pido por el cielo.

—¿Por qué? ¿te incomodan mis palabras? Soy un necio en manifestar mi pasion, lo sé; yo debia ahogarla en mi pecho y callar; pero cuando considero que este cariño es despreciado, que lo miras con indiferencia, con enojo, y deliras por un desconocido, quisiera aborrecerte y...

—Felipe.

—Te adoro, Inés. Desde que he adivinado lo que pasa en tu corazon, desde que he perdido la esperanza de llamarte mi esposa, no hallo placer ni consuelo, mi rostro ha palidecido, mi frente se llena de arrugas... no tengo porvenir: antes esperaba un mañana, pero ese mañana ya no llegará nunca.

—Si vieras cuanto me haces padecer, tendrias piedad de mí... ¡tú me estás asesinando!

—Dices bien, vida mia, no hagas caso, soy un loco; olvida lo que has oido, pero si algun dia te hallases aborrecida del sér que adoras, si el destino os separase para siempre y tu corazon necesitase otro corazon á quien entregar esa inmensidad de amor que encierra hoy, entonces acuérdate del amigo de tu infancia, acuérdate del hombre á quien tu padre te confió y cuyo cariño será siempre para ti.

—Yo no te merezco, eres muy generoso y hallarás una muger mas digna de ti que Inés; espera, el tiempo todo lo desfigura.

—Si, es verdad, contestó con indiferencia, esperemos, esperemos. Despues tomándola otra vez el pulso, dijo con fingida calma.

—Prepárate para dar un paseo esta tarde.

—No tengo aliento para salir de la habitacion.

—No importa, el aire libre te conviene.

—Hace fresco.

—Bien abrigada y con el apoyo de mi brazo, ¿qué puedes temer?

—¡Ah! ¿vendrás conmigo?

—Si, querida.

—Entonces, te acompañaré con placer.

Marchó Felipe despues de encargarla el mayor sosiego y no volvió á verla hasta la hora de salir: se cubrió la cabeza con un velo negro y cogiendo el brazo de su primo se alejaron de casa en el mayor silencio. Caminaron por varias calles sin hablar una sola palabra, Inés iba tan distraida, que solo al ruido de muchas voces alzó la cabeza y se halló enfrente del palacio real, á cuya puerta se apiñaba una inmensa muchedumbre. Inés se paró un instante.

—¿Qué hace aqui tanta gente? preguntó.

—Esperar que salga el Rey á paseo.

—Pues esperemos tambien nosotros porque estoy cansada.

—No hay por aqui un sitio donde puedas sentarte.

—Estaré de pié si no tarda mucho á salir.

—¿Le has visto alguna vez?

—¿Cuando, si el tiempo que llevamos en Valladolid lo he pasado siempre enferma?

Interrumpió su conversacion un sordo murmullo que principió dentro del patio y se fué estendiendo hasta llegar á la calle. Pronto se oyó el paso de muchos caballos y apareció el Rey seguido de varios caballeros. El rostro de Inés se cubrió de un vivo encarnado al descubrirlos y cogiendo el brazo á su primo esclamó:

—¡Ahí está Carlos!

—¿Cuál es?

—Aquel de las plumas blancas que tan gallardo se ostenta en su caballo negro y brillante.

—¿Estás cierta de lo que dices?

—¿Que si estoy cierta? ¡vaya! si pudiera en este momento atravesar por medio de esa multitud le hablaria.

—Te engañas, ese no es Carlos, dijo Felipe con la mayor indiferencia.

¿Pues quién es?

—El Rey D. Juan II.

Inés dió un grito horroroso y cayó en los brazos de su primo; la gente se arremolinó en derredor suyo, el Rey lo notó y creyendo que era otra la causa que moviera aquel alboroto, mandó á uno de los de su comitiva que se informase. Al cabo de un instante lo vió llegar:

—Y bien, le dijo, ¿qué ha sucedido?

—Una muchacha enferma que sofocada por la gente se ha desmayado.

El rostro del Rey permaneció tranquilo y siguió su marcha, en tanto que su querida era conducida á su casa medio muerta.

Al abrir los ojos se halló en su cama y vió á Felipe á la cabecera; echó en torno suyo una mirada vaga y dijo con acento dolorido.

—¡El Rey D. Juan II!

Se cubrió el rostro con la sábana y un copioso llanto inundó sus pálidas mejillas.

—¡El Rey! repitió al cabo de un momento; el Rey, y yo creia que me amaba, y yo le habia entregado mi corazon..... ¡Dios mio! ¿qué será de mí?

—Cálmate, Inés, esclamó su primo; con el tiempo todo se confunde en el olvido, y eres demasiado jóven para que esa pasion haya echado en tu pecho raices profundas.

—He sido engañada de un modo espantoso... ese hombre no merecia perdon... ¡Que accion tan noble para un Rey!.. Mañana desde su trono dictará justicia y nadie sabrá que es un villano.

—Silencio.

—Callaré, si, pero moriré de dolor.

—No, no morirás.

—¿Para qué quiero una vida sin ilusiones, sin porvenir? ¡ah que triste es ver alejarse toda idea de esperanza! ya no contaré como antes las horas, los minutos que faltaban para verle... todo se acabó para mí, ya no le veré mas.

—Si, una vez todavia.

—Imposible.

—Debes confundirle y despreciarle tanto como le has amado.

—Le he querido mucho, si; le he querido con una pasion que ningun hombre es capaz de sentir ni comprender.

—¿Ninguno, Inés?

Inés calló un breve rato; despues, incorporándose en el lecho, preguntó precipitadamente:

¿Sospechabas que mi amante perteneciese á una clase elevada?

—Sabia quien era, por eso te he llevado hoy á donde pudieras conocer la verdad.

—¿Quién te lo habia dicho?

—Nadie, pero una noche que estaba él contigo en este mismo cuarto, me pareció sentir pasos; pensando que te habias puesto peor, vine hasta aqui con sigilo, miré por el hueco de la llave y vi que un hombre se despedia de ti y te besaba la mano. Mi primer pensamiento fué entrar y asesi-

narle, pero Dios detuvo mi brazo y me dió valor para contenerme. La luz daba de lleno en su rostro y conocí al Rey, pero callé hasta convencerme mejor. No pude seguirle, porque iba ya á salir y solo tuve tiempo para ocultarme detrás de una mampara: he permanecido en vela quince noches, hasta ayer que pude aclararlo todo.

—¡Dios justo! ¿cómo permites que se engañe asi á una débil muger?

—Serenidad y valor, querida mia; y dime con franqueza cuando quedó en volver D. Juan.

—El domingo.

—Quiero que le recibas, ¿me negarás esta gracia?

—No; y ojalá que hubiera hecho mas caso de tus palabras.

—Hay tiempo aun, esperemos; ahora, continuó dándola á beber un cordial, sosiégate.

En efecto, poco despues un sueño tranquilo se apoderó de ella, Felipe la contempló un momento, y salió de la habitacion diciendo:

—¡Si pudiera salvarla!

CAPÍTULO TERCERO.

Ya hacia rato que habia sonado el melancólico toque de la oracion; sentada Inés en el gabinete que conocen nuestros lectores, escuchaba la lluvia que se estrellaba en los vidrios de la ventana.

Un reloj dió las ocho.

—Las ocho, dijo contando las lentas campanadas, todavia faltan cinco horas, cinco horas de agonia; ¡Dios mio, Dios mio, tened piedad de mí!

Inclinó la cabeza sobre el pecho y permaneció asi largo espacio de tiempo; y solo al ruido que hizo Felipe entrando en el aposento, salió de aquel especie de letargo.

—¿Qué hora es? dijo asi que le vió.

—Las diez darán muy pronto, querida mia. ¿Por qué no descansas un poco?

—¿Descansar esta noche? ¡ah! no lo creas.

—¿Quieres estar sola? dímelo con franqueza; si te incomodo me retiraré.

—Si, dejame ahora; despues cuando él venga, busca un sitio desde donde puedas ver y oir cuanto pasa. ¿Me lo prometes?

—Lo juro.

Dijo y salió del aposento.

Inés permaneció tres horas inmóvil como una estátua, pero de repente se estremeció; creyó oir ruido en la escalera y al mismo tiempo vió entrar á su primo, quien despues de abrazarla con ternura, se ocultó entre la colgadura de la cama. La desgraciada comprendió la verdad, casi moribunda se levantó del sillon y se volvió hácia la puerta á donde un momento despues se dejó ver el Rey. Adelantóse un paso la jóven y despues de hacer una ligera inclinacion de cabeza, le señaló un asiento con ademan magestuoso. Se sentó Don Juan y viendo que su querida permanecia de pie y en silencio, no pudo menos de preguntar ligeramente agitado:

—¡Inés! ¿qué es esto?

—Perdonad mi turbacion, señor, respondió sin moverse.

—¡Inés Inés! esclamó levantándose; no se que mudanza noto en ti. ¿Por qué no vienes á abrazarme como antes? ¿por qué no te sientas á mi lado?

—¡Sentarme á vuestro lado! ¿qué decis? se muy bien la distancia que nos separa.

—¡Ah! veo que no me amas... acaso otro mas feliz que yo habrá logrado tu cariño.

—¿Mas feliz que vos?

—¡Acabemos! ¿qué significan esas palabras misteriosas que me espantan?

—Significan, señor, que se que me hallo delante de un Rey que se ha introducido villanamente en medio de una familia para deshonrarla.

El Rey se quedó anonadado cual si un rayo hubiera caido á sus pies, y su amada continuó:

—Pensabais que podria permanecer oculto vuestro nacimiento y que yo moriria antes de conocer mi error, pero Dios no lo ha permitido; os vi hace algunos dias y os conocí; si, conocí vuestra perfidia y desde entonces os aborrezco.

—No, no, dijo él juntando sus manos en ademan suplicante, no me aborrezcas Inés: ¡oh! prosiguió con vehemencia.

yo no puedo vivir sin tu amor; te he engañado, porque sabia que de otro modo me despreciarias; pero ya que todo se ha descubierto, ¿qué importa? si hasta hoy han ignorado que nos amamos, desde mañana sabrá el mundo que te adoro: no puedo darte mi mano, pero en cambio tendrás oro, diamantes, palacios, serás envidiada de todos y siempre poseerás mi corazon.

—Basta, basta; guardad vuestro oro y vuestros palacios para quien los desee; yo los desprecio.

—¿Y mi corazon?

—No podeis disponer de él. Marchad, señor; pero antes quisiera saber porque rara casualidad nos conocimos,

—Porque el cielo lo dispuso.

—¿No quereis responderme?

—¡Oh si! escucha. Deseoso de gozar un poco de aire libre y aspirar una atmósfera distinta de la que circula en los aposentos reales, salia algunas noches disfrazado con un amigo y recorríamos juntos la ciudad; una de ellas, cuando nos retirábamos ya, vimos que una porcion de hombres insultaban á dos mugeres, y sin considerar que podia comprometerme, traté de defenderlas; aquellos cobardes huyeron precipitadamente; y viendo que una se habia desmayado, la cogimos en brazos y fuimos hasta su casa: entonces reparé en tí y te amé, Inés. Lo demas lo sabes tú como yo.

Calló el Rey y esperó que Inés rompiera el silencio, pero inutilmente: entregada á deliciosos recuerdos, no habia notado que D. Juan no hablaba ya.

—Y bien; dijo él despues de una corta pausa, ¿qué resuelves?

—¡Ah! esclamó como saliendo de un sueño, ¿no lo he dicho ya?

—¡Qué!

—Que no os amo y que me dejeis en paz.

—¡Dejarte, mientras no me perdones y prometas amarme como hasta aqui!

—Jamás, os lo juro; moriré víctima de mi amor, pero no os veré nunca; ¿lo oís? nunca.

—No serás tan cruel, no; mírame á tus pies traspasado de dolor, Inés. ¿Es posible que puedas borrar de tu memoria los instantes que has pasado á mi lado?

—Marchad, dijo ella con un acento tan imperioso, que el Rey se puso de pie; marchad de aquí antes que llame en mi ausilio, y os arrojen del modo que mereceis.

—¿No hay esperanza?

—Ninguna.

—¿Y he de resignarme á no verte mas? ¡ah! imposible, imposible; tú no querrás que yo muera.

—No morireis, dijo con tristeza, porque un Rey nunca se muere de amor.

—Inés, no sabes cuanto padezco.

—¡Qué dirá la pobre muger á quien habeis deshonrado!

—Piedad, Inés... ya ves mi arrepentimiento.

—Dejadme, os digo por última vez.

El Rey se quedó pálido y á paso lento salió del gabinete; pero retrocediendo al punto, se arrodilló en el umbral de la puerta y sacando un clavel marchito lo arrojó á los pies de su querida.

—Adios, la dijo enjugando una lágrima que bañaba sus megillas, adios para siempre. Ahí te entrego el clavel que me diste hace ocho dias; está marchito como estará desde hoy mi corazon; no me maldigas, pues te he querido, como tal vez no te querrá otro hombre; perdon, amiga mia, no conserves rencor á un desgraciado, que no ha gozado otras horas de dicha mas que las pocas que ha pasado á tu lado.

Dejó de hablar pero permaneció de rodillas y derramando lágrimas; Inés contemplaba aquel rostro pálido y hermoso, medio cubierto por una porcion de rizos rubios perfectamente peinados, y lloraba tambien: se acercó á él, le puso sus manos sobre la cabeza y dijo con voz medio ahogada por los sollozos:

—Cárlos, quiero darte por última vez este nombre que

siempre será grato á mi oido. Yo te perdono y bendigo; todos los dias que me quedan de vida, rogaré á Dios por tu felicidad; en pago, cuando sepas que la pobre Inés dejó de existir, solo te pido que derrames una lágrima á mi memoria.

Dijo, inclinóse hácia el Rey, imprimió un beso en su frente y haciendo seña con la mano para que se alejara, pronunció con voz fuerte esta palabra:

—Adios.

D. Juan bajó la escalera y pasado un instante oyó Inés cerrar la puerta de la calle, que nunca se debia de volver á abrir para dar paso á su querido; volvió la cabeza y vió á Felipe de pie con los brazos cruzados y la frente inclinada sobre el pecho.

—¡Deshonrada! esclamó con un tono desgarrador: ¿qué responderé á tu padre cuando me pregunte por el honor de su hija?

—Ya ves como no soy digna de ti, solo merezco tu desprecio: ahora, ni él, ni tú... bien empleado me está.

—El camino de la vida es tan penoso, dijo Felipe, ¿quién no resbala una vez?

—¿Me perdonas?

—De corazon.

—¿Y me amas todavia?

—Con delirio.

—Entonces, aun nos esperan dias de ventura.

—¡Si, de ventura!

Y un abrazo puso fin á esta escena.

EPÍLOGO.

Serian las doce de un hermoso dia de Noviembre, cuando el Rey D. Juan II, acompañado de algunos caballeros, cruzaba la plazuela de Santa Maria con direccion á las puertas de Tudela. Al llegar á la calle de Ruiz Hernandez, llamó su atencion un inmenso gentío apiñado en una de las primeras casas, de la cual salian ayes lastimeros; miró con avidez, pero no pudiendo descubrir nada y siendo mucha su curiosidad, se volvió hácia un jóven que iba á su izquierda, y le dijo algo agitado:

—Conde, informaos de lo que ha pasado en aquella casa que segun parece debe haber sido una cosa funesta.

Obedeció el caballero deseoso de complacer á D. Juan y admirado de su curiosidad. Mas de un cuarto de hora tardó en volver, y fué preciso que su caballo diese una larga carrera. Al descubrirle el Rey, no pudo ocultar su impaciencia y le preguntó antes de llegar:

—Y bien, ¿qué has sabido?

—Una historia muy triste.

—Contadla sin detencion.

—En la casa que ha visto V. M., murió esta mañana una

jóven de diez y ocho años, que hacia dos meses se habia casado con un primo que la adoraba; pidió su marido que le dejasen solo con el cadáver; y viendo que no salia, entraron en la habitacion y en vez de un muerto hallaron dos. He aqui lo que me han contado.

—¡Suceso en estremo raro! esclamó un anciano caballero.

—Si, en verdad, contestó el Rey enjugando el sudor que corria por su frente y despues de un instante añadió:

—Volvamos, señores, la tarde está fresca y no me siento bien.

Todos se dirigieron á palacio en el mayor silencio, sin poder adivinar la causa que habia puesto al Rey tan pálido como un espectro. Cuando estuvo solo en sus aposentos, sacó del pecho una trenza de cabellos y despues de besarla repetidas veces, dijo derramando algunas lágrimas:

—Inés, si rogabas á Dios todos los dias por mi felicidad, yo lloraré mucho á tu memoria.

FIN.

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Lista de los Sres. Suscritores.

D. José Muro.
D. Sebastian Lacalle.
D.ª Antonia Diez.
D.ª M.ª Paula Cambronero.
D.ª Isabel Cambronero.
D. Romualdo Mata.
D. Ambrosio Rodriguez.
D. Eduardo Martir.
D. Cándido M.ª Costilla.
D. Manuel Balbas.
D.ª Dionisia Valle.
D. Luis Navarro.
D. Vicente Ciria.
D.ª Trinidad Lezcano.
D. Pablo Alvarez.
D. Antonio Fernandez.
D. Eugenio Laguna.
D. Salustiano Pelayo.
D. Pascual Rosales.
D. Benito Diaz.
D. Justo Blasco.
D. Eduardo Armida.
D. Bernardo Roque.
D. Marcial Rico.
D. Julian Castro Valle.
D. Pedro Julian.
D. Cándido Perez Flores.
D. Emeterio Sanchez.
D. Lucas Calvo Hernandez.
D. Manuel Alvarez.
D. Diego Trellau.
D. Hermenegildo Miguel.
D. Tomas Puente.
D. Valentin Rubio.
D. Andres Mendez.
D. Gaspar Maria Roa.
D. Francisco Pinto.
D. Anselmo Perez.
D. Niceto Blanco.
D. Bruno Blanco.
D. Fermin Hidalgo.
D. Manuel Prados.
D. Julian Campron.
D. Felix M.ª Rubio.
D. Mariano Cordon.
D. Lino Victoria.
D. Lorenzo Caminero.
D. Toribio Hernandez.
D. Antonio Perez.
D. Antonio Delgado.
D. Bonifacio S. Pedro.
D.ª M.ª de los Dolores Suarez.
D. Enrique Suarez.
D. José Prado.
D. Cárlos Peña.
D. Luis Gonzalez.
D. Pantaleon Esteban.
D. Camilo Tor.
D. Fernando Escobar.
D. Tomas Carmona.
D. Jorge Luis Olmedo.
D. Simon M.ª Amor.
D. Juan Mariña.
D.ª Lorenza Carrasco Brilla.
D. Lesmes Garcia.
D. Laureano Garcia.

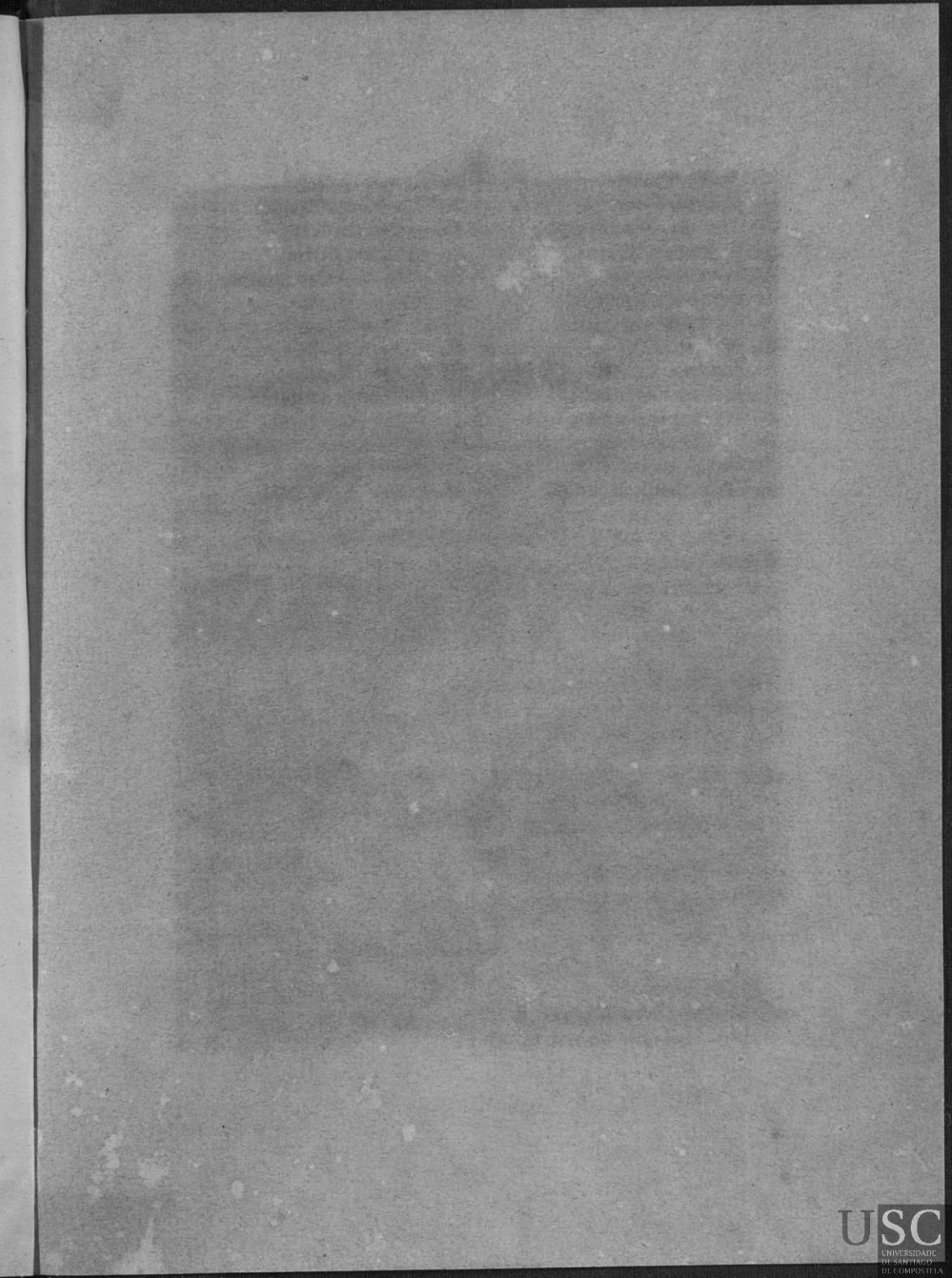
USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

D. Pablo Repiso.
D. José Romero.
D. Paulino Montenegro.
D. Ramon Vello.
D. Juan Pedrosa.
D. Domingo Salgado.
D. Salvador Pradillos.
D. José Diez.
D. Teodoro Villoria.
D. Jacobo Carbonero.
D. Hernando Torres.
D. Adolfo Banini.
D. Gregorio Corrales.
D. Lope Justo Aguilar.

D. Ramon Villalta.
D.ª Luciana Paredes.
D. Isidro Morales.
D. Pascasio Melon.
D. Sebastian Carranque.
D. Alvaro Milla.
D. Prudencio Salas.
D. Benigno Sastre.
D. Canuto Villaoz.
D. Laureano Rubio.
D. Pedro Aguilera.
D.ª M.ª Encarnacion Pedrosa.
D. Leon Carrion.
D. Tomas Benavente.

BIBLIOTECA XERAL SIGILLUM REG. UNIVERSITAT COMPOSTELLANA SANTIAGO

USC UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA



24

b21449294


USC
UNIVERSIDADE
DE SANTIAGO
DE COMPOSTELA